

El misterio

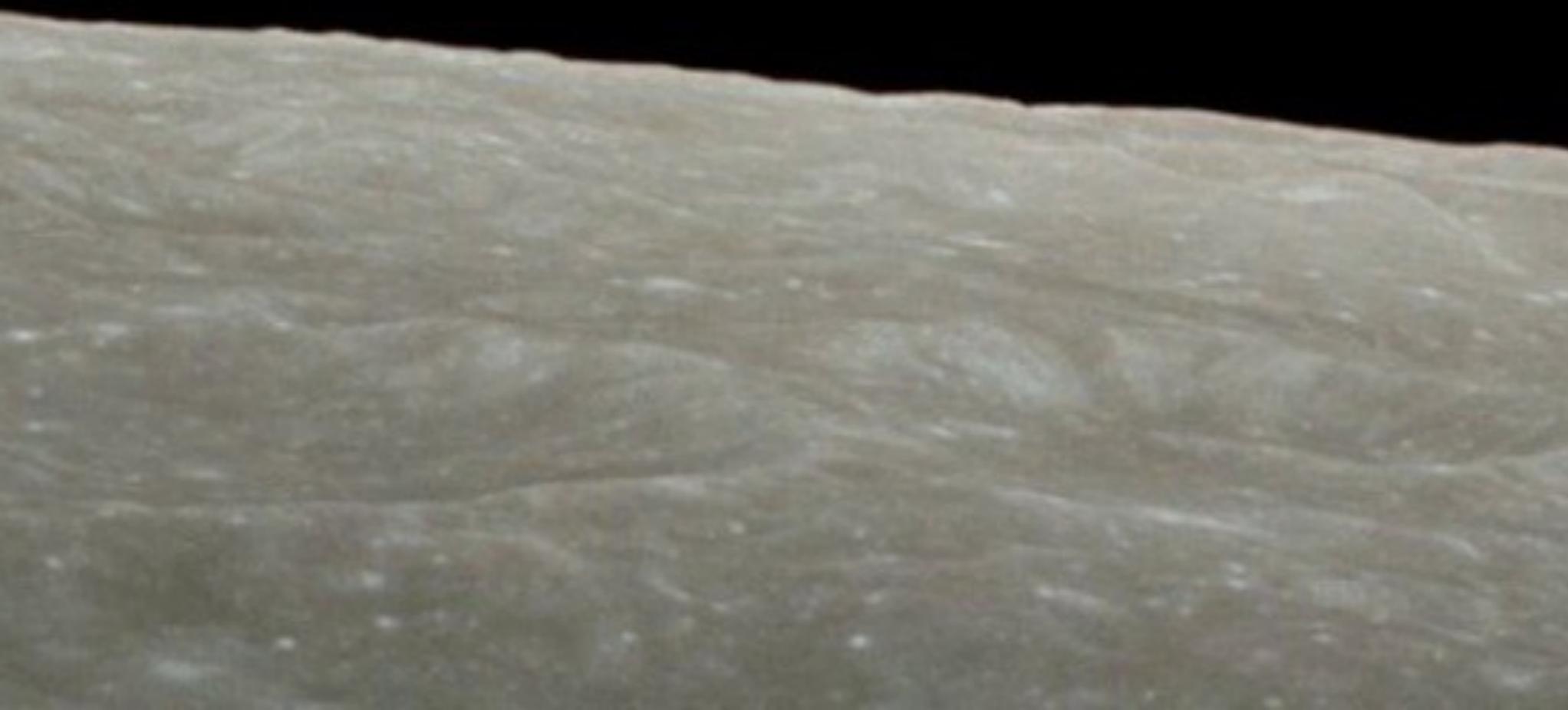
DEL



COSMOS

Un acercamiento al enigma de la vida

Por Jorge Alberto Montejo



Sobre el autor



Jorge Alberto Montejo

Realizó estudios de Ingeniería Técnica Industrial, graduándose en Dibujo Técnico y Proyección.

Licenciado en Pedagogía y Filosofía y Ciencias de la Educación por la UNED, efectuando prácticas y especialización en Psicopedagogía en el Departamento de Psicología de un Centro de Atención a Disminuidos Físicos. Estudioso e investigador en Religiones Comparadas. Desde hace años se dedica a la docencia privada.

El misterio del cosmos

Edición digital

Distribución gratuita

Jorge Alberto Montejo (2015) ©, autor.

montejoestrada@hotmail.com

Revista *Renovación* (2015) ©, editora.

editor@revistarenovacion.es

jnn316@gmail.com

Maquetación y diseño: Revista *Renovación*

Foto de portada: La Tierra vista desde la Luna (astronomía.com)

Revista *Renovación* agradece cualquier sugerencia por parte del lector para mejorar sus publicaciones dirigiéndose a cualquiera de las direcciones de correo que figuran más arriba.

Realizado en España (CE)

http://revistarenovacion.es/Revista_Renovacion.html

<https://revistarenovacion.wordpress.com>

ÍNDICE

Prólogo

1.Introducción

2.Nuestra continuidad en el tiempo

3.Un universo en cambio constante

4.La tesis del creacionismo

5.El problema del mal como enigma irresoluble

6.El libre arbitrio y sus limitaciones

7.Dimensión ontológica de la muerte

8.Recapitulación

Bibliografía

Nota editorial

El contenido del presente libro, salvo el Prólogo, fue publicado en la revista *Renovación* durante el año 2015, de la cual el autor, Jorge Alberto Montejo, es colaborador asiduo.

El tema que aborda Montejo en estos capítulos es sumamente complejo por su propia naturaleza. A día de hoy tenemos muchos y amplios conocimientos del cosmos observable. Sabemos que el Universo consta de incontables galaxias con millones de estrellas cada una. Se calcula que la Vía Láctea, en la cual se halla nuestro sistema solar, mide más 100.000 años luz de un extremo al otro. Este dato significa –para los oídos profanos– que un rayo de luz tardaría 100.000 años en atravesarla. Pero la complejidad del Universo en su totalidad no se limita a su entorno cosmológico físico, ni al número de galaxias que lo componen, ni siquiera a la nuestra, o al planeta Tierra donde habitamos, sino a la Vida misma y la presencia del ser humano como corolario de ella.

Si el Universo, el Cosmos, está lleno de misterios, estos alcanzan su cota máxima en la realidad de la Vida, del Ser humano y, sobre todo, de la trascendencia que se le supone a este. La vida en este planeta, la presencia del ser humano y el porqué de este, da para muchas disquisiciones, tanto científicas como filosóficas, pero, sobre todo, teológicas. Sobre todo esto diserta el autor de este libro.

El Editor

Prólogo

Acercarnos al misterio que envuelve el universo no es tarea nada fácil ya que nos movemos en un mundo etéreo y cambiante que nos sorprende a cada paso. Es por eso que realizar un análisis, aunque sea somero de todos aquellos enigmas que nos acompañan en la aventura de la existencia, resulta complejo. Todavía más cuando lo que se pretende –cosa que intento a través de las páginas del libro distribuidas en distintos capítulos– es efectuar una cierta profundización en los temas que se tratan. Temas, por otra parte, de permanente actualidad y no exentos de polémicas que han contribuido a que muchos investigadores se sientan cada vez más atraídos por el misterio que encierran. Y es que ante el misterio de la existencia y la ausencia de respuestas plenas al mismo, no deja por eso de ser apasionante embarcarse en esta aventura.

Desde la atalaya que proporciona el discurrir de la existencia podemos contemplar un mundo en permanente cambio a todos los niveles. Negar esta evidencia es adolecer de la visión necesaria para afrontar la aventura de la indagación en el misterio.

Este ensayo tiene la pretensión de buscar, de indagar con carácter exploratorio, en esas cosas que nos inquietan en ocasiones, que nos confunden a veces, y nos preocupan siempre. Después de todo somos como navegantes en medio de un mar de dudas que tan solo la investigación serena y profunda puede disipar nuestra inquietud ante las mismas. Como todo ensayo de carácter indagador y exploratorio he buscado intencionadamente el ausentarme de cualquier tipo de mensaje apodíctico ya que estimo –y lo digo con toda franqueza– que ante el misterio que nos rodea no caben

misivas alertadoras ni mensajes triunfales. Hacerlo así sería privar al misterio, al enigma de la vida, de su valor más intrínseco: la *autenticidad*. Y si algo pretende este ensayo es precisamente eso, ser real y auténtico. Se deja al criterio del lector que extraiga sus propias conclusiones. Después de todo cada uno tiene su visión particular e íntima de la vida y también de la culminación y finalización de esta en la muerte. Ambas, vida y muerte, forman parte de un mismo misterio: el de la existencia humana en medio de un mundo en aparente contradicción.

Tan solo expresar mi sincero deseo de que la lectura del ensayo contribuya, no ya a disipar dudas sobre el sentido último de la vida, sino a caminar con firmeza, paso a paso, intentando descubrir las distintas realidades que la envuelven.

El Autor

1. Introducción

Lamentación

*¡Quedar petrificado algún día! ¡Perdurar!
He aquí nuestras ansias, eternamente inquietas;
mas tras ellas no queda más que un temblor pequeño
que nunca llega a hacerse reposo en el camino.*

Hermann Hesse. Poema. *El juego de los abalorios*.

INTRODUCCIÓN

Hablar del cosmos, del universo, nos sugiere, de inmediato, la idea de infinitud, de plenitud y armonía en medio del caos. Sin embargo, por otra parte, nos sume en una extraña sensación de continuidad de nuestra existencia hasta un fin irremediable que vislumbramos al final del camino, de nuestra trayectoria vital como humanos que somos. Esta es sin duda la paradoja de nuestra percepción de lo infinito desde nuestra finitud y acabamiento humano.

Cuando hablamos, efectivamente, de enigma, de misterio, sobre el cosmos que nos rodea y en el que vivimos inmersos, nos invade la sensación de que pese al amplio conocimiento a día de hoy que se tiene sobre el mismo a partir del vasto saber científico todavía queda una

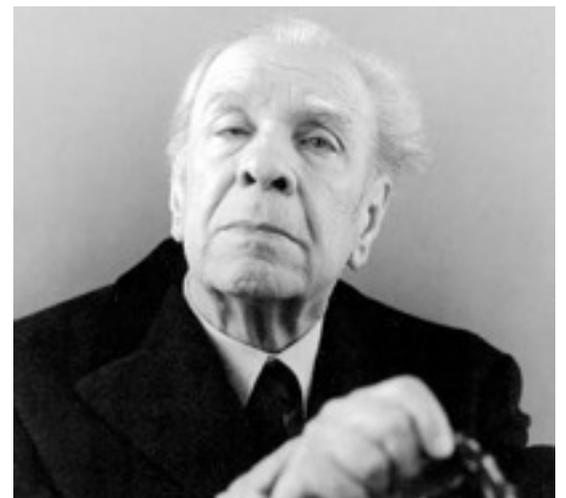
estela de misterio incomprensible para nuestras mentes limitadas.

Este ensayo que ahora iniciamos pretende ser tan solo un acercamiento investigativo al complejo mundo del conocimiento científico desde una percepción filosófica que nos capacite, si ello fuera posible, para tener un posible discernimiento del misterio del universo que nos rodea y que tanto nos subyuga con su encanto y belleza. Conocer el mundo que nos rodea no deja de ser algo verdaderamente apasionante, en especial para los espíritus inquietos, ávidos de saber y de investigar. Analizaremos pues aspectos que tanto nos intrigan sobre el universo y su dinámica. En la era posmoderna que nos ha tocado vivir muchos conceptos e ideas que se tenían antaño por seguros e insustituibles se han ido transformando, poco a poco, a medida que el saber científico se iba desarrollando, en certezas bastante fiables. Decimos bastante fiables que no totalmente fiables puesto que el conocimiento científico se caracteriza por su provisionalidad permanente.

Cuando llevados por la innata curiosidad que acompaña a todo comportamiento humano accedemos, vía cognitiva, al misterioso mundo del entorno que nos rodea, entonces se produce la extraña sensación de dejarnos llevar por el afán de investigación y análisis de aquello que no nos abandona en la sorpresa, pero al mismo tiempo nos deja perplejos ante la tremenda complejidad del mundo en el que habitamos. Intentaremos pues ir descubriendo, paso a paso, sin prejuicios de ninguna índole, algo de este universo exterior que nos rodea para, al mismo tiempo, ir destapando también nuestro particular “universo interior”, el de cada uno, y así poder afrontar la esencia de nuestra capacidad metacognitiva.

2. Nuestra continuidad en el tiempo

El excelente poema de **Hermann Hesse** que da inicio a este ensayo, recogido de su obra posiblemente más trascendental, *El juego de los abalorios*, nos viene a decir, a modo de metáfora del tiempo y en forma de lamentación, que el sentir humano difícilmente reposará del todo en ese difícil camino que llamamos vida ante el devenir de nuestra existencia, culminada con el firme deseo de perdurar en el tiempo. Ni nuestras almas inquietas podrán calmar la sed de un camino, el de la vida, que sabemos con certeza adonde conduce pero que desconocemos por completo la finalidad última del mismo. El tiempo es el sendero que nos conduce a la consecución de unas determinadas metas. Pero, al final, el poema de **Hesse** induce a pensar en la traición que supone la vida con su consumación final, la muerte. Algo parecido expresaba también **García Márquez**, el gran escritor colombiano ya fallecido.



Jorge Luís Borge

En un anterior ensayo hablaba del sentir de **Jorge Luis Borges**, el eximio escritor hispanohablante, al concebir el tiempo como un laberinto inescrutable de donde parten las sendas que se bifurcan y que conducen a un universo sumido en el discurrir del tiempo, excepcionalmente retratado en su obra de carácter surrealista y ultraísta *El jardín de senderos que se bifurcan*, donde el tiempo se asemeja a un espectador imparcial que autocontempla su discurrir en plena incertidumbre.

El tiempo viene a ejemplificar, a mi juicio, uno de los mayores misterios del universo. Si lográramos comprender y explicar plenamente y de manera totalmente convincente lo que es el tiempo, entonces, posiblemente, alcanzaríamos a entender e interpretar el misterio del cosmos y de la vida que en él habita. Pero ni filósofos, ni historiadores, ni teólogos y psicólogos, alcanzan a dar una definición exacta y precisa de lo que es el tiempo. Podríamos definirlo, en todo caso, como indefinible por antonomasia. Pero una cosa es segura y es que tenemos percepción del mismo. **Heidegger**, el filósofo contemporáneo alemán, autor de *Ser y Tiempo*, llegó a afirmar que llegamos a percibir el tiempo porque tenemos que llegar a la muerte. Y esta se torna irrevocable por más que se demore. En fin..., ¡incuestionable realidad!



Blay Fontcuberta

Tenemos la clara sensación de que algún sentido debe tener nuestra existencia, la de cada uno en particular, pero a la vez contemplamos un mundo sufriente que nos desconcierta. Y todo ello contemplado desde la dimensión de eso que llamamos *tiempo*. Sumidos en esta extraña paradoja tan solo nos queda ir descubriendo, paso a paso, que diría **Blay Fontcuberta**, excelente analista sobre el discurrir de la existencia humana, el verdadero sentido a nuestra vida desde la vida misma. No queda otra opción. O eso o asumir el absurdo de la existencia por carecer de explicación plena sobre el devenir último de la misma. Y es que aun admitiendo que la vida es obra de una mente prodigiosa, de un *ente* divino, de un *demiurgo*, en expresión platónica, esto nos deja insatisfechos por completo en nuestras ansias de conocer más sobre el destino humano y el sentido del universo.

Desde sus orígenes la humanidad, al tener conciencia del transcurrir del

tiempo, se vio impelida a encontrar una explicación al misterio de la vida y del entorno en el que vivía. Es por eso que la muerte, como culminación y extinción de la vida, siempre atemorizó al hombre. La práctica totalidad de las antiguas civilizaciones y culturas se vieron inmersas en el enigma, en el misterio de intentar explicar lo inexplicable. De ahí surgieron precisamente todo tipo de *creencias religiosas*, en muchas ocasiones con la aureola de la superstición, que sirvieran para encontrar, cuando menos, una explicación, un sentido a la existencia terrenal, y esclareciera el porqué del cese de la vida y la posible existencia de un más allá de la muerte. Fue precisamente la aparición del fenómeno de la muerte cuando el hombre tomó verdadera conciencia del transcurrir del tiempo aun sin el calendario que marcara el paso de las horas, los días y los años. El hombre primitivo se guiaba por su particular “calendario” interno que era quien le marcaba la percepción psicológica del paso del tiempo. Se percató de que un día todo se acabaría, al menos en la dimensión vital en la que se movía. Y esto le asustaba y le confundía. Su primera percepción del cosmos, del universo que le rodeaba, fue la furia de la naturaleza desencadenada por el agua, el rayo, el trueno y el fuego, principalmente. Tomó conciencia de su fragilidad ante aquellos poderosos elementos de la naturaleza que no acertaba a comprender su significado. Surgieron así los primeros *mitos* sobre el posible origen del mundo, como bien analizó **Mircea Eliade**, el gran mitólogo e historiador de las religiones de origen rumano.



Mircea Eliade

Uno de estos *mitos* surgió al amparo de la revelación bíblica sobre el origen del cosmos. Como también surgiría el mito del desastre final de la Humanidad en el Armagedón. Principio y final de un mismo relato, el bíblico. Y entre ambos el enigma del tiempo y su discurrir.

Sobre el origen del cosmos los creacionistas a ultranza mantienen su creencia en la literalidad expresa en el libro del Génesis, así como el final de todo lo existente, en el acontecer final del Armagedón que se relata en el libro del Apocalipsis bíblico. Pero dentro de los planteamientos del creacionismo existen varias tendencias o posturas interpretativas que van desde la aceptación con reticencias de ambos relatos hasta la interpretación extrema al pie de la letra de los textos bíblicos. Un ejemplo de ello es el caso del conocido como *milenario* que algunos grupos religiosos y sectas interpretan de manera plenamente literal. Pero sobre los *mitos del creacionismo* en su confrontación con el *evolucionismo* me referiré más adelante con la extensión que se merece.

Sin embargo, no debe creerse que los mitos bíblicos del origen del cosmos y del final de mismo son exclusivos de la revelación judeocristiana. Nada más lejos de la realidad. La antigua religión persa conocida como *zoroastrismo* (en alusión a **Zoroastro** o **Zaratustra**, su fundador, un sacerdote persa que vivió en el siglo VII a. C.) es un claro ejemplo de ello. El *zoroastrismo* (o *mazdeísmo*, como también se le conoce) acentúa la condición del *libre albedrío* del hombre para elegir entre el camino del bien o del mal, realizándose al final de su vida un “ajuste de cuentas” sobre su paso por la vida. El *zoroastrismo*, pese a ser una religión politeísta en sus orígenes, mantuvo la creencia en un dios superior, *Ormuz*, estableciendo una línea de coherencia en sus argumentaciones y planteamientos religiosos con el *judeocristianismo*. Su parecido es evidente. La lucha entre las fuerzas del bien y del mal finalizará un día, el día del tiempo final, con la victoria del bien en una batalla figurada similar a la narrada en el Armagedón bíblico. Según algunos historiadores, el *zoroastrismo* ejerció notable influencia sobre el *judaísmo* primero y el *cristianismo* después. El *maniqueísmo* del siglo III debe sus orígenes, según algunos historiadores, al *zoroastrismo*. En alusión al sabio persa fundador del *mazdeísmo*, **Nietzsche**, el

controvertido filósofo alemán del siglo XIX, crea la *antifigura* de **Jesús de Nazaret** en su polémica obra *Así habló Zaratustra*, escrita con espíritu poético, donde desarrolla la controvertida temática sobre el mito del superhombre, la muerte de Dios, la voluntad del poder y su concepción del *eterno retorno*.

El misterio del universo principia con la vida y continúa con el desenlace final de la misma que es la muerte. Entre la una y la otra media el tiempo con sus incertidumbres. Pero nos surge, de inmediato, varias interrogantes: ¿acaso no es el tiempo el verdadero juez de la existencia humana?; y si el tiempo marca nuestro devenir, ¿qué sentido tiene nuestro paso a través del mismo? Creo que si somos capaces de responder de manera convincente a estas o similares preguntas estaríamos, posiblemente, desentrañando algo del misterio de la existencia.

En respuesta a la primera pregunta hemos de decir que, en verdad, el tiempo marca inexorablemente nuestro paso por esta vida. De esto no cabe duda alguna. Los dos modelos cosmológicos existentes, el del *tiempo lineal* y el del *tiempo circular*, en realidad, forman parte de una misma dimensión solo que concebida de manera distinta. El primero como una sucesión única e irrepetible de acontecimientos en un lapso de tiempo determinado, y el segundo como expresión de que ese mismo período de tiempo se vuelve a repetir *ad infinitum*, infinidad de veces por medio del “eterno retorno”. A decir verdad, la teoría del *eterno retorno* es una continua evocación de la no aceptación plena del proceso de la muerte como última realidad existente. En el plano religioso encuentra su máxima expresión en la *reencarnación* de algunas religiones orientales. En cualquier caso, a mi juicio, ambas concepciones



Paul Halpern

del tiempo son fiel reflejo de una única verdad: que el tiempo y su discurrir están estrechamente relacionados con nuestra actitud ante la muerte. Al ser esta irreversible, condiciona inequívocamente nuestra percepción del tiempo.

Paul Halpern, físico teórico y matemático por la Universidad de New York y licenciado en Humanidades por la Universidad de Filadelfia, y además, estudioso del fenómeno del tiempo, sintetiza de manera excelente, a mi parecer, la idea que podemos llegar a tener sobre el tiempo y su discurrir. **Halpern** es de la idea de que el tiempo viene predeterminado por nuestra actitud ante la vida. Estoy plenamente de acuerdo con esta idea. Y es que más allá de la captación que se tenga del tiempo, este se torna un hecho que va a marcar indefectiblemente nuestro paso por la vida. Poco importa el modelo que uno tenga sobre el tiempo; lo que importa realmente es que somos conscientes del paso del mismo y nuestro devenir a través de él. Y es que la vida forma parte de un proceso evolutivo que va desde el nacimiento hasta la muerte, pasando por distintos estadios.

La posible respuesta a la segunda pregunta que nos planteábamos lleva implícita la primera. El sentido de nuestro paso por el tiempo, creo, está íntimamente ligado al proceso evolutivo individual al que me refería unas líneas atrás. Tenemos que ir descubriendo, paso a paso, a medida que vamos consumiendo etapas en la vida, el porqué de nuestro actuar, procurando percatarnos de que a medida que cumplimos años ganamos experiencia y nuestra concepción del tiempo también va evolucionando, va cambiando. Es cierto que esto no disipa las incertidumbres de nuestra vida ni nada nos aclara sobre un hipotético más allá, pero pienso que, al menos, es una guía en el camino



Jean Piaget

diario y en la aventura de la existencia. Creo que no caben más expectativas al respecto.

La imaginación del ser humano le ha llevado a plantearse la posible existencia de seres de otros planetas del sistema solar e incluso llegar a admitir supuestas pruebas de su estancia en nuestro planeta. La verdad es que nada convincente y seguro atestigua la veracidad de tales afirmaciones. Pero, obviamente, tampoco existen pruebas en sentido contrario que nieguen categóricamente la existencia de vida en otros planetas. Esto forma parte de un *enigma* más del *cosmos* que nos rodea.

Hablaba antes del proceso evolutivo que acompaña la vida del ser humano a lo largo de toda su existencia. Este sí es un hecho irrefutable e incontestable, que no admite lugar a dudas. El paso del tiempo marca inexorablemente nuestro proceso evolutivo a nivel mental principalmente, pero también biológico. Sería **Jean Piaget** (1896-1980), el excelente biólogo y psicólogo suizo, quien revolucionaría el concepto del desarrollo cognitivo del ser humano, confirmando sus hipótesis por medio del análisis clínico. Dentro de los esquemas cognitivos planteados por **Piaget** sería su *teoría* sobre el *proceso de adaptación cognitiva* la que más llama la atención. En la teoría de **Piaget** dos son los elementos fundamentales de ese proceso adaptativo del individuo al entorno: asimilación y acomodación. La *asimilación* se sustenta en la relación estímulo-respuesta del organismo. La *acomodación* implica todo un proceso organizativo de adaptación al medio. Sería el desarrollo cognoscitivo el que equilibra ese proceso interior que nos capacita para adaptarnos al medio o entorno en el que vivimos. Establece así su célebre *Teoría Constructivista del Aprendizaje* que revolucionaría el mundo de la *Psicología Cognitiva*.

Si somos conscientes de nuestro paso por la vida enseguida nos

percataremos de que esta es un proceso de permanente adaptación al medio, tanto biológico como social y anímico. Esto es algo que no admite duda de ningún tipo. El gran mérito del gran psicólogo y biólogo suizo está en haber sabido estructurar de manera científica todo este proceso cognitivo y que tantas expectativas ha creado en el mundo tanto de la biología como de la psicología humanas. Las teorías de **Piaget** marcaron todo un hito en el desarrollo estructural cognitivo, particularmente en el niño. Muchos pedagogos y psicólogos, en la actualidad, siguen hoy en día utilizando en sus esquemas organizativos cognitivos los planteamientos de **Piaget**. A día de hoy todavía no han sido superados.

Si la vida y el tiempo, en su discurrir, caminan inevitablemente juntos, entonces hemos de saber estructurar y argumentar convenientemente nuestro paso por ambos. Ya no es cuestión simplemente de adherirse a una determinada ideología por muy loable que esta sea. Como bien decía **Blay Fontcuberta**, la ideología, en ocasiones, se convierte en un lastre en la búsqueda del camino interno de la verdad. Sobre todo cuando se la antepone a las propias vivencias. La verdad, la que sea, no hay que buscarla fuera. Se encuentra dentro de uno. Las ideologías pueden ayudarnos en un momento preciso o determinado para estructurar, como decía, el mundo del pensamiento dialéctico, pero nada más. Cuando organizamos nuestra vida en torno a ideas de carácter político, social o religioso, lo hacemos en virtud de unos esquemas a los que nos hemos adherido. Esto es normal, entiendo. El problema surge cuando queremos depender de ellos sin más. Y aquí es donde, pienso, está el error. Si no perdemos de vista las expectativas que la vida nos traza en nuestro caminar por ella en el transcurrir del tiempo, entonces es cuando nos damos cuenta de que la vida es mucho más que lo que nos plantea la ideología a la que uno se haya adherido, que después de todo no es más que una muleta que nos sirve de apoyo para estructurar nuestra vida.

Muchas personas, especialmente en el campo religioso, tienen miedo a perder su identidad si alguien osara poner en entredicho sus creencias. Esto denota una dependencia de las mismas hasta el punto de poder llegar a anular su personalidad. Es una forma de inmadurez cognitiva. Hemos de aprender a vivir sin dependencias de ningún tipo, en plena autonomía.

Lamentablemente, las estructuras sociales actuales, tanto políticas como religiosas, tienden a la manipulación de ideas y a la reinscripción de estas en mentes poco evolutivas. De ahí surgen precisamente todos los comportamientos involucionistas. Cuando el ideario (entiéndase político o religioso) marca las pautas de actuación y comportamiento pleno de los individuos es cuando todo el entramado alienatorio se pone en marcha. El individuo es entonces incapaz de discernir entre acción en plena libertad o acción manipulada y condicionada por los planteamientos ideológicos de turno. Y este es el caldo de cultivo necesario para la ausencia de libertad interior. Y cuando se pierde la libertad interior se ausenta también la dignidad como persona. Esa dignidad que tanto preconizamos desde el ámbito de la filosofía personalista. En fin...

Vivimos, ciertamente, en un mundo plagado de continuas paradojas e incertidumbres que nos sumen, a veces, en la perplejidad, cuando no en la confusión. El paso del tiempo nos abrumba con frecuencia al anunciarnos un final inevitable. Y en medio de todo ello contemplamos la infinitud de un mundo, de un universo, que nos cautiva. Pero ávidos de saber y conocer, como decía anteriormente, nos sentimos impelidos a indagar e investigar sobre nuestro pasado, sobre nuestros orígenes. Y es aquí cuando nos topamos con el mayor de los enigmas: el origen de todo y el proceso evolutivo subsiguiente en que nos vemos envueltos.

CREACIONISMO VS. EVOLUCIONISMO

Al iniciar este apartado puntualizo que no soy especialista en una materia tan extraordinariamente compleja desde el punto de vista biológico, pero sí ávido lector y escudriñador de temas científicos. Las parcelas de la filosofía y la pedagogía, en las que estoy inmerso, conlleva también investigar e indagar en otras áreas o materias con la finalidad de extraer un conocimiento mayor de ciertos temas a tratar para así poder establecer las conclusiones pertinentes. Y esto es lo que intentaré hacer en este complejo apartado que ahora iniciamos.

Este tema siempre ha suscitado pasiones encontradas entre los entusiastas del *creacionismo* (por lo general provenientes más bien, pero no exclusivamente, del mundo religioso protestante de carácter fundamentalista) y aquellos otros que nos movemos en el ámbito de optar por unos planteamientos más en consonancia con un proceso evolutivo en este mundo, pero no por capricho sino como deducción tras indagar e investigar en el mundo de la ciencia y del conocimiento científico, avalado por el criterio mayoritario de científicos de renombre que consideran la evolución como un proceso, a día de hoy, totalmente incuestionable. Otra cuestión sería qué proceso evolutivo es el más consecuente a la luz de las modernas investigaciones llevadas a cabo en el mundo de la biología, la zoología, la paleontología y los hallazgos arqueológicos, principalmente.

El hablar de *creacionismo* pudiera inducir a un error que conviene desterrar desde un principio. Se suele hablar de *creacionismo* desde la vertiente religiosa para hacer alusión a que el cosmos, el universo y todo cuanto en él habita, se debe interpretar desde la exclusiva revelación bíblica, de manera plenamente literal, no dejando espacio a una interpretación de carácter más simbólica o figurada. Claro que no todas

las posturas creacionistas son idénticas. Unas son más radicales que otras, pero, por lo general, suelen tender a la idea de considerar que el relato bíblico del Génesis fue tal cual. Esta tesis era incuestionable hasta el advenimiento de la *teoría de la evolución biológica* que formularían primeramente el biólogo y filósofo suizo **Charles Bonnet** en el siglo XVIII con su obra *Consideration sur les corps organisés* (Consideración sobre los cuerpos organizados), publicada en 1762, y luego serían los naturalistas **Jean-Baptiste Lamarck** (quien sería el primero en formular oficialmente una teoría evolutiva plenamente biológica en 1802) y posteriormente **Charles Darwin** con su obra esencial *El origen de las especies por medio de la selección natural*, publicada en 1859. Pero a las teorías evolutivas de **Lamarck** y **Darwin** me referiré más adelante.



Charles Darwin

Hay que decir que las tesis evolucionistas tienen sus antecedentes nada menos que en la antigua Grecia, la cuna del saber. En efecto, varios filósofos de la antigüedad ya preconizaron la idea sobre los cambios experimentados por los organismos vivos a lo largo del tiempo. **Anaximandro** (610-546 a. C.) ya sostuvo la idea de que los animales terrestres fueron generados a partir de los animales acuáticos, y luego sería **Empédocles** (490-430 a. C.) quien habló de los seres vivos que surgieron por medio de la adaptación al medio sin necesidad de una intervención de carácter sobrenatural. Y sería más tarde **Aristóteles** (384-322 a. C.), el más grande de los filósofos de la antigüedad, quien realizara análisis y observaciones, exponiendo las relaciones existentes entre los seres vivos al hablar de la *scala naturae* (escalera de la naturaleza), estableciendo todo un orden jerárquico en función de la complejidad de los seres vivos analizados.

En la antigua China, **Zhuangzi** (siglo IV a. C.), filósofo taoísta de gran renombre en la época, consideraba que las distintas formas de vida tenían una capacidad innata para adaptarse al medio en el que viven y se desarrollan. Estas ideas guardan estrecha conexión con la filosofía taoísta donde se considera que la vida es un continuo proceso de cambio y transformación permanente. La filosofía taoísta, en mi opinión, es de las más evolucionadas del mundo oriental sin duda alguna. Grandes maestros del taoísmo desde **Lao Tsé** (que vivió según los historiadores del mundo oriental hacia el siglo V a. C.), han preconizado la idea de un mundo en constante cambio y transformación, tanto biológica como anímicamente.

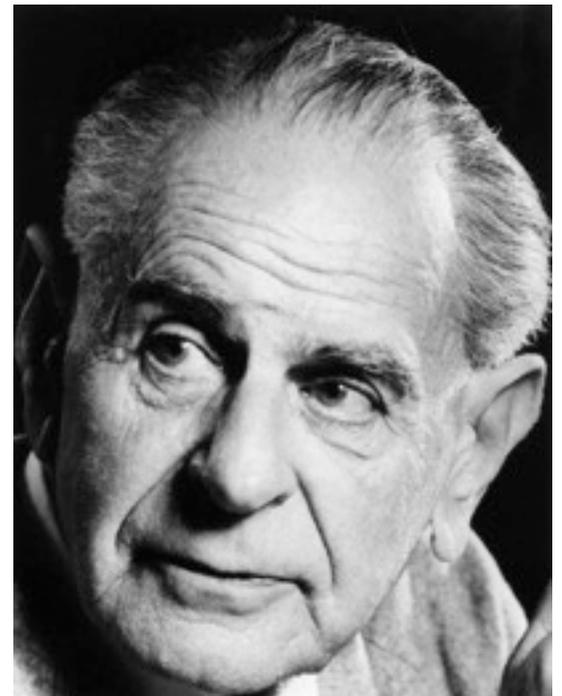
Pero, más allá de las ideas pre-evolucionistas surgidas en la antigüedad, es un hecho incontrovertible que el conocimiento científico apuesta de manera casi generalizada por la evolución de las especies desde que **Lamarck** y **Darwin** formularan su respectivas teorías.

En realidad, una amplia diversidad de cosmogonías de carácter mitológico es la que sostiene a duras penas el *creacionismo* actual de sello claramente religioso, en especial, como decíamos antes, dentro del marco del protestantismo más radical y conservador. Mas, como también comentábamos, existen diversos grados dentro de los esquemas creacionistas. Uno de ellos es el conocido como el *diseño inteligente*, el cual, a modo de sucedáneo, pretende sustituir o contrarrestar los supuestos “efectos negativos” de la *teoría de la evolución* en el marco de la enseñanza académica en contra del criterio bastante generalizado de admitir las tesis evolucionistas como hechos científicos constatables. El problema de base, a mi juicio, está en no querer, saber o poder admitir que la comunidad científica internacional considera, por más que les pese a los creacionistas a ultranza, como un hecho incuestionable el proceso evolutivo de las especies. Otra cosa es interpretar correctamente como se

ha efectuado ese proceso y con qué fines ya que es aquí donde sí existen algunas discrepancias. Cuesta aprender que lo científico no tiene nada de sobrenatural ni se apoya en eventos supuestamente sobrenaturales. El análisis e investigación de los fenómenos catalogados como sobrenaturales pertenecen a otro mundo distinto: el metafísico. La ciencia, como tal, analiza e investiga sobre acontecimientos de carácter natural. Previo análisis de las *hipótesis* formuladas, estas deben ser validadas y verificadas de manera solvente e irrefutable a la luz del conocimiento científico actual pero nunca definitivo. Es por eso que se habla de la ciencia con carácter de provisionalidad mientras nuevas indagaciones e investigaciones obliguen a revisar planteamientos anteriores. Curiosamente con la evolución no ha sucedido esto ni parece probable que pueda suceder. Es por eso que nos preguntamos si tiene algún sentido, a día de hoy, el debate apasionado entre *creacionismo* y *evolucionismo*. Sinceramente, me parece un debate que ya debería estar superado a estas alturas. Todo debate racional debería conducir a un diálogo constructivo, pero, lamentablemente, en la controversia *creacionismo-evolucionismo* se produce un “diálogo de sordos”, donde el entendimiento entre las partes es prácticamente imposible debido a prejuicios que condicionan negativamente el diálogo.

Pero, ahondando algo más en la controversia convendría que delimitáramos conceptos e ideas al respecto. Y lo primero que entiendo deberíamos analizar es si realmente los postulados creacionistas tienen sustentación científica, como arguyen algunos de sus enconados defensores, o si, por el contrario, carecen de este apoyo imprescindible para ser catalogados como científicos. Lo propio haremos más adelante con los postulados evolucionistas. Creo que esta es la llave o la clave del debate. El problema que tienen las tesis creacionistas a ultranza es que carecen, en realidad, de sustentación científica, puesto que no argumentan con *hipótesis falsables*. Pero, nos preguntamos, ¿qué son las

hipótesis falsables? El concepto de *falsación* o *falsacionismo* fue definido por **Karl Popper** (1902-1994), el gran filósofo austriaco y teórico de la ciencia y del conocimiento epistemológico, para referirse a algo totalmente novedoso, pero de un contenido y de una precisión lógica incuestionable: *la labor científica no basta con confirmar nuevas leyes, sino también en descartar leyes que contradigan la experiencia.* Es decir, las leyes formuladas deberían estar sujetas a todo proceso empírico, experimental, pues de lo contrario carecería de valor científico al no poder ser validadas experimentalmente. El mundo de la ciencia le debe mucho a **Popper**, una de las mentes más agudas y privilegiadas del siglo pasado.



Karl Popper

El *método científico* propugnado por **Popper** me parece de una lógica aplastante, además de totalmente innovador en el mundo de la ciencia. Es por eso que es plenamente admitido dentro del marco de la comunidad científica internacional. Sus aportaciones al mundo de la *teoría científica* son impagables, ciertamente.

Retomando de nuevo el asunto en cuestión que planteábamos sobre si tiene o no tiene sustentación científica los postulados del *creacionismo* más conservador, hemos de decir que, obviamente, carecen de total fundamentación científica a la luz de las *hipótesis falsables* que acabamos de analizar. Y esto por una razón prioritaria, por lo demás totalmente lógica, cual es que al carecer de *hipótesis falsables* (lo cual es evidente) sus argumentaciones no pueden ser admitidas como saber o conocimiento plenamente científico. Tendrán otro valor, es cierto, pero no el valor científico preciso para ser admitidas como tales. Y es que, como ya decía con anterioridad, el mundo religioso no tiene nada de

científico, y al revés. Mezclar verdadera ciencia (no pseudociencia) con elementos religiosos no es argumentable. Ciencia y religión pertenecen a dos mundos distintos y en muchas ocasiones distantes. Esto no debe impedir, no obstante, que caminen juntas en la búsqueda de la verdad y que ambas contribuyan, cada una a su manera, a desentrañar los *misterios* del cosmos, del universo.

Pero, la cuestión que también se plantea, como decía, es si tiene verdadero sentido a estas alturas la controversia *creacionismo-evolucionismo* cuando la comunidad científica internacional admite de manera bastante generalizada el hecho de la evolución biológica de las especies. Particularmente creo que no tiene mucho sentido como no sea alimentar las tesis creacionistas que parten de los sectores más radicales y fundamentalistas del protestantismo en Estados Unidos, principalmente. El *evolucionismo* es prácticamente admitido de manera bastante generalizada, como decía, en el mundo científico. Hemos de entender que no será por capricho o casualidad. Como no lo será el hecho de que las mentes más lúcidas del mundo científico contemporáneo lo apoyen sin reservas y de manera categórica. Mas, bien es cierto, no todas las posturas creacionistas son radicales. En absoluto. Posiblemente arrinconado por las evidencias, cada día más notables por las investigaciones arqueológicas contemporáneas, el *creacionismo* ha derivado, como comentaba antes, hacia otro original enfoque: *el diseño inteligente*. El conocido investigador y bioquímico **Juli Peretó**, del Instituto Cavanilles de la Universidad de Valencia, considera, no obstante, que el reciente apoyo que están teniendo las tesis sobre el *diseño inteligente* son fruto de la incultura científica reinante, siendo rechazado por la mayoría de los especialistas en biología evolutiva. En un artículo publicado por la *Sociedad Española de Bioquímica y Biología*



Juli Peretó

Molecular, **Peretó** considera que el *creacionismo* no es más que una pseudociencia que se está extendiendo de manera peligrosa por el mundo anglosajón, pero que carece de verdadera sustentación científica. La propia *Society Royal de Londres*, de reconocido prestigio científico a nivel internacional, afirmó en el pasado año 2006 que el *evolucionismo* estaba ampliamente respaldado a nivel científico. La polémica se ve alimentada cada día que pasa por ambos bandos, los partidarios del *creacionismo* y los del *evolucionismo*.

El problema central de la controversia creacionismo-evolucionismo

Llegados a este punto creo que conviene analizar sosegadamente el meollo de la cuestión que venimos planteando. Y lo hago sin apasionamientos de ningún tipo ni prejuicios de índole alguna, ni filosófica ni religiosa. Pienso que únicamente desde una propia percepción del problema se pueden extraer algunas conclusiones relevantes, amparadas siempre, claro está, por la indagación e investigación que toda temática requiere, y máxime esta, de compleja estructura y composición.

Es indudable que la controversia entre *creacionismo* y *evolucionismo* está servida desde que **Darwin**, principalmente, formulara sus argumentaciones que dieron pie a su famosa y discutida teoría. Intereses de diversa índole y prejuicios de carácter religioso, en unos casos, y antirreligioso, en otros, han acompañado a la controversia desde entonces. Es cierto, por otra parte, a mi parecer, que ni una postura ni la otra ofrece total y plena fiabilidad. Pero, entiendo, el problema de base no está en admitir el *creacionismo* o el *evolucionismo* sin más, sino en dirimir si tienen ambos sustentación plenamente científica, como dicen tener ambas posturas e interpretaciones.

Si por conocimiento científico entendemos todo conocimiento estructurado, organizado y sistematizado que partiendo de la observación de hechos y formulación de hipótesis o conjeturas, así como de acontecimientos que ofrezcan fiabilidad y validez por medio de la investigación experimental y que resista, según la tesis argumentada por **Popper**, la exposición a la *falsación*, entonces se puede hablar de conocimiento netamente científico. De lo contrario estaríamos hablando de otra cosa que poco tiene que ver con el conocimiento científico. Partiendo del hecho de que tanto el *creacionismo* como el *evolucionismo* se sustentan en teorías, supuestamente científicas, sería determinante definir lo que es, en realidad, una teoría de carácter científico.

Por *teoría científica* entendemos un conjunto agrupado de conceptos, abstracciones y fenómenos observables que se pueden cuantificar y que viene formulada por reglas o leyes que guardan estrecha relación con los fenómenos observables reseñados. Y es aquí, creo, cuando la filosofía puede hacer sus aportaciones al respecto. El mismo **Lamarck** en su excelente obra *Philosophia Zoologica* (pp. 69-70) habla de la necesidad de que la biología tenga una filosofía propia.

En efecto, más allá de los postulados científicos que se puedan emitir por parte de las dos posturas enfrentadas, pienso que prejuicios de diversa índole empañan el análisis verdadero del problema. Que el *creacionismo* se sustenta en prejuicios religiosos es un hecho evidente y fuera de toda duda. Negarlo sería de incautos. Y esos prejuicios provienen de la creencia a “pie juntillas”, valga la expresión, es decir, de manera firme y categórica, de la literalidad de los textos bíblicos en relación con el relato de la creación. Se pretende, por parte de los creacionistas a ultranza, interpretar al dictado lo que los textos dicen, cuando, en realidad, una lectura serena y objetiva nos da a entender que se trata, como otros muchos pasajes bíblicos, de unos textos de contenido netamente religioso

y moral escritos con la expresa finalidad de dejar impronta, de dejar huella, en el subconsciente colectivo del pueblo, que sería luego transmitido de generación en generación por medio de las tradiciones orales y escritas subsiguientes. Se pretende ver ciencia donde hay un asunto de contenido exclusivamente religioso. Interpretar literalmente unos textos narrados y escritos en un contexto histórico, cultural y social determinado no deja de ser, aun con la mejor intencionalidad, algo totalmente fuera de lugar. Lo mismo sucede con otros relatos religiosos de la antigüedad que hacen referencia a la creación del mundo. Relatos, por cierto, que ofrecen bastante similitud con los textos bíblicos, si bien expresados, como es lógico, dentro de su cultura lingüística correspondiente. La expresión lingüística de los mensajes religiosos de distinta índole es determinante para interpretar bien el acontecer histórico de los relatos referidos, como bien expresaba **Lévi-Strauss**, el verdadero fundador de la antropología cultural moderna.



Claude Lévi-Strauss

Por parte del *evolucionismo* y sus seguidores se puede hablar también, posiblemente, de otro tipo de prejuicios (más allá de la veracidad de sus argumentaciones científicas aunque estas no sean del todo plenas a día de hoy), cuales son el negar categóricamente, en muchos casos, la posibilidad de que una mente creadora haya dado origen a todo ese entramado evolutivo en el mundo. Pienso que una cosa no tiene por qué estar reñida con la otra. Y razones daré para ello en el siguiente apartado de este ensayo. Entretanto, cabe decir que el problema esencial de la controversia que nos ocupa no se dirimirá probablemente nunca cuando prejuicios e intereses de diversa índole impidan un análisis profundo y desapasionado de la cuestión. Y por otra parte, podemos decir también que es posible que el problema de fondo no radique únicamente es una

cuestión de aceptación científica. No sabemos con exactitud. Una cosa, en cambio, sí sabemos o podemos intuir, y es el hecho de que el mundo natural, con todo su entramado, con todas sus aparentes contradicciones, es maravilloso y digno de un acto de suprema creación que de ninguna de las maneras implica negar un proceso evolutivo en el mismo a todos los niveles: biológico, antropológico, cultural y social. Negar esto sería negar el acontecer histórico del hombre y de su entorno en este mundo de tantas controversias en el transcurrir de ese fenómeno que denominamos *tiempo*.

3. Un universo en cambio constante

*No hay nada en la vida tan bello, tan grato,
y tan grande, como las cosas misteriosas.*

Francois-René de Chateaubriand.

Es indudable que para tener clara percepción del proceso evolutivo en los seres vivos en general debemos antes intentar definir qué es, en realidad, la *vida*, o ese proceso que denominamos vida.

Desde un punto de vista estrictamente material o mecanicista la vida podríamos definirla como un conjunto de acontecimientos o actividades de los seres orgánicos que van desde el momento del nacimiento hasta la extinción final que supone la muerte de esos organismos. Durante este proceso vital se producen una serie de cambios orgánicos en todos los seres vivos. Por lo tanto, la vida tiene su origen en el momento mismo de su aparición en un organismo cualquiera. Es totalmente lógico admitir que la vida no es fruto del azar sino que algo o alguien dio vida a los seres que denominamos seres vivos por antonomasia. Pero esa sería otra cuestión para el análisis. De lo que se trata de aquí es de intentar vislumbrar que la vida, en todas sus formas, conlleva un proceso evolutivo constante, algo que a día de hoy es algo incuestionable, como veremos.

Pero, desde que el hombre tomó conciencia de su existencia como ser pensante se empezó a plantear el sentido de la misma y su origen. Surgieron así, como ya sabemos, los primeros *mitos* en torno al mundo y al devenir de los seres vivos en él, particularmente el hombre. Y con los mitos aparecieron los primeros intentos de religiosidad en los seres humanos.

Primeramente poco claros y ambiguos, y luego, con el transcurrir del tiempo, a medida que se iba consumando su proceso evolutivo a nivel mental, se fueron reafirmando y consolidando sus ideas en torno a la existencia de un Ser superior creador de todo lo existente, así como la vida misma. De este modo surgieron las primeras religiones de carácter politeísta y, más tarde, fruto de ese proceso mental evolutivo, las religiones más evolucionadas de carácter monoteísta, sustentadas en algún mensaje o revelación, supuestamente por parte del mismo Creador de todo lo existente. Se tenía conciencia del carácter *vitalista* de la existencia, más allá de una simple concepción material de la misma.

Ya me referí en la primera parte de este ensayo a que las primeras ideas surgidas en torno a la creencia en un proceso evolutivo de las especies proviene de la antigua Grecia. Los planteamientos efectuados en aquella esplendorosa época carecían de la necesaria sustentación científica que se posee en el mundo moderno, pero sus percepción filosófica fue admirable. El interés por conocer y vislumbrar nuestros orígenes fue una constante a lo largo de los tiempos. Nada ha apasionado más al hombre que rebuscar en sus ancestros y encontrar respuesta a sus muchas interrogantes sobre la vida y también la extinción de esta por medio del proceso de la muerte. Pero, bien es cierto, la mayoría de estas pretensiones carecían, por falta de medios técnicos, del más claro rigor científico. Tan solo eran aproximaciones de carácter intuitivo y filosófico, pero nada más. Algunas de estas ideas surgieron, como no podía ser de otra manera, al amparo de ideas religiosas, muchas de las cuales ya tardíamente. Así, por ejemplo, en el año 1650 sería el arzobispo de Armagh (Irlanda), **James Ussher**, quien editaría un libro en el que afirmaba haber descubierto, interpretando diversos textos bíblicos, que la Tierra había sido creada unos cuatro mil años antes de *Cristo*. Las investigaciones científicas y geológicas posteriores se encargaron de desmentir semejante aseveración. Hoy en día sabemos que el universo como tal tiene miles de millones de años

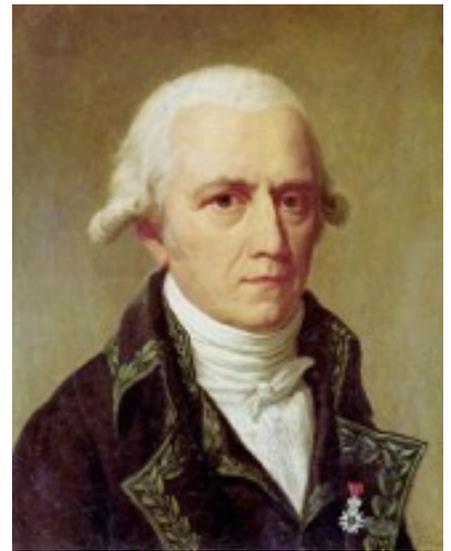
según avanzadas pruebas científicas validadas. Otra prueba más, no del error en sí de los textos bíblicos, sino del absurdo de una interpretación literalista de los mismos. El avance científico ha corroborado que lo que antaño eran meras hipótesis se convirtieron, con el paso del tiempo, en simples anécdotas históricas. Según el eminente profesor **Benjamín Fernández Ruiz**, catedrático en Biología Molecular Celular de la Facultad de Biología de la Universidad Complutense de Madrid, los geofísicos cifran la edad de nuestro planeta en unos 4500 millones de años, cifra, evidentemente, bastante alejada de la propuesta por el arzobispo **Ussher**. Dice el **Pr. Fernández Ruiz** en su bien documentada y apasionada obra *La vida: origen y evolución* que cada nuevo descubrimiento científico ha ido comprobando o rechazando, según el caso, *teorías* discutidas incluso durante siglos sobre las formas en que apareció la vida en la Tierra, teniendo que ser ajustadas convenientemente hasta llegar a ser comúnmente aceptadas por la comunidad científica internacional.

El *evolucionismo*, como teoría científica, es algo que se ha venido perfeccionando a través del tiempo, como hemos visto. Y es que, en realidad, no cabe hablar de una única teoría sobre la evolución como proceso biológico incuestionable a día de hoy, sino de diversas teorías que se han ido perfeccionando y validando a nivel científico, como iremos viendo.

Pero, convendría matizar que dentro del campo científico las teorías, obviamente, son revisables con carácter permanente a tenor de los descubrimientos y hallazgos realizados. Este proceso también se dio, por supuesto, en los distintos planteamientos y argumentaciones surgidas a raíz de las primeras ideas evolucionistas modernas de **Bonnet**, **Lamarck** y **Darwin**, sin olvidar a **Alfred Russel Wallace**, que fue también precursor de las tesis evolucionistas de la época, incluso anteriores a las formuladas por **Darwin**, si bien no tuvieron las repercusiones de este último. Las primeras teorías modernas aparecidas siempre han dejado bien claro que se-

rían revisables en función de los nuevos hallazgos y descubrimientos que validaran su demostración.

Centrándonos ahora en la primera teoría evolutiva moderna formulada por **Lamarck** -si bien, como decía, con el precedente de los conceptos evolucionistas de **Bonnet**-, cabe decir que la misma viene a postular las ideas que años después replantarían **Wallace** y **Darwin** en sus célebres investigaciones sobre el origen de las especies. **Lamarck** vino a proponer en su investigación que el proceso evolutivo se producía de manera sucesiva a medida que las distintas especies



Jean-Baptiste Lamarck

cambiaban de situación ambiental, de tal modo que los organismos tendrían la capacidad innata de adaptarse a las nuevas situaciones, siendo precisamente esos cambios los que propiciarían la actual diversidad de especies. La teoría formulada por **Lamarck** no fue considerada debidamente hasta que el propio **Darwin** la rescatara años después. Lo que **Lamarck** en el fondo venía a postular no era negar la actuación de un *ente* creador de todo lo existente, sino la imposibilidad de que la creación hubiera previsto todas las posibles formas de vida observadas en la naturaleza sin mediar un proceso evolutivo constante en la misma. Esta concepción de **Lamarck** se oponía de lleno al *fijismo* de la época que se sustentaba en la plena literalidad del relato bíblico sobre la creación. El espíritu de la *Ilustración* y de la *Enciclopedia* posibilitaron que las ideas de **Lamarck** fueran tratadas con la extensión que se merecían. Pese a esto, el dogma religioso sobre la creación seguía imperando con fuerza y no era fácil que nuevas y revolucionarias ideas se abrieran camino en el mundo de la ciencia.

Pero el verdadero espaldarazo a las tesis evolucionistas lo daría unos años después **Darwin** al formular su particular *teoría de la evolución de las especies*. Esta teoría vino a suponer una síntesis de las ideas recopiladas

das por **Bonnet** y **Lamarck**, pero con algunas innovaciones. Las explicaciones que expone **Darwin** tienen, a mi juicio, una lógica consecuente que viene a unificar las distintas observaciones sobre la diversidad natural de la vida de las especies. Leyendo y reflexionando sobre la obra fundamental de **Darwin** que da pie a sus argumentaciones para decantarse por la realidad de un proceso evolutivo en la naturaleza, se tiene la impresión de que la aceptación de tal proceso evolutivo engrandece aún más la obra creadora del cosmos. Es por eso que son todavía más incomprensibles los radicalismos religiosos que pontifican sobre la exclusiva literalidad de los textos bíblicos, cuando estos, siendo objetivos, vienen a dar una explicación a nivel popular sobre la inmensa obra de la creación, pero carentes de cualquier sustentación científica seria. No se entiende que se niegue la evidencia de unos hechos que se han venido corroborando a lo largo de una elaborada investigación científica confirmada con hallazgos arqueológicos determinantes en contra de la defensa a ultranza de unos textos escritos con la finalidad expresa de dar a conocer un mensaje de claro contenido ético y moral para el devenir de la humanidad. Sinceramente carece de toda lógica, de toda racionalidad. Una vez más ciencia y religión siguen caminos distintos en sus particulares investigaciones sobre la vida y el devenir de la misma.

Los estudios y posteriores inferencias deducidas de la famosa teoría formulada por **Darwin** (y que tanto escandalizó en su tiempo a los sectores religiosos más retrógrados e integristas) viene a expresar una realidad del mundo natural. Mucho se ha criticado su idea, expresada en su controvertida teoría, de que el proceso de adaptación de las especies implica la supervivencia de unas, las mejor dotadas, en detrimento de otras que terminarían desapareciendo. Pero es que la lucha por la existencia ha sido siempre así. El ejemplo más representativo que tenemos en la naturaleza es la *depredación*, siendo la misma eslabón importante en la selección natural, en que unos animales sirven de alimento a otros más débiles que ellos, en-

trando a formar parte así de la cadena trófica. Esto es un hecho constatable e irrefutable. Como lo fue el hecho de la desaparición de los dinosaurios hace más de sesenta millones de años, según los naturalistas, por causas todavía desconocidas. El mundo natural tiene poco de idílico. La lucha por la supervivencia es una ley natural inexorable. Que el mundo podría haber sido concebido de otra manera se nos antoja evidente, pero la realidad es la que es, para bien o para mal. Las imágenes paradisiacas se quedan, por desgracia, en eso, en imágenes. Creer lo contrario sería de incautos.

Las conclusiones de **Darwin**, al final de su obra capital, son claras, precisas y concisas a la vez. Lejos de negar la grandeza del Creador, se extasía ante su obra, la creación, llegando a afirmar que *“mientras este planeta ha ido girando según la constante ley de la gravitación, se ha desarrollado y se está desarrollando, a partir de un principio tan sencillo, una infinidad de las formas más bellas y portentosas”* (*El origen de las especies*).

Mas, serían las leyes formuladas en el siglo XIX por el monje y botánico de origen austríaco **Gregor Mendel**, coetáneo de **Darwin**, quien haría resurgir de nuevo la polémica con respecto al *evolucionismo*, al sentar las bases de la herencia genética. Las leyes de la genética planteadas por **Mendel**, surgidas, obviamente, por medio de diversas hipótesis formuladas por él, parecía que venían, en principio, a poner en entredicho las tesis evolucionistas bastante aceptadas en el mundo científico de la época. En efecto, las leyes mendelianas publicadas en 1866 son aceptadas actualmente por la comunidad científica internacional sin objeción de ningún tipo, si bien pasaron prácticamente inadvertidas en el siglo XIX hasta que casi cuarenta años después, a inicios del siglo XX, un conjunto de científicos encabezados por el holandés **Hugo de Vries** las dio a conocer al mundo científico. Curiosamente sería el estudio de las leyes mendelianas efectuado por el propio **De Vries** el que ayudaría a clarificar y conjuntar las

distintas teorías evolutivas surgidas hasta entonces, llegando a conclusiones bastante distintas a las propuestas por **Lamarck** y **Darwin**. Pero, ¿cuáles fueron las conclusiones del estudio biológico de **De Vries**, ratificado luego por el naturalista y biólogo danés **Wilhelm Johannsen**? Ambos investigadores llegaron a considerar que dentro de una determinada población se podían presentar dos tipos diferenciados de variaciones: unas, llamadas *modificaciones*, y otras denominadas *mutaciones*.



Gregor Mendel

Las primeras debidas a cambios ambientales, no siendo transmisibles de padres a hijos, y las segundas serían modificaciones más complejas y profundas que no se debían a los cambios ambientales y que sí se podían transmitir de manera hereditaria de unas generaciones a otras. Según las investigaciones de **De Vries**, solamente las segundas, esto es, las *mutaciones*, podrían ligar al proceso evolutivo y, en consecuencia, como bien podemos deducir, se desecharían los planteamientos evolucionistas de **Darwin** en lo referente a la *teoría de la selección natural* como auténtico impulsor o motor del cambio evolutivo.

Los planteamientos de **De Vries** (apoyados también por **Johannsen** y otros naturalistas), así como por las *leyes* de **Mendel**, fueron plenamente apoyadas y reafirmadas por otros naturalistas de renombre, como **Thomas Morgan**, célebre genetista estadounidense, *Premio Nobel de Fisiología y Medicina* en 1933, cuyas ideas publicó en un apasionante libro sobre la herencia bajo el título de *La teoría de los genes*, causando un gran impacto en los ámbitos científicos en el año 1926, fecha de su publicación. **Morgan** demostró que los cromosomas son los portadores de los genes. Fue él quien propuso la existencia de caracteres ligados al cromosoma sexual X de las hembras. Cada uno de los genes era portador de una característica peculiar que se transmitía sin modificación alguna, salvo que existiera una mutación que cambiara la estructura de alguno de los

genes en particular. Como es fácil de deducir, los planteamientos teóricos de **De Vries** y **Morgan** vinieron a cuestionar seriamente los planteamientos evolucionistas ya imperantes en la época. Se tuvieron que llevar a cabo nuestras indagaciones e investigaciones en el campo de la microscopía y bioquímica para relanzar de nuevo las tesis evolucionistas. Y fue así como, a la par que se iban encontrando nuevos hallazgos arqueológicos, se consolidó la *nueva teoría de la evolución* que supuso como un intermedio entre la teoría de las mutaciones de **De Vries** y la formulada por **Darwin** sobre la selección natural. Se empezó a hablar ya de *Neodarwinismo* o *Teoría sintética*.



Thomas Hunt Morgan

Pero, ¿qué propone en sí el neodarwinismo? Pues, lisa y llanamente, una conjunción de mutaciones y selección natural que serían las que desencadenaron el proceso evolutivo natural de las especies. Los más relevantes especialistas en materia de genética y evolución se mostraron claramente partidarios del neodarwinismo moderno, desde el mismo **Morgan** hasta **Ledyard Stebbins**, pasando por otras destacadas figuras del mundo de la genética como **R. Fisher**, **Sewall Wrigth**, **Julian Huxley** y **William Hamilton**, entre otros. En el mundo de la investigación etológica y zoológica destaca la figura del teórico de la evolución y divulgador científico británico **Richard Dawkins**, cuyas obras *El gen egoísta* y *El espejismo de Dios*, causaron gran polémica entre los sectores religiosos más conservadores e integristas. **Dawkins**, fue titular de la cátedra *Charles Simonyi de Difusión de la Ciencia* en la prestigiosa Universidad de Oxford hasta el año 2008. En *El gen egoísta* (1976) **Dawkins** viene a afirmar que no somos, en realidad, más que vehículos de los genes; algo así como máquinas o instrumentos programados para ser casi inmortales. La verdad es

que esto suena casi a ciencia-ficción, pero, quién sabe; también sonaba, por ejemplo, a ciencia-ficción el que **Julio Verne**, el ingenioso escritor y dramaturgo francés del siglo XIX, profetizara sobre un hipotético viaje a la luna, algo impensable en su época, ciertamente. Y sin embargo, tal predicción se cumplió un siglo después. ¿Quién no ha dado rienda suelta a su imaginación leyendo en sus años mozos los emocionantes relatos de **Verne**, como *La vuelta al mundo en ochenta días*, *Viaje al centro de la Tierra*, *La isla misteriosa* o el mismo *De la Tierra a la Luna*, por ejemplo? En fin..., **Dawkins**, como entusiasta darwinista que es (al igual que lo fuera otro apasionado divulgador de temas científicos, **Carl Sagan**) se deja llevar, en ocasiones, por su imaginación. Y es que en la ciencia siempre hay un componente imaginativo, que precisa, claro está, de la posterior demostración empírica.

Hay que considerar que, al margen de los postulados esgrimidos por los creacionistas y partidarios del conocido como *Diseño Inteligente*, existieron algunas críticas contra el neodarwinismo provenientes del mismo campo científico. Efectivamente, algunos aspectos relacionados con la *transferencia genética horizontal* llevaron a replantear algunos aspectos del neodarwinismo y sus hipótesis. Sin embargo, la comunidad científica internacional admite de manera generalizada el hecho del proceso evolutivo como algo incuestionable a día de hoy. Como veíamos, los más eminentes científicos, provenientes de diversos campos de la investigación, entiéndase la biología, la citología, la genética, la zoología y la paleontología, principalmente, no dudan al respecto. Es seguro que no cabe hablar de certezas plenas en ningún ámbito del saber humano, pero los procesos inductivos y deductivos nos permiten extraer conclusiones, si no determinantes, sí relevantes sobre el

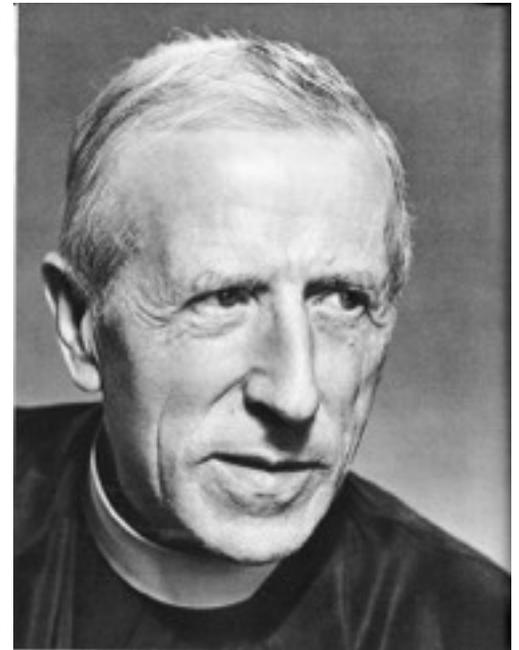


Richard Dawkins

estudio que nos ocupa en este ensayo. Siempre queda un espacio para el enigma del universo.

La original teoría evolutiva de Teilhard de Chardin

Seguramente la teoría formulada por el jesuita, filósofo y paleontólogo francés **Teilhard de Chardin** (1881-1955) fue una de las más originales y peculiares que se han formulado en el ámbito científico. En efecto, ante las ideas establecidas por **Alexander Ivanovich Oparin** que formuló su particular teoría sobre el *origen de la vida* en una obra que llevaba el mismo título, en las que consideraba que las moléculas orgánicas habían evolucionado fuera de todo organismo formando luego



Teilhard de Chardin

sistemas muy complejos sometidos a los principios de la evolución, **Teilhard** –tras los ensayos del científico norteamericano **Stanley L. Miller**, que vinieron a confirmar en buena medida las hipótesis de **Oparin**–, aceptó las tesis evolucionistas de ambos y confeccionó su particular teoría evolucionista que muy difícilmente puede ser sometida al rigor científico. El intento del paleontólogo y religioso francés fue el de armonizar la *teoría de la evolución* con la intervención directa de Dios, como *ente* creador de todo lo existente. Esto propició que fuera desprestigiado por los sectores más religiosos de su época e ignorado, en buena medida, por los ámbitos científicos. Es cierto que su particular concepción del proceso evolutivo carece de demostración empírica, pero no es menos cierto, en mi opinión, que su intento de armonizar ciencia y fe es loable y nada desdeñable, aun reconociendo que son dos caminos distintos en la búsqueda de la verdad, como he venido argumentando en otros ensayos relacionados con esta temática. Sus investigaciones fueron recogidas en varias obras que tienen un indudable valor filosófico más allá de sus cuestionables planteamientos científicos. La idea clave de su argumentación a fa-

vor del proceso evolutivo es que este tiene una complejidad tal que a modo de una larga cadena, unida por eslabones, conducen al hombre, al *homo sapiens*, siendo Dios mismo el primer eslabón de esa cadena. Si en un principio, como decíamos, las ideas evolucionistas de **Teilhard** fueron censuradas por la propia Iglesia, actualmente tienen buen predicamento en el ámbito religioso católico. Hasta el mismo **Juan Pablo II** estimó y valoró las ideas del jesuita francés, cosa que ya había realizado anteriormente **Pablo VI** al hablar de **Teilhard** como un investigador que trató de encontrar una explicación del universo manifestada a través de la presencia de Dios en el mismo. Más recientemente, en 2007, el cardenal **Christoph Schönborn**, en un interesante libro sobre la creación y la evolución (*Chance or Purpose?: Creation, Evolution and a Rational Faith*) afirma, en referencia al científico y jesuita francés, que “*Su visión fascinante sigue siendo controvertida, y sin embargo ha representado una gran esperanza, la esperanza de que la fe en Cristo y el enfoque científico para el mundo pueden reunirse (...). La fascinación que Teilhard de Chardin ejerció sobre toda una generación provino de su manera radical de mirar a la ciencia y la fe cristiana juntas*” (pp.141-143). En ese particular duelo entre *evolucionismo* y *creacionismo* es el mundo del protestantismo fundamentalista el que prácticamente se ha quedado solo. Solo contra unas evidencias ratificadas por la práctica generalidad del mundo científico serio que admite (aun con ciertas reservas por parte de algunos científicos, bien es verdad) la evolución y las tesis evolucionistas como un proceso a gran escala que se ha venido desarrollando desde los orígenes del universo, tanto a nivel geológico, como biológico y antropológico.



Alexander Ivanovich Oparin

Fundamentos de la evolución prebiológica

La teoría científica de **Oparin** y que luego, como comentábamos, confirmaría, al menos en parte, **Miller** de manera experimental incitaron a que otros muchos biólogos indagaran a través de distintas pruebas e investigaciones cómo fue el largo y laborioso proceso por medio del cual la materia inerte pudo dar lugar al surgimiento de las primeras células. Esto sería determinante y de trascendental importancia para establecer los fundamentos del proceso evolutivo de las especies. **Sidney Fox**, bioquímico norteamericano, llegó a considerar que el surgimiento de la vida en nuestro planeta tuvo lugar no solo en el mar, como proponía **Oparin** en su investigación, sino que también pudo haber surgido en la tierra firme. Pero esta teoría de **Fox** precisaba demostración, cosa que así hizo sometiendo a altísimas temperaturas, cercanas a los 1000° C, una curiosa mezcla de gases parecidos a los compuestos por la atmósfera primitiva y cómo llegaban a experimentar una serie de cambios y transformaciones de tal modo que logró la síntesis de los aminoácidos que al unirse entre sí daban lugar a lo que **Fox** denominó *proteinoides*, que deben su nombre por su parecido con las proteínas de las que están formados todos los seres vivos. Pues bien, esto demuestra que la materia inorgánica al sufrir una serie de cambios y transformaciones producían la energía necesaria para que continuase el desarrollo de los seres vivos, como demostró **Fox** en sus investigaciones. Las investigaciones más recientes en el campo de la bioquímica parece que apuntan a que las primeras moléculas biológicas que surgieron fueron las del ARN (Ácido ribonucleico), si bien la pregunta que nos planteamos es: ¿qué surgió antes, la proteína o el ARN? No se sabe con exactitud. Se habla en los ámbitos científicos de *coevolución*; es decir, de un proceso cambiante y evolutivo conjunto.

Ciertamente, los complejos procesos de la *evolución prebiológica* son difíciles de demostrar y, en consecuencia, de incierta validación, pero las evidencias encontradas hasta el momento hacen que la *evolución prebio-*

lógica sea admitida de manera bastante generalizada por la comunidad científica internacional. Los defensores del *creacionismo* a ultranza hablan con frecuencia y hasta con desdén de que lo único que ofrecen los argumentos evolucionistas son meras teorías y nada más, lo cual es un error. Lo que ofrecen los planteamientos evolucionistas son teorías, en verdad, pero no unas teorías cualquiera, sino teorías sustentadas en hipótesis de carácter científico, es decir, teorías argumentadas de manera organizada y estructurada convenientemente.



Sidney W. Fox

¿Qué no ofrecen certezas plenas? Es verdad también. Pero los indicios e indagaciones a lo largo de todo el proceso investigativo de varios siglos de indagación y análisis científico inducen a pensar que es perfectamente factible tal proceso evolutivo. Y es más, diríamos que hasta lógico. El universo es cambiante de manera permanente. Varios procesos naturales intervienen en ese acontecer. ¿Por qué no admitir un proceso evolutivo a lo largo del tiempo que diera lugar a formas de vida distintas? Ofrece más coherencia admitir esto que negarlo, a mi juicio. Creo que las argumentaciones del *creacionismo* a ultranza están llenas de prejuicios de carácter religioso, como veremos en otro apartado de este ensayo. Pero también es verdad que aun admitiendo un universo cambiante los procesos por los que se rige la *evolución prebiológica* no han podido ser demostrados plenamente y, en consecuencia, se postulan como una teoría científica con pruebas de manera más o menos aceptables. En cualquier caso, la comunidad científica considera válida la *evolución prebiológica* y como tal es aceptada, pese a las lagunas que presenta, lo cual no deja de ser paradójico, ciertamente. Pero así está la cuestión. Y posiblemente así seguirá estando por mucho tiempo.

Siendo un observador imparcial de esta controversia entre *creacionismo* de base religiosa y *evolucionismo* de carácter materialista y ateo, se tiene

la sensación –analizando sosegadamente los argumentos que esgrimen unos y otros–, que lo que se intenta es desbancar los postulados contrarios. Y creo que este debate es baldío, pues nos movemos, como en tantas otras cosas, en un terreno extremadamente escurridizo donde hacer declaraciones categóricas y contundentes no dejarían de ser, cuando menos, arriesgadas. Por una parte y por otra. Un acercamiento filosófico al problema en cuestión induce a pensar que nadie tiene el patrimonio exclusivo de la verdad. Ni en esta ni en ninguna otra materia o asunto. Moverse por prejuicios de un tipo o de otro no ayuda en la búsqueda de la verdad. Pero, en fin, de los prejuicios ideológicos hablaré en el siguiente apartado de este estudio.

El proceso adaptativo de las especies

Que existen diferencias significativas entre las diversas especies de seres vivos es, en verdad, una obviedad. Pero llama poderosamente la atención el hecho de que esas diferencias se establecen no únicamente en seres vivos de la misma especie. Así, por ejemplo, dentro de una misma especie, hay casos de poco parecido entre padres e hijos, e incluso de distintos descendientes entre sí. Y por otra parte parece evidente que los distintos seres vivos han ido surgiendo en diferentes épocas geológicas y que muchos grupos y familias proceden de antecesores comunes. Se sabe, por ejemplo, de especies que existieron y que luego, por causas extrañas y nada claras, desaparecieron. Los dinosaurios son un ejemplo de ello. Todo esto nos permite asegurar que la biosfera está en permanente y constante proceso de cambio, de evolución. Es por eso que la *evolución* se define como la diferenciación existente de manera progresiva en las distintas formas de vida orgánica y todo ello dentro del ámbito del *tiempo* que es el que, podríamos decir, “procesa” todos los cambios y adaptaciones posteriores. Para entendernos, el tiempo es algo así como “juez y parte” del proceso evolutivo.

Que las distintas especies se adaptan al medio en el que viven es un hecho irrefutable. El mismo ser humano, desde sus orígenes, se ha venido adaptando al entorno en el que ha vivido pasando de la vida nómada a la sedentaria. La vida en sí de cualquier ser vivo implica adaptación permanente al medio en el que vive. Muchos biólogos y naturalistas definen la *evolución* como una diferenciación progresiva de las distintas formas de vida orgánica en alusión a una mayor organización de los organismos más diferenciados. También se entiende la *evolución* por la conversión en el tiempo de unas formas de vida primitivas a otras más diferenciadas. Esto, evidentemente, implica una adaptación al entorno, al medio.

Algo que nos intriga a todos es poder llegar a indagar sobre el hecho de que hace millones de años existieran especies animales que hoy nos son desconocidas. Y también el considerar que muchas de las especies que existen en la actualidad muy probablemente no habitaron la Tierra en aquellas épocas tan remotas. ¿Cómo explicar este misterio? ¿Cómo saber de la existencia de aquellos animales primitivos que luego, de manera enigmática, desaparecieron? La respuesta está, inequívocamente, en los restos y hallazgos fósiles. La fosilización es un proceso consistente en la conservación de restos de seres vivos en las rocas de la corteza terrestre. La aparición y rescate de estos restos ancestrales, generalmente de animales, permiten su estudio e investigación y son una fuente de información inexcusable para indagar acerca del pasado. El estudio de estos restos hallados por los paleontólogos permiten extraer importantes conclusiones acerca de la desaparición de algunas especies animales y la aparición de otras. Actualmente se sabe que el descubrimiento de restos fósiles ha sido tan abundante que ha permitido a los paleontólogos realizar una distribución muy concreta y precisa hasta el punto de reconstruir todo el proceso evolutivo de algunas especies animales. Sin embargo, pese a la abundante proliferación de hallazgos fósiles varias preguntas continúan en el aire

relacionadas con la evolución y su proceso en el tiempo. En efecto, así es.

Y es que nos podemos preguntar por la causa que originó la evolución de las especies y sus fines. Varias teorías se formularon al respecto en los últimos tiempos, pero, la verdad sea dicha, ninguna concluyente de manera categórica. La *evolución* continúa siendo un misterio, así como su finalidad. Antes del surgimiento de las ideas evolucionistas preconizadas por **Darwin** y **Wallace** se tenía el convencimiento de que la Tierra se había visto sometida a una serie de cataclismos que hicieron desaparecer muchas de las especies que existían. Esta fue la idea de **Bonnet** a finales del siglo XVIII y defendida también por **Georges Cuvier**, el célebre naturalista francés. La idea de la adaptación de las especies surgiría, como ya hemos visto y analizado, a partir de **Lamarck**. Lo único cierto es que carecemos de certezas absolutas sobre cómo aconteció el proceso evolutivo y las circunstancias que lo originaron. Pero todo apunta que tal proceso existe, que es incuestionable para el mundo científico actual, más allá de las distintas interpretaciones que se le dé al mismo.

Este estudio quedaría, obviamente, incompleto si no analizáramos a fondo la otra vertiente del dilema, es decir, el *creacionismo* y su sucedáneo, el conocido como *Diseño Inteligente*. Al final esperamos extraer conclusiones, que si no determinantes, sí, al menos, nos permitan tener una visión holística, global y conjunta, de la controversia *creacionismo-evolucionismo* y tratar de dar una respuesta filosófica al complejo asunto que nos ocupa en este ensayo.

4. La tesis del creacionismo

Lo que en realidad quiero discutir es si es racional creer que Dios existe, que hay una persona tal como Dios. Por supuesto, hay una diferencia importante entre creer que Dios existe y creer en Dios.

*Alvin Plantinga. Universidad de Notre-Dame. Indiana (EE.UU.)
Racionalidad y creencia religiosa.*

Abordamos ahora los argumentos que esgrime el conocido como *creacionismo* en su abierto y declarado antagonismo con las tesis evolucionistas que acabamos de analizar.

Decir, de entrada, que nos referimos a lo que se conoce por *creacionismo* en alusión a los argumentos que exponen que los postulados religiosos aparecidos en el Génesis de la Biblia tienen fundamentación científica para ser creíbles y que, por lo tanto, deben leerse e interpretarse de manera meticulosamente literal. Esta es la forma más radical de entender el *creacionismo*. Existen, obviamente, otras posturas menos contundentes y radicalizadas que, en cualquier caso, pretenden conciliar los textos del Génesis sobre la creación con la ciencia moderna partidaria de manera bastante generalizada por las tesis evolucionistas. Otra cuestión a la que me referiré más adelante es el hecho de que se pueden admitir las tesis evolucionistas –algunas, ciertamente, aún por demostrar categóricamente– con un proceso original creativo fruto de una *mente creadora* que dio vida a

todo lo existente en el *cosmos*. Analizamos ahora, primeramente, los argumentos que esbozan los creacionistas a ultranza, es decir, aquellos que creen que se debe admitir de manera categórica el relato literal de la creación tal y como viene expresado en el Génesis bíblico.

Cabe decir, en primer lugar, que los argumentos creacionistas merecen toda consideración y respeto por su énfasis en mantener la literalidad de unos textos que, obviamente, tienen distintas interpretaciones posibles. Pero aquí de lo que se trata es de analizar si realmente tienen fundamentación científica a día de hoy. Y todo parece indicar que no la tienen, lo cual no es, en absoluto, incompatible con la creencia en un *ente* superior, creador de todo lo existente, como veremos luego.

El problema de base estriba, a mi juicio, en que los sectores más radicales de la cristiandad (principalmente el mundo del protestantismo ultraconservador y fundamentalista) no son capaces de asimilar que el relato bíblico de la creación simplemente expone unas pautas de comprensión sencillas para el pueblo al que iban destinadas, en un lenguaje ordinario que fuera fácilmente entendible para él. En una época precientífica que duró varios milenios los hombres de aquella época precisaban un entendimiento envuelto en la aureola de lo mítico, tan común en los pueblos y civilizaciones antiguas, tal y como relata **Mircea Eliade**, el gran mitólogo e historiador de civilizaciones antiguas. Pero no solamente en el relato de la creación la Biblia recurre a lo mítico, sino que también otros relatos de la misma revelación judeocristiana hacen lo propio. Otra cuestión era la captación que el pueblo hacía de esos relatos. Seguramente los entendería como relatos fehacientes y verídicos y que de alguna manera venía a conectarles con la divinidad tal y como ellos la entendían y la percibían. Cabe decir, como ya comentábamos en otras ocasiones, que al hablar de *mito* nos estamos refiriendo a una ficción de carácter alegórica que posee una fuerza creadora e incluso mágica capaz de quedar impregnada en la colectividad del pueblo que recibe su influjo, rigiendo de este modo sus

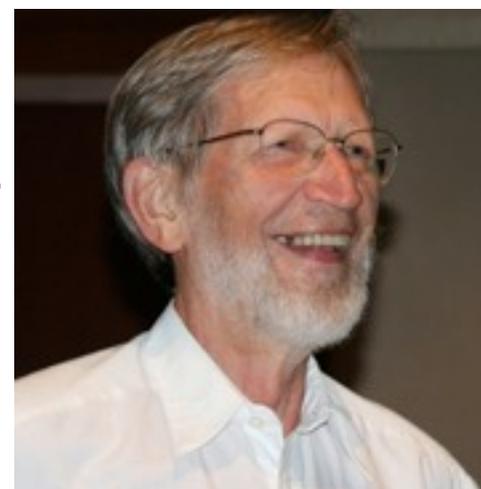
pautas de comportamiento y actuación. ¿En qué nos basamos para afirmar que el relato de la creación (no exclusivo, por cierto, del mensaje bíblico ya que otros pueblos de la antigüedad también tuvieron sus relatos sobre la creación y con bastantes similitudes con el relato bíblico) tiene un claro contenido mitológico? En primer lugar porque era común en las antiguas civilizaciones hacer uso del lenguaje mitológico para expresar determinados contenidos de carácter religioso, tal y como han venido demostrando los más competentes historiadores y estudiosos de las religiones antiguas, recurriendo para ello a fuentes de documentación serias y fiables, y en segundo lugar, porque en el mundo científico en el que estamos inmersos, surgido a raíz de la Ilustración del siglo XVIII primero y la Revolución industrial después, supusieron el verdadero inicio de una transformación profunda de la humanidad como nunca antes se había conocido desde el neolítico.

No fue casualidad, probablemente, que las ideas evolucionistas (que ya se habían formulado, como sabemos, en la Grecia clásica) resurgieran con fuerza y se hayan venido desarrollando, como hemos visto, a través de complejos procesos de investigación y análisis científico que han venido a ratificar que el proceso evolutivo es un hecho incuestionable a la luz de las modernas investigaciones, estudios y hallazgos arqueológicos descubiertos hasta el presente. Pero esto ya lo analizamos con la extensión que se merecía en el capítulo anterior.

Retomando de nuevo las ideas del *creacionismo a ultranza* o *radical*, decir que sus argumentos son únicamente la defensa de los textos bíblicos entendidos e interpretados de forma exclusivamente literal. Pero, todo indica que no tiene verdadera razón de ser una interpretación literal de los textos, lo cual no significa que no tengan su valor y significación. La tuvieron, sin duda, para los pueblos de la antigüedad (particularmente el pueblo judío) por lo que significaba para ellos, y la tienen para nosotros hoy en día que podemos ser capaces de captar la profundidad y hondura

del relato que nos habla de un Dios creador, *alma máter* de todo lo existente, pero interpretado de manera figurada con el simbolismo que ello encierra y nos transmite: *un acto creador fruto de un ente capaz de crear de la nada*. Como decía **Alvin Plantinga** (1932), filósofo e investigador en Filosofía de las Religiones –y que recojo en una de sus citas al inicio de la tercera parte de este ensayo–, ya no es simplemente cuestión de creer en Dios sino, aún más en creer que Dios es existente, con lo cual el célebre filósofo estadounidense viene a querer decir que la existencia de un *ente* superior no es solamente cuestión de creer en Él sino en que también existe más allá de toda creencia, lo cual, evidentemente, no es lo mismo.

Es preciso saber distinguir entre lo que se conoce por *creacionismo* de carácter antievolucionista y el *creacionismo* que considera que hubo un acto creativo de la nada por parte de un *ente superior* creador de todo lo existente en el *cosmos*. El *creacionismo antievolucionista* pretende tildarse de científico lo cual implica, ni más ni menos, que afirmar que la revelación bíblica es poco menos que un tratado de ciencia, lo cual es absurdo desde todo punto de vista. Primero porque carece de la fundamentación científica precisa para ser denominado como tal. Y segundo porque el fin de la revelación bíblica era otro muy distinto que establecer principios científicos en una era precientífica que fue cuando se elaboró. La finalidad expresa de la revelación bíblica (al igual que otras revelaciones que contienen textos considerados sagrados) era -y es- conducir a la criatura creada por el sendero del bien y dotarle de las herramientas precisas para tal consecución y logro, pudiendo alcanzar así la dimensión soteriológica en esta vida y la trascendencia en esa otra dimensión, desconocida para nosotros, y a la que se accede a través del vehículo de la muerte como consumación final de nuestra existencia terrenal.



Alvin Plantinga

El *creacionismo antievolucionista* carece de todo tipo de sustentación científica por más que algunos pretendan darle ese calificativo. La ciencia, el conocimiento científico, se caracteriza por una sólida estructuración analítica así como una expresa finalidad: ratificar por medio de hipótesis formuladas a la luz de la razón y del saber humanos, argumentos que precisan ser verificados o comprobados de manera empírica, experimental, para posteriormente ser validados a nivel global por la comunidad científica internacional. Es decir, precisa un consenso prácticamente general para que cualquier formulación sea aceptada en forma de teorías y leyes que delimiten el campo científico a investigar. **Ortega y Gasset**, el gran pensador y filósofo español contemporáneo, decía que la ciencia no es otra cosa que el esfuerzo que hacemos para comprender algo y esto aplicado a todos los campos de la ciencia y el saber humanos. Por otra parte, el saber científico siempre permanece atento a nuevas investigaciones que permitan modificar planteamientos anteriores como ya hemos visto al analizar las tesis evolucionistas. Posiblemente la argumentación evolucionista no cumpla al cien por cien esta premisa, pero no cabe duda de que sus planteamientos se acercan más a un final concluyente sobre la evolución y el proceso evolutivo de las especies que las tesis sustentadas en el conocido como *creacionismo antievolucionista radical*.

Pero sería una afirmación gratuita decir que el *creacionismo antievolucionista* no es científico sin más explicaciones. Se precisan dar pruebas de tal afirmación o, al menos, ofrecer argumentaciones que induzcan a pensar eso. En primer lugar es impropio tildarlo de “científico” (como hacen determinados sectores del protestantismo ultraconservador) puesto que no reúne las premisas necesarias para tal consideración. La ciencia, como tal, precisa de una metodología concreta y la experimentación necesaria para ser considerada así. Requisitos que no reúnen las tesis creacionistas radicales. Y a esto le añadimos que no recoge tampoco el concepto de *falsación* del que hablaba **Karl Popper** para referirse a la contrastación que

precisa todo argumento teórico. Si no es posible refutar tal teoría, entonces queda corroborada, pudiendo ser aceptada si bien no verificada. Es decir, que en cualquier caso, la teoría científica precisa de la experimentación necesaria para ser validada. La ciencia, por lo tanto debe ser falsable para poder ser validada. Las tesis creacionistas carecen de todo esto. El *creacionismo antievolucionista* es claramente subjetivo. Y lo subjetivo tiene otras atribuciones muy distintas que le impiden ser científico.

El diseño inteligente

El movimiento conocido como *Diseño Inteligente (Intelligent Design)*, tan en boga en los últimos tiempos dentro del marco del protestantismo ultraconservador, como sucedáneo del *creacionismo antievolucionista* viene a ser un enmascaramiento de las tesis de este último con la particularidad de no recurrir al tan manido argumento religioso del Génesis bíblico. Con eso se pretende darle un aire de “cientificidad” del cual carece, ciertamente.

En efecto, partiendo de argumentos, en principio no religiosos, pretende, apoyándose en disciplinas netamente científicas como las ciencias naturales, la biología o la arqueología, demostrar que el universo ha sido diseñado de manera inteligente por un Ser superior y sobrenatural que ha establecido sus leyes físicas y naturales para el buen funcionamiento del cosmos. Y hasta aquí podemos estar de acuerdo. Que este mundo no ha surgido de la nada parece evidente admitirlo. Que una mente superior le dio vida en un momento determinado, parece también lógico. Sin embargo, nada de esto, por desgracia, tiene fundamentación científica sustentada en la verificación de tales argumentaciones. Y es por eso que la comunidad científica internacional califica de pseudociencia al conocido como *Diseño Inteligente* y sus proposiciones como pseudocientíficas también.

No obstante, dicho esto, cabe decir que hay aspectos en las tesis del *Diseño Inteligente* que pueden tener, a mi juicio, al menos una sustentación ló-

gico-deductiva, cual es el hecho de aceptar que la selección natural de las especies no pudo haber surgido por puro azar y que el *cosmos*, el universo, aun con todo el misterio que encierra, ha sido diseñado inteligentemente. Otra cuestión sería dirimir si una vez realizado el acto creativo, fijado a través de leyes físicas y naturales, Dios ha seguido interviniendo en el acontecer del *cosmos* y en el tiempo. Cuestión esta indemostrable categóricamente desde el plano exclusivamente científico. Y es por eso precisamente que la comunidad científica, a nivel internacional, rechaza los argumentos del *Diseño Inteligente*. Paradójicamente, en Estados Unidos se ha logrado suscitar una movilización política con tal de abogar por la inserción del *Diseño Inteligente* en los programas educativos como alternativa a la *teoría de la evolución*. Lo cierto es que parece que detrás del *creacionismo antievolucionista* y del *Diseño Inteligente*, como secuela del mismo, existen intereses religiosos de los grupos ultraconservadores. En fin...

El problema central de toda la polémica entre *creacionismo antievolucionista-Diseño Inteligente* es que subyace la controversia teísmo-ateísmo. Una controversia, por cierto, totalmente baldía en mi opinión, pues no se trata de dirimir en este caso sobre la existencia de Dios sino de analizar el proceso evolutivo de las distintas especies dentro del marco de la naturaleza, lo cual no excluye en absoluto la existencia de un *ser o ente superior*.

El *Diseño Inteligente* se distingue del *Evolucionismo teísta* y del *Creacionismo evolutivo* en que estos dos últimos consideran, a diferencia del *Diseño Inteligente*, que ha habido una diferenciación a través de la evolución natural sin la intervención directa de un *ente superior*. Es decir, que tanto el *Evolucionismo teísta* como el *Creacionismo evolutivo* admitiendo la existencia de un Dios creador, estiman, no obstante, que el proceso evolutivo posterior al acto creativo fue movido por causas naturales impresas por leyes en el mundo físico y en la naturaleza. Leyes, por cierto,

establecidas por Dios mismo y de las cuales dan referencia las ciencias naturales. En realidad el *Diseño Inteligente* nació con la finalidad de refutar los argumentos darwinistas sobre la evolución, los cuales, bien es verdad, tal y como analizamos, se quedaron ya algo obsoletos hace bastante tiempo, dando paso al *neodarwinismo*, el cual está, a día de hoy, más en consonancia con los últimos descubrimientos y hallazgos del mundo de la paleontología y biología molecular.



Francis S. Collins

Quizás nos preguntemos por qué el *Diseño Inteligente (ID)* no es reconocido en el ámbito científico actual, considerándolo más como argumentación filosófico-teológica que otra cosa. A tal efecto llama poderosamente la atención que **Francis S. Collins** –el prestigioso científico y director del proyecto *Genoma Humano*, Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica 2001 por sus trabajo de investigación en el descubrimiento de la secuencia del genoma humano-, que se define como creyente y nada sospechoso de ser opositor al *Diseño Inteligente (ID)*, sino que podríamos pensar más bien todo lo contrario, considera insuficientes, no obstante, las argumentaciones del ID realizando una crítica al mismo. **Collins** es coincidente en su crítica al ID, paradójicamente, con **R. Dawkins** y **Peter Atkins**, estos dos últimos antirreligiosos militantes. Los tres consideran insuficientes las hipótesis del ID y, consecuentemente, carentes de argumentos científicos serios. En realidad el ID tan solo tiene cierto reconocimiento y prestigio dentro del marco del protestantismo conservador. El **Dr. Collins** se mueve más bien dentro del campo del *evolucionismo teísta*, el cual considera que Dios es el desencadenante del proceso evolutivo.

Pero, nos planteamos ahora si realmente hay base científica sostenible para defender con cierta solidez los argumentos esgrimidos por el ID. No lo

parece. Las investigaciones acaecidas hasta el tiempo presente se inclinan de manera clara y contundente por un proceso evolutivo en el tiempo que por medio de la selección natural de las especies -admítase o no la actuación de un *ente* superior en este proceso- ha conducido a lo que las distintas especies animales son hoy en día. Lo que no acertamos a explicar es el porqué, la razón de ser de este proceso y, lo que quizá sea más importante, la finalidad del mismo. No sabemos realmente.

Últimos hallazgos fósiles

Quizá los recientes hallazgos fósiles de homínidos encontrados en *Atapuerca*, en el entramado montañoso de Ibeas de Juarros (Burgos), puedan ayudar a desentrañar en buena medida los orígenes del hombre. Cuatro especies distintas de homínidos se encontraron en *Atapuerca*, designados por los paleontólogos como *Homo antecessor*, *Homo heidelbergensis*, *Homo sapiens* y *Homo sapiens de la Sima del Elefante*. Los restos hallados tanto de fósiles humanos como de herramientas, catalogados por los paleontólogos intervinientes en el análisis de los restos como pertenecientes al Paleolítico inferior arcaico, y datados con unos 800.000 años de antigüedad, suponen todo un hallazgo capaz de esclarecer algo los orígenes del hombre y sus ancestros.

Los restos fósiles de *Atapuerca* tienen un indudable valor arqueológico. Varios de los descubrimientos fósiles encontrados en los yacimientos de *Atapuerca* han recibido el merecido reconocimiento científico y distintos fueron asimismo los galardones recibidos, como el Premio Príncipe de Asturias y el de Ciencias Sociales de la Junta de Castilla y León por las investigaciones llevadas a cabo. Sería en el año 1998 cuando se descubrieron en la conocida como *Sima de los Huesos* los restos fósiles del catalogado como *Homo heidelbergensis*, restos inequívocos de seres humanos, así como diversos utensilios utilizados por aquellos ancestrales pobladores del lugar, lo cual pone de manifiesto el conocimiento que tenían

del uso de herramientas y otros utensilios. La datación arqueológica de estos y otros restos encontrados en los yacimientos de *Atapuerca* es de más de un millón de años. En el año 2000 *Atapuerca* recibe el reconocimiento a nivel internacional por la importancia y trascendencia de sus hallazgos con la calificación por parte de la UNESCO de *Patrimonio de la Humanidad*. El rico registro hallado en los yacimientos ponen de manifiesto que esa zona fue una de las más antiguas de Europa que se conocen donde habitaron homínidos datados en mas de 800.000 años.

Los hallazgos de *Atapuerca* –considerados como los más antiguos con referencia de homínidos en Europa– vienen a suponer todo un espaldarazo al proceso evolutivo de la especie humana. Sin embargo, el último eslabón que supuestamente comunica al hombre con su ancestro no se ha manifestado todavía con claridad. Los distintos hallazgos fósiles así como los diferentes procesos biológicos hablan a las claras de un proceso evolutivo en el tiempo, pero continúa el misterio acerca de los orígenes de la especie humana. Se cree que el primer homínido fue el *Australopithecus*, aparecido hace unos cinco millones de años, y fue desde entonces que se inició el lento proceso evolutivo a nivel biológico y cultural hasta el surgimiento del ser humano actual, el *homo sapiens*.

En lo que llevamos de siglo cabe decir que se descubrieron importantes hallazgos fósiles que hacen surgir nuevas interrogantes acerca del origen del hombre, planteándose antiguas interrogantes que las nuevas investigaciones tratan de responder y desentrañar sobre nuestros orígenes. Preguntas del tipo ¿de dónde venimos?, ¿cuál fue la especie o género de homínido prehumano que ha dado lugar al género humano actual?, ¿cómo ha evolucionado nuestro género hasta llegar a nosotros?; los sentimientos y la conciencia que tenemos del mundo que nos rodea y de nosotros mismos, ¿en qué momento aparecieron?; ¿desciende el ser humano realmente de un primate?; ¿somos solo materia o existe un alma racional en nosotros?; ¿cuál es el verdadero sentido de la existencia humana, si es que lo

tiene?, etc., etc. Las posibles respuestas a estas o parecidas interrogantes requieren un análisis riguroso y profundo que solo, a día de hoy, puede responder la ciencia en sus diversas variantes y no la religión o la metafísica como parienta más cercana. Y decimos no la religión porque el cometido de la religión y toda la parafernalia que acompaña tiene una finalidad distinta, aunque ambas, la ciencia y la religión, persigan el mismo fin: *desentrañar el misterio del hombre y del cosmos*.

Como decía, desde el inicio del actual siglo XXI variados y abundantes fueron los hallazgos paleoantropológicos descubiertos en distintos lugares del mundo. Cito a continuación tan solo algunos de los más representativos que vinieron a añadir algo de luz al asunto del *evolucionismo* de la especie humana.

En el año 2004 se descubre en la isla de Flores (Indonesia) el homínido conocido como *homo floresiensis*, de pequeña estatura y un cerebro asombrosamente pequeño. Se sabe por los hallazgos que fabricaba sus propias herramientas al estilo de los neardentales. Los prestigiosos paleontólogos **Mike Moorwood** y **Peter Brown** no dudan en afirmar que se trata de una nueva especie humana que logró sobrevivir hace unos 12000 años. Su parecido con el *homo sapiens* era más que evidente y, por otra parte, pese a tener un cerebro muy pequeño, era inteligente. No obstante, surge la duda sobre las causas de su desaparición. Este hallazgo de la isla de Flores fue catalogado por la famosa revista *Science* como el descubrimiento del año.



Tim D. White

Sería en el año 2005 cuando **Tim D. White**, uno de los más prestigiosos y reconocidos paleoantropólogos del mundo, descubre nuevos fósiles en la localidad etíope de Assa Isse. Se trataba de restos fósiles de al menos

ocho individuos, siendo encuadrados dentro del género y especie de *Australopithecus anamensis*.

Y mencionar, por último, todo un hito en el mundo de la Genética, ciencia que tanto está aportando, junto con la paleoantropología, al mundo del evolucionismo moderno. En efecto, nos referimos al ingenioso descubrimiento de **Svante Pääbo**, el más eminente y prestigioso paleogenetista del mundo, al conseguir por primera vez en la historia, junto con su equipo de investigación, secuenciar el ADN nuclear de neardental, algo, al parecer, extremadamente complejo, y es que hace ya casi 160 años, concretamente en agosto de 1856, se descubrieron en Alemania los restos fosilizados del *Hombre de Neardental*, siendo reconocidos unos años después como los primeros humanos distintos a nuestra especie. Puede decirse que con el *Hombre de Neardental* había surgido la ciencia de la evolución humana. El reto del **Dr. Pääbo** y su equipo es el de descifrar el genoma neardental, tarea a desarrollar en varios años y que vendrá, sin duda, a descifrar en algo el misterio del proceso evolutivo humano.

Seguramente en un futuro se irán descubriendo nuevos hallazgos fósiles que permitan ir arrojando cada vez algo más de luz sobre el intrincado misterio de la evolución en sus distintas variantes.

La verdadera dimensión del problema

Llegados a este punto convendría que delimitáramos algunas cuestiones de interés en lo referente a la controversia *creacionismo-evolucionismo*.

En efecto, cuando confrontamos el relato de la creación que aparece en la Biblia -y también en otras culturas antiguas de manera bastante similar- sorprende las diferencias que encontramos con respecto a las consideraciones formuladas a lo largo del tiempo por el conocimiento científico. Se nos presentan, ciertamente dos esquemas totalmente distintos, con argumentaciones también distintas y diferencias abismales en cuanto a la

datación del origen del universo. Esto bien puede desconcertar a muchos, en verdad. Sin embargo, creo que ambos esquemas cuando se posicionan correctamente quizá no haya tanta divergencia. Es preciso para ello delimitar los dos esquemas que se nos presentan.

Por una parte es evidente, a la luz de la ciencia moderna actual y corroborado por distintas investigaciones, estudios y hallazgos tanto a nivel geológico como biológico, genético, antropológico y cultural, que el proceso evolutivo es una realidad en el *cosmos*. Negar tal evidencia equivaldría a no admitir los hechos, más que suficientes, para considerar que ha habido todo un proceso evolutivo en el tiempo desde los orígenes del universo hasta ahora. Y tal proceso continúa. Esto no son afirmaciones gratuitas. El mundo científico actual, con todo su desarrollo, no lo pone en duda de ninguna de las maneras. Las pruebas, los hechos, son más que evidentes. No parece que hayan dudas al respecto. Es por eso que desde el mundo religioso, tan distinto al científico, la confusión es bien patente que nos podríamos llegar a preguntar ¿dónde está realmente la verdad? ¿Podemos admitir un proceso evolutivo en el mundo que no ponga en entredicho el relato creacionista del Génesis? Y si lo admitimos ¿cómo compaginarlo con el relato de la creación que narra la Biblia? La posible respuesta a estas o parecidas interrogantes creo que está en la interpretación del relato creacionista. Los planteamientos científicos están bien claros y son bien evidentes, aun con las lógicas reservas que entraña todo estudio científico de índole tan compleja como esta. Quien tiene que replantearse algunas cuestiones es la hermenéutica bíblica, entiendo yo.

El conocimiento científico tan solo añadirá más pruebas y hallazgos que vengán a ratificar la evidencia del proceso evolutivo de las especies. Así ha sido en todo el *constructo científico* elaborado hasta ahora. Por lo tanto, el problema está del lado religioso. Y tal problema no parece tan grave cuando se recurre al acontecer histórico-contextual y lingüístico de la hermenéutica bíblica. El verdadero problema, a mi juicio, no está en el re-

lato sino en la forma de interpretarlo de manera literalista. Es por eso que conviene tracemos algunas pautas que nos permitan deducir de manera lógica la interpretación del relato religioso desde un contexto cultural y lingüístico determinado que nos aclare el contenido del mismo, y lo que es más importante, su significado; es decir, qué nos quiere transmitir el relato.

En efecto, ya veníamos comentando en reiteradas ocasiones que una interpretación exclusivamente literalista del relato creacionista del Génesis (o de otras hipotéticas revelaciones) inducen a un cúmulo de absurdos y sinsentidos que carecen de la más mínima explicación razonada. Y esto no solo en el relato mítico de la creación sino también en otras cuestiones que ya fueron tratadas oportunamente en otros ensayos. Pero, centrándonos en el relato del Génesis, cabe decir que en una época precientífica, anterior en cualquier caso al siglo XVIII que fue cuando realmente las distintas ciencias comenzaron a desarrollarse de manera extraordinaria, no se discutía ni se cuestionaba sobre la literalidad del relato del Génesis acerca de la creación, entendida esta tal y como aparecía de manera literal en el texto. Esto tenía su lógica. Se carecía de los recursos técnicos y científicos necesarios para abordar otras hipótesis. Esto por una parte y el dogmatismo religioso imperante en la época, por otra, impidieron cualquier tipo de acercamiento o cuestionamiento del relato bíblico. Sin embargo, los tiempos han cambiado. El hombre, por fin, ha salido de la caverna de la incultura y el desconocimiento científico. Por desgracia, todavía persisten sectores retrógrados e involucionistas incapaces de percibir esta realidad y, curiosamente, estos son los sectores religiosos más conservadores y fundamentalistas.

Pero, el proceso de investigación a todos los niveles continúa, como un acontecer ya imparable. Nada ni nadie podrá, por más que se empeñe, detener el proceso evolutivo mental, en este caso, del ser humano, ávido de saber y de conocer tanto sus orígenes como su destino. Y es que el miste-

rio del universo no finaliza con determinar los orígenes y el sentido de la vida humana. Otros aconteceres inquietan e intrigan al ser humano, y en estos indagaremos en el siguiente capítulo de este ensayo investigativo.

5. El problema del mal como enigma irresoluble

El ser humano experimentador no tiene participación alguna en el mundo. La experiencia se da ciertamente “en él”, pero no entre él y el mundo.

El mundo no tiene ninguna participación en la experiencia. El mundo se deja experimentar, pero sin que le afecte, pues la experiencia nada le añade, y él nada añade a la experiencia.

Martin Buber. *Yo y Tú.* Colección Esprit. Pág. 13.

Si compleja era la temática relacionada con la controversia entre el *evolucionismo* de carácter ateísta frente al *creacionismo antievolucionista* y el *evolucionismo teísta* con su sucedáneo, el *Diseño Inteligente (ID)*, más complejo, si cabe, es el asunto que ahora iniciamos. Me refiero, en efecto, al *problema del mal* y el sufrimiento en el mundo. Puntualizo, no obstante, en alusión a la cita de **Martin Buber** (1878-1965), el gran filósofo existencialista de origen judío-austríaco/israelí, que encabeza este capítulo del ensayo, que coincido plenamente con su pensamiento al referirse a esa diferenciación entre *yo* y el *mundo* como dos entidades distintas que

no se interfieren el uno con el otro. Nosotros los seres humanos vivimos en un mundo que indistintamente de nuestra condición sigue su curso, inalterable. El mundo es materia, a diferencia del ser humano, y, en consecuencia, no experimenta las sensaciones que captamos los humanos. Carece de espíritu y, por lo tanto, no percibe ni sensaciones ni emociones. Es por eso que cuando hablemos del *mal* en el mundo hemos de hacerlo con propiedad para referirnos a los acontecimientos de los seres que habitamos este mundo, esta dimensión en la que nos encontramos. Podemos decir en sentido figurado que el mundo es el espectador impasible de los avatares humanos sin ser juez de los mismos.

De los muchos enigmas que nos acompañan en esta vida el *problema del mal* y su acompañante habitual que es el dolor o sufrimiento (físico o moral) creo que se lleva la palma, es decir, que sobresale con respecto a todos los demás. El *problema del mal* nos enfrenta, queramos o no, con una realidad tan palpable que no podemos evitarla por más que queramos. Y no podemos evitarla porque a todos nos toca, unas veces de manera directa y otra indirectamente. No tenemos más que analizar el mundo desde sus albores para percatarnos que el irresoluble *problema del mal* es una constante vital. Pero, si sorprendente es el problema y su origen, más nos sorprende todavía que se trate de explicar por parte de las distintas religiones el rol, el papel, que el Creador de todo lo existente tiene en este asunto. Nos topamos, efectivamente, con la *teodicea*.

El tema de la *teodicea* es algo recurrente cuando nos planteamos explicar, al menos algo, sobre el sentido que tiene o puede tener el *mal* que en el mundo nos acontece a los humanos. Este es, sin duda, el mayor escollo que tienen las distintas religiones: tratar de explicar y aun justificar el mal como algo que Dios mismo, aunque no le agrade, sin embargo, consiente. Tratar de razonar esto no deja de ser tarea ardua y compleja, y para muchos totalmente incongruente.

Argumentos filosófico-teológicos sobre el problema del mal

Muchos han sido los filósofos, teólogos y hombres de ciencia a lo largo de la historia que han tratado de afrontar el problema sin éxito, al menos convincente de manera plena. Más allá de las argumentaciones que **Gottfried Leibniz** –el filósofo racionalista y matemático alemán– realizara en los siglos XVII-XVIII (y a las cuales ya dediqué todo un ensayo anterior sobre la *teodicea*, término acuñado por él precisamente), que nos hablan de manera optimista como el me-



Gottfried Leibniz

mejor de los mundos posibles en el cual vivimos, para referirse no como erróneamente se pudiera pensar, al orden moral, sino al matemático, tenemos que referirnos al asunto del *mal* como condición que acompaña al ser humano durante su existencia. **Leibniz** era de la idea de que el mundo en el que habitamos y la naturaleza tienen un orden preestablecido perfecto, matemático. La idea esbozada por el filósofo alemán de que Dios, en su perfección, creó también un mundo perfecto, como decía, quizá no fue del todo bien interpretada. Sería el ilustrado **Voltaire**, en su incredulidad, quien primero desprestigiaría el argumento de **Leibniz** en su popular novela de corte cómico *Candide*, donde el filósofo y escritor francés parodia la ingenuidad de **Leibniz** por su argumentación en alusión “al mejor de los mundos posibles”. Probablemente **Voltaire** no interpretó bien el pensamiento de **Leibniz** no acertando a captar que este se refería no al orden moral sino al matemático o era simple ironía. En fin...

Varios siglos antes de que **Leibniz** formulara su argumentación sobre la *teodicea*, **san Anselmo de Canterbury**, el célebre monje benedictino, teólogo y filósofo escolástico del siglo XI, argumentó sobre el *problema del mal* en relación con la libertad individual del ser humano.

San Anselmo dedicó la mayor parte de su vida a tratar de establecer relación entre la fe y la razón y en ahondar en el *problema del mal* intentando encontrar una explicación coherente al mismo. Su formación teológica y filosófica se encuadró dentro de lo que se ha dado en llamar el pensamiento escolástico. Gran estudioso de la teología agustiniana intentó acercar la fe al entendimiento racional. Fue una de las máximas figuras de la escolástica, junto a **Tomás de Aquino** y **Buenaventura** dentro del pensamiento cristiano, y **Averroes** y su mentor, el también gran filósofo **Ibn Tufail**, en el racionalismo musulmán.



Tomás de Aquino

Pero, ¿qué aportó, en realidad, **Anselmo** a la racionalidad de la fe? Su intento de encontrar una teoría del conocimiento que permitiera demostrar la existencia de Dios le hizo permeable en sus argumentaciones a asociar la fe con la razón, y de ahí a ahondar en el *problema del mal*. Sus dos obras principales, el *Monologion* y el *Proslogion*, son un compendio de búsqueda de la presencia de Dios por medio de la razón y el entendimiento como argumentos esenciales. Ambas componen un auténtico tratado de Teología Natural. El argumento ontológico de **Anselmo** recurre a la célebre sentencia por él pronunciada y que recogida en el *Proslogion* de manera resumida viene a decir: *Dios es el ser máximamente perfecto. La existencia es una perfección. Luego Dios existe.*

Pero, claro, nos preguntamos a continuación, ¿cómo es posible que Dios, en su perfección, permita el *mal* y no lo erradique? **Anselmo**, para explicar este contrasentido recurre a la cuestión de la libertad del individuo, intentando analizar el lado oscuro del hombre como responsable de la condición humana que ha conducido al *mal* en el mundo. Es decir, que en la tesis de **Anselmo**, el *mal* es originado por el hombre sin que el Ser superior tenga parte en ello. Por lo tanto, el meollo del problema está en la li-

bertad de la persona que Dios le ha concedido desde su creación. **Anselmo** parte del concepto del *mal* como “mala elección” que el hombre ha tomado haciendo uso de su libertad para tratar de explicar el porqué del *mal*. Podemos llegar a entender y asumir que el hombre, en su *libre albedrío*, eligió un camino equivocado, pero, nos preguntamos: ¿conociendo Dios de antemano las nefastas consecuencias de tal elección, dada su omnisciencia, cómo no lo evitó proveyendo alguna solución al respecto? No sabemos, ciertamente. Nos topamos así con la irresolubilidad del misterio, posiblemente el mayor de todos junto con el problema de la muerte y caducidad de la vida.

Seguramente **Anselmo** fue consciente, al igual que **san Agustín**, de que su argumentación no explicaba plenamente el sentido del *problema del mal* y es por eso que definía al *mal*, al igual que lo hiciera **Agustín**, como “privación del bien” (*De casu 9*). Es decir, que entendemos que el *mal* es algo así como una forma equivocada de interpretar el *bien* o su ausencia. En cualquier caso lo cierto es que tanto el *bien* como su antagonista, el *mal*, son una realidad que nos acompaña en nuestro transitar por este mundo. Pero, nos preguntamos asimismo: ¿si el *bien* procede de Dios como *causa sui*, de dónde procede el *mal*? El libro de *Job* del *Antiguo Testamento* viene a intuir que procede también del Ser superior o cuando menos lo consiente. *Job*, el protagonista principal del relato, se plantea aquella ya célebre interrogante ante la insistencia de su mujer que reniegue de Dios ante tanta calamidad que le había acontecido. La respuesta de *Job*, según el relato bíblico, fue clara y tajante: “¿Recibiremos de Dios el bien y el mal no lo recibiremos?” (*Job 2, 10*). La observación y la experiencia nos muestran que si bien en muchas ocasiones el *mal* lo genera la misma persona al hacer mal uso de su libertad, otras veces para nada interviene la voluntad humana en sus calamidades. Esto es una realidad incuestionable. Quizás las observaciones de **san Agustín** y **san Anselmo** sobre su concepción del *problema del mal* sea una cuestión de enfoque

del mismo. Para los antiguos maestros védicos el *mal* era simple ilusión (el *maya*, en concepción hinduista), es decir, algo inexistente. En **Agustín** y en **Anselmo** sucede algo parecido con su interpretación del *mal*. Si el *mal* es una desviación del *bien*, entonces, el *mal per se*, es inexistente, podemos deducir como corolario.



San Anselmo de Canterbury

Bien quisiéramos que el *mal* fuera, en realidad, una simple ilusión y no una experiencia que a modo de pesadilla acompaña el devenir de nuestra existencia. Pero, la realidad es la que es, tal y como la percibimos. Precisamente el *problema irresoluble del mal* es lo que ha hecho que los planteamientos ateísticos se multipliquen de manera acentuada. Sin embargo, una cosa es reconocer que el *problema de mal* no tiene solución posible y otra muy distinta negar la existencia de un Dios creador del universo. Aunque, claro, el grave problema que tiene toda *teodicea* es el de intentar demostrar las bondades y exquisiteces de ese Dios ante el *problema del mal* y del sufrimiento en el mundo. Y este es, creo, el meollo de la cuestión, el centro del problema que nos ocupa en este apartado. Y es que surgen, efectivamente, una serie de interrogantes que nos mantienen intrigados ante la irresolubilidad del problema. Muchos, ante la magnitud de la irresolubilidad del asunto del *mal* ni tan siquiera se esfuerzan lo más mínimo en encontrar una explicación al mismo. Otros muchos también aducen incapacidad para afrontar si acaso un intento de explicación medianamente razonable. Y, en fin, otros intentamos honestamente descifrar, descodificar, algo del *misterio del mal* que nos acompaña en este mundo, como diría **Blay Fontcuberta**. Todo, obviamente, desde una dimensión especulativa como único camino de indagación que hay en este caso.

Pienso que al afrontar el *problema del mal* debemos tener una visión clara de que casi todo lo existente se mueve en un marco de dualidad: verdad-error, altruismo-egoísmo, egocentrismo-generosidad, placer-dolor, bondad-malicia, etc... Da la sensación que tanto los valores como sus antagonistas, los contravalores, parten de una misma *matriz* que es la causa generadora de los mismos, tanto de unos como de otros. Aquí nos encontramos con el asunto del *dualismo* teológico y filosófico que tanto intrigó y fue motivo de discusión de los antiguos filósofos y teólogos. El dualismo se da de bruces -valga la expresión en sentido figurado- con la idea de que en Dios, al ser el Bien por excelencia, no cabe en Él mal alguno. Pero, entonces, podemos preguntarnos: ¿de dónde procede el *mal*? ¿No puede Dios mismo controlarlo y erradicarlo? ¿Por qué es permisivo con el *mal*? ¿Acaso está fuera de su control? ¿No pudo en su omnisciencia prevenir las nefastas consecuencias que acarrearía el *mal* a la criatura creada con tanto amor?... Estas y otras preguntas parecidas nos asaltan en nuestra reflexión sin hallar contestación plenamente satisfactoria. Es por eso que podemos hablar, como bien argumentaba **Juan Antonio Estrada**, de la imposible *teodicea*.

Dejaba entrever antes que es muy simplista considerar que el el hombre es el único culpable del *mal* en este mundo debido al pecado, es decir, como consecuencia de la violación o transgresión de la voluntad divina. Pensamos que al hombre le competen, en efecto, buena parte de sus propias calamidades. De esto no cabe duda. Las distintas religiones enfatizan este hecho, pero omiten la otra realidad del asunto. Y esta realidad también es que muchas de las calamidades que le asolan son involuntarias. Pensamos en víctimas de desastres naturales donde miles y miles de seres inocentes mueren sin remedio o la miseria de muchos países donde las víctimas son mayoritariamente niños y personas indefensas. No acertamos a interpretar los silencios divinos ante tanta barbarie y sinrazón que azota este mundo desde sus albores. Y es que aun no entendien-

do el silencio divino ante estas situaciones seguimos pensando que algo misterioso ocurre ante nuestra impotencia. Es por eso que hablamos de una imposible *teodicea*, de la *irresolubilidad del problema del mal*.

Podríamos también preguntarnos si el *mal* en el mundo tiene, en realidad, algún fin, algún sentido, ya que no podemos de manera racional encontrarlo en ningún caso y, asimismo, plantearnos si ante la irresolubilidad del problema esto pudiera inducir a la crisis de la fe religiosa. Particularmente pienso que no. Son dos cosas distintas, creo. Una cosa es nuestra incapacidad para acceder de manera intelectual y racional a encontrar una explicación convincente al *problema del mal* y otra la *fe religiosa* que si bien no nos da explicación ni menos aún solución al problema, nos proporciona, en cambio, consolación y esperanza en este mundo caótico. Quizás esto último sea algo a lo que aferrarse como último recurso. Es posible. Pero en esto, a mi juicio, se sustenta en buena medida la fe religiosa como experiencia de carácter metafísico. Claro que aquí nos surge la duda de si esa fe religiosa en la que nos apoyamos no sea una simple ilusión que a modo de válvula de escape nos sirva para encontrar nuestro asentamiento emocional y espiritual en esta vida. No sabemos a ciencia cierta. Pero, aun presuponiendo que esto fuera así, es decir, que la fe religiosa sea un montaje mental que creamos para reforzar anímicamente nuestra espiritualidad, hemos de entender que en sí no es nada malo, sino todo lo contrario. Nos movemos aquí en todo un mundo de especulación y posibilidades varias. Y es que si nos planteamos qué es, en verdad, la fe religiosa, nos topáramos con distintas definiciones en función de la experiencia y el sentir de cada persona que vive esa experiencia de fe. Para unos la fe religiosa sería el depositar la confianza en Algo o Alguien superior que rige su destino en función del credo religioso que defiende. Para otros la fe religiosa se basa en una serie de argumentos de carácter ideológico que tracen y orienten su camino en esta vida, y, en fin, para otros muchos también, la fe religiosa es el firme convencimiento de que sus vidas

son regidas y dirigidas por un Dios trascendente, omnipotente y omnisciente. En todos estos supuestos estamos hablando de la fe religiosa como una experiencia que trasciende nuestro devenir en el mundo y que nos aporta seguridad y confianza ante los misterios que nos rodean.

Quizá necesitemos “repensar” el *mal*, como decía **Torres Queiruga**, filósofo y teólogo de línea liberal y progresista, agudo investigador de temas esenciales como el del problema que nos ocupa y gran conocedor de la Filosofía de la Religión. Para **Torres Queiruga** el *problema del mal* entronca con el problema de Dios en la Modernidad. Difícilmente tendríamos una interpretación coherente sobre el *mal* si carecemos de una adecuada interpretación de lo divino y su acontecer en el mundo posmoderno actual. Analizando la línea de investigación de **Torres Queiruga** se tiene la sensación de que, efectivamente, se precisa *repensar* no ya solo el *mal*, sino incluso la vida de fe. Llega a afirmar en su reflexión que un mundo sin *mal* sería algo así como una imposibilidad lógica que difícilmente puede ser imputado al error o a la ignorancia del hombre. Y es que el *mal* está profundamente arraigado en el ser humano. Las evidencias así nos lo muestran con toda su crudeza. Pero considera que por encima del Bien y del Mal está Dios mismo, pues se ha de entender a la luz de las *Escrituras* que tanto el Bien como el Mal tienen un mismo origen representados de manera figurada en el texto bíblico de *Isaías 45,7* por la luz y su

antagonista, las tinieblas. Un texto paradójico pero que está en la misma línea del ya referido anteriormente del *libro de Job*. Esto nos da a entender que en la teología judía parece que el dualismo era asumido con naturalidad, si bien por encima estaba la imagen impenetrable del Dios omnisciente y todopoderoso que controlaba todo acontecer humano.



Andrés Torres Queiruga

Sin embargo, no deja de sorprendernos el hecho

de que Dios mismo no controle o permanezca impasible ante el *mal* que atenaza al ser humano desde los albores mismos de la humanidad. Para **Torres Queiruga** el silencio divino es algo irrelevante a nivel teológico aunque no así de manera antropológica, y esta puede ser la razón -en opinión del teólogo- de nuestra dificultad para percibir la presencia de Dios. Creo que esto tiene su lógica pues ante el *problema irresoluble del mal* somos más reacios a percibir dicha presencia en nuestras vidas, aun siendo creyentes. Casi podríamos decir que la creencia pudiera hasta diluirse ante lo incomprensible para la razón. Pero, entiendo, este no sería el camino adecuado. Pienso que todo es cuestión de conceptos. Es posible que necesitemos, como dice **Torres Queiruga**, “repensar” en su conjunto la vida de fe y lo que esta implica en nuestro devenir, en nuestra aventura existencial. Es posible que le exijamos a la fe religiosa algo que no pueda darnos y a la razón otro tanto. Este parece ser nuestro destino.

En el mundo de la fe como en el de la razón se produce, con el paso del tiempo y la experiencia, un proceso evolutivo normal y necesario para el asentamiento de las ideas creativas. Podríamos hablar así de toda una *metafísica evolutiva* que nos capacita para avanzar y desarrollar nuestras potencialidades en permanente desarrollo. Decía antes que es posible le exijamos a la fe religiosa más de lo que puede darnos. Pedirle a la fe una demostrabilidad plena de la existencia de Dios sería inadecuado, pues ya dejaría de ser fe en lo que no se ve. La fe religiosa –y por añadidura la creencia en la que se sustenta– nos guste o no, no se apoya en evidencias, sino en acontecimientos que creemos sucedieron y que de alguna manera nos sirven de apoyo y soporte ante una vida hostil y complicada, permitiéndonos proyectarnos hacia un futuro desconocido pero confiado. En esto se sustenta la fe religiosa. Pero esto no solo en lo que concierne a la fe religiosa sino que también en todo acontecer de nuestras vidas que se ven envueltas en permanentes actos de fe ante aquello que se nos presenta como posible o realizable. Es decir, que la fe es, de alguna manera, la proyec-

ción de nuestras ilusiones y esperanzas en la confianza de su posible realización. Tampoco hemos de buscar en la fe religiosa racionalidad pura porque no la encontraremos de ninguna de las maneras. Otra cosa es que podamos argumentar de manera más o menos razonable los esquemas o planteamientos de las creencias religiosas indistintamente de cuáles sean estas. La creencia religiosa y su derivación en forma de fe se mueven dentro de la *argumentación deductiva* que decimos en filosofía, es decir, como una conclusión o inferencia a la que se llega por medio de la aplicación de un método o camino a seguir que implica, en todo caso, un razonamiento del cual parten unos conceptos generales o principios de carácter universal de los cuales se extraen conclusiones particulares. Pero la creencia religiosa y la fe precisan dar o atisbar al menos una respuesta más o menos convincente al *problema del mal*. Y este es el problema principal, a mi juicio, con el que nos enfrentamos. Y, por añadidura, es el problema central de toda teología que se precie de tal. Con esquivar o soslayar el asunto nada se resuelve. Existen pseudoteologías bastante infantiles que intentan dar una explicación al *problema del mal* como si este se erradicara de un plumazo, pero creíble para muchos incautos que pululan en el mundo religioso. Mas la creencia religiosa y su derivación principal, la fe, precisan de un análisis serio, riguroso y profundo que reconozca la incapacidad e imposibilidad humana de acceder a una explicación lógica, coherente y sustancial del *problema del mal*. Haciéndolo así no se desacredita a la verdadera teología y sus funciones principales, que no son otras que tratar de ahondar en el asunto de lo divino con argumentos si no plenamente racionales, sí al menos, bien razonados.

Abordar el *problema del mal* desde una vertiente filosófica es también tarea de enjundia, de extrema importancia. En efecto, así es. Pero con la diferencia con respecto a la teología que mientras que esta, por lo general, pontifica sobre el *bien* y el *mal* sin argumentos plenamente demostrables, la filosofía, por el contrario, juega más con la especulación.

ción, como ya sabemos, induce a extraer argumentaciones varias sin concreciones determinadas. Y en esto, pienso, estriba la verdadera riqueza de los planteamientos filosóficos, siempre abiertos y dispuestos a la creatividad pensante e intelectual. Cuando tratamos un asunto de la extremada complejidad como el que nos ocupa creo que se propende a la disquisición filosófica, pero totalmente justificada, entiendo.

Si ya **Epicuro** (341-270 a.C.) formulara su célebre *Paradoja* cuestionando la presencia de una divinidad benevolente, omnisciente y omnipresente, otros más recientemente incidieron en esta cuestión, como **David Hume**, el gran filósofo escocés del siglo XVIII, el cual se atrevió a exponer algunas de sus profundas reflexiones en torno al *problema del mal* en el mundo en sus *Diálogos concernientes a la Religión Natural*. Pero el problema, tal y como yo lo veo y lo analizo, creo que no es tanto negar la realidad de una divinidad existente creadora de todo el cosmos y lo que en él habita, como en tratar de compatibilizar la idea de ese Ser supremo con el *problema del mal* que asola al ser humano desde sus albores. Y es aquí donde verdaderamente surge el dilema. Las distintas religiones de carácter monoteísta nos hablan de un Dios que se “revela”, que se da a conocer a la criatura por Él creada. Y esto, evidentemente, tiene su lógica. Y es más, muchas de las argumentaciones que se esgrimen sobre la relación de Dios con la criatura creada tienen también su lógica igualmente. El problema comprensivo surge cuando no acertamos a aclarar el porqué del *mal* en el mundo y el silencio divino ante el mismo. Esto es lo que nos deja perplejos. Y ante este dilema no cabe explicación racional alguna. El ateísmo hunde sus raíces precisamente en esta incompatibilidad entre el Dios todopoderoso y benevolente con el *problema del mal* que asola al ser humano en este mundo desde sus albores. Es cierto que las distintas religiones, como decía antes, tratan de dar una explicación razonada al asunto cargando toda responsabilidad de esta situación a la criatura humana, pero esto no se sostiene ni tan siquiera razonadamente ya que esta-

mos refiriéndonos a un Dios todopoderoso y omnisciente, es decir, con poder de actuación y capacidad plena de conocimiento sobre el acontecer humano en el mundo aun comprometiendo su libertad individual de elección. No entendemos pues el comportamiento divino, ciertamente. Nos desconcierta por completo. Pero incluso moviéndonos dentro de esta incompreensión ante el *problema del mal* somos conscientes también de la otra realidad que igualmente acompaña al ser humano en la aventura de la vida: el *bien*. Y nos preguntamos, en efecto, si ambos, el *bien* y el *mal*, no son dos caras de una misma moneda, valga la expresión. La representación simbólica del *Génesis* bíblico al referirse al “árbol de la ciencia del bien y del mal”, así como al “árbol de la vida” (Gn.2, 9) nos puede dar alguna pista. Quizás la clave del asunto esté en saber descifrar qué es esto del “árbol de la ciencia del bien y del mal” y qué significado tiene.

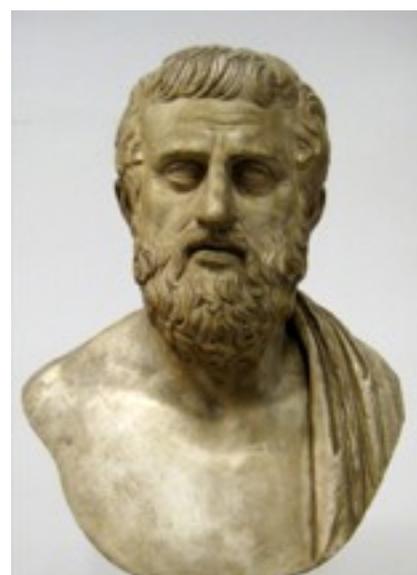
Esta representación alegórica que aparece en el relato del *Génesis* bíblico deja entrever con claridad que existen dos realidades contrapuestas, el Bien y el Mal y que ambas emanan del mismo acto creador ya que de lo contrario caeríamos en el absurdo de entender que esas dos fuerzas tienen vida por sí mismas sin la intervención directa del Supremo Creador. Hemos de entender pues que si un *ente* creador creó de la nada, entonces creó todo lo existente aunque nos cueste admitirlo. Como también cuesta admitir que permanezca impasible ante el dolor y el sufrimiento que emanan del *mal* en el mundo, pero esta parece ser la realidad. O admitir esto o que el *mal*, tal y como lo concebimos es una deformación de entender el polo opuesto que es el *bien*, el cual no solo no desagrada sino que llena de gozo y alegría a las mentes bien pensantes. No creo que exista otra opción razonable que dé una explicación convincente sobre el problema del *mal*. Han surgido a lo largo de la historia, especialmente en el mundo de la teología y la antropología, las más diversas teorías e hipótesis que trataran de añadir algo de luz a este enigma, pero, la verdad sea dicha, poco convincentes. Las distintas revelaciones apenas añaden nada nuevo

que no se haya conjeturado. Todo permanece en el más absoluto de los misterios.

Si la teología y la filosofía en sus respectivas indagaciones no esclarecen en absoluto el complejo asunto del *problema del mal* y sus catastróficas consecuencias, entonces tenemos que recurrir a la ciencia en sus distintas vertientes relacionadas con el hombre para ver si realmente añaden algo novedoso al asunto.

La perspectiva de la problemática del mal desde la Antropología

La Antropología, como ciencia o saber que estudia y analiza al hombre y sus circunstancias, nos ofrece distintas versiones sobre el *mal* y sus nefastas consecuencias, entroncando con diversas mitologías en su indagación, desde las mitologías helénicas hasta las surgidas en relatos como el *Antiguo Testamento* de la Biblia. Pero aquí se trata de visionar el *problema del mal* desde una perspectiva humana, es decir, en establecer cómo vemos este complejo asunto desde un posicionamiento de lo humano, con todas las limitaciones que este análisis impone.



Busto de Sófocles

Importa mucho analizar cómo entendían los antiguos el *mal* y sus causas para intentar descifrar algo del misterio que nos ocupa. Y es que si bien desde una vertiente antropológica visionamos el problema como interpe- lando al hombre de su situación ante el *mal* o inmerso en él, la imagen de la divinidad no queda excluida ni mucho menos. Y así **Sófocles**, el poeta trágico de la antigua Grecia, en su excelente obra *Traquineas*, 1276-79, viene a decir a modo de sentencia: “*He visto muertes terribles, y muchos infortunios por primera vez sufridos. Y nada de esto hay que no sea Zeus*”. **Sófocles**, en su reflexión, viene a inculpar directamente de los infortunios humanos a Zeus, el padre de los dioses en el panteón heleno.

Aun tratando analizar desde un posicionamiento claramente humano la *problemática del mal* que tan directamente atañe al ser humano, los planteamientos teológicos y filosóficos no quedan al margen en absoluto, como no podría ser de otra manera.

Pero si nada condescendientes han sido las mitologías de origen politeísta –como la helénica y otras–, la mitología que sustenta al relato bíblico del *Antiguo Testamento*, principalmente, hace otro tanto. Ante el drama de la Creación que se nos presenta en el *Génesis*, todo apunta a la inculpación directa del hombre en la Caída por medio del pecado de la desobediencia y la exculpación expresa de Yahvé, lo cual parece de todo punto si no equivocado, sí al menos precipitado, desde la reflexión filosófica serena como veremos a continuación.

Y es que si el hombre fue creado en condiciones imperfectas –cosa que deducimos por las consecuencias del pecado y su capacidad para pecar–, entonces deducimos que la irrupción del *mal* en el acontecer humano no viene del hombre -aun admitiendo que este hizo uso de su *libre albedrío*- sino de aquel que lo creó. Es decir, que sabiendo Dios de las limitaciones humanas ¿por qué no le evitó tan trágicas consecuencias? No sabemos en verdad. Lo cierto es que, como bien dice **Gustavo Pis-Díez Pretti**, en su excelente trabajo sobre el *mal* y sus consecuencias (leído en forma de Conferencia en el Círculo de Bellas Artes de Madrid en abril del 2003), contra el *problema del mal* todas las *teodiceas* terminan por estrellarse o por tornarse imposibles, que decía también **Juan Antonio Estrada**.

Pero convendría que ahondáramos ahora en la situación en la que se encuentra el ser humano al hacer uso legítimo de su *libre albedrío* o libertad de elección. Entendemos, en efecto, el *libre albedrío* como la capacidad con la que Dios mismo dotó al ser humano para asumir sus propias decisiones en plena libertad. Desde este posicionamiento el ser humano puede ejercer su derecho de actuar según crea conveniente, lo cual no le

exime de actuar responsablemente, por supuesto. La libertad siempre asume un costo: la responsabilidad plena de las acciones cometidas. El problema real, a mi juicio, es determinar hasta qué punto es imputable la responsabilidad humana en sus actos ya que en muchas ocasiones acontece que uno no es plenamente conocedor de las consecuencias de sus acciones. Este es, creo, el *quid* de la cuestión.

El principio del *libre albedrío* tiene implicaciones no solo éticas sino también religiosas, psicológicas, jurídicas y hasta científicas. Hay muchos comportamientos humanos que creyéndose que actúan en base a su libre elección, sin embargo, se ven condicionados por circunstancias externas o también internas. ¿Se puede hablar, en estos casos, de libertad de elección? He aquí el dilema. **Spinoza**, en su célebre *Ética* escribió : *“Las decisiones de la mente no son nada salvo deseos, que varían según varias disposiciones puntuales. No hay en la mente un absoluto libre albedrío, pero la mente es determinada por el deseo de esto o aquello, por una causa a su vez determinada por otra causa, y así hasta el infinito (...). Los hombres se creen libres porque ellos son conscientes de sus voluntades y deseos, pero son ignorantes de las causas por las cuales ellos son llevados al deseo y a la esperanza”* (*Ethics. Book III, page 2. Book II, page 48. Book I, apéndice*). Acierta de pleno el gran filósofo racionalista holandés del siglo XVII, en mi criterio, pues es cierto que muchas de nuestras acciones se ven condicionadas por diversas circunstancias de carácter intelectual, personal y moral, entre otras. Ya el mismo **Ortega** hablaba en términos parecidos al condicionar el comportamiento humano a las circunstancias externas. Pero, en cualquier caso, pienso, que el ser humano debe asumir sus responsabilidades en lo que concierne a su conducta, a su comportamiento. Es en este sentido que el hombre sí es responsable de su *libre elección* y del camino que tome en



Baruch Spinoza

esta vida, para bien o para mal. Y parece, ciertamente, que una fuerza interior le inclina más bien hacia una mala elección, induciéndole a transgredir las leyes morales. Al menos esto es lo que parece. Pero, en fin, cada persona es un mundo particular. Sea como fuere cada uno puede hacer variar su destino en buena medida. Nuestra capacidad intelectual nos capacita para esto y es por eso que podemos hacer cambiar nuestra actitud y mejorar nuestro comportamiento. Para ello se necesita una *conversión*, un cambio sustancial en nuestras vidas. Y este cambio está en nuestras manos, en nuestras capacidades. El camino que se nos propone en el *Evangelio* de **Jesús** no es ninguna utopía. Es una posibilidad real que se puede experimentar y que contribuye a la buena formación de la persona y a un mejor desarrollo de sus potencialidades espirituales.

Es indudable que en buena medida la mayoría de las calamidades que acompañan al ser humano en su aventura de la vida son fruto de sus muchas imperfecciones, que, como decíamos, pueden ser subsanables, al menos en parte, por medio de un cambio sustancial en su vida, de una *metanoia* o *conversión* que le permita dar un giro completo en su vida, encaminándola por el sendero del *bien*.

Hasta aquí podemos hablar de la responsabilidad humana en su acontecer. Pero no más. Ahora se trata de analizar esos otros acontecimientos en los cuales la criatura humana no tiene parte alguna y que hacen que toda posible *teodicea* se nos muestre irresoluble. No obstante, esto no nos impide realizar un análisis del *problema del mal* desde esa otra vertiente que ya no nos compete a nosotros e intentar encontrar una posible respuesta coherente a esta problemática. Y a ello dedicaremos el siguiente capítulo de este ensayo.

6. El libre arbitrio y sus limitaciones

El poder de conservar la rectitud de la voluntad por la rectitud misma.

San Anselmo de Canterbury (de lib arb 3)

Fue **Anselmo de Canterbury** –al que ya me referí en un apartado anterior– uno de los pensadores que más indagó acerca no ya solo del *problema del mal* sino también en la incidencia del mismo sobre la libertad humana y, asimismo, en qué medida esta última se ve condicionada por el *mal*.

Ya comentábamos también cómo parecía indudable que buena parte de los males que acontecen a los humanos en este mundo podían ser achacables en gran medida al mal uso que estos hacen de su libertad, de su *libre albedrío*. Si observamos con detenimiento el acontecer de la vida humana en el mundo nos percatamos que desde sus orígenes el *mal* acompaña al hombre de manera permanente. Por más que quisiera desembarazarse de él, no puede. Es algo así como el trágico destino que le ha de acompañar a lo largo de las generaciones. La historia de la Humanidad da fiel testimonio de ello. Y nos sorprende porque el polo opuesto, que es el *bien*, no puede erradicarlo. Es como si una fuerza

misteriosa e irrefrenable arrastrara al ser humano hacia el caos, hacia el desastre.

Nos preguntamos, intrigados, ¿cuál es la causa que impide que el *mal* sea erradicado y se instaure definitivamente el *bien*? Si pudiéramos responder con claridad a esta interrogante seguramente sería algo así como descubrir la *piedra filosofal*, el “elixir de la vida” que condujera hacia la inmortalidad. Pero, obviamente, la realidad es, por desgracia, bien distinta.

Al ser humano la Providencia le ha otorgado el favor de la *libre elección* en sus acciones, pero, paradójicamente se produce en él, con frecuencia, aquella sentencia del apóstol **Pablo** que recoge el *Nuevo Testamento* en palabras del mismo apóstol cuando dice: “*Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago; y si hago lo que no quiero ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí*” (Rom.7, 19 y 20). Esta expresión de **san Pablo** nos quiere dar a entender que algo inesperado acontece en el ser humano que este no puede controlar. Y ese algo es lo que se conoce como “pecado”. Pero, nos preguntamos, ¿acaso el pecado no puede ser erradicado o vencido por la razón humana cuando es consciente de que le induce al *mal*? No lo parece en principio. Al menos en muchos casos. El ser humano es un complejo entramado formado por cuerpo, mente y espíritu, donde confluyen una serie de circunstancias que pueden hacerle tomar decisiones equivocadas, aun con las mejores intenciones. Es cierto que puede tomar decisiones totalmente irracionales, pero es que incluso siendo las circunstancias más que razonables, se equivoca con frecuencia. ¿Qué pasa pues? A mi juicio, lo que sucede es que la carga del pecado, es decir, esa fuerza incontrolable que nadie parece poder sujetar, en muchas ocasiones le arrastra a acciones que se escapan del control de la razón. Y si esto es así, entonces, nos preguntamos, ¿está condicionada la *libre elección* por lo que

llamamos pecado? Desde luego, eso parece. Pero, claro, resulta que el hombre, potencialmente, también puede elegir el camino contrario en función de su *libre albedrío*, es decir el camino del *bien*. Y en muchas ocasiones vence al *mal*. Es decir, que no siempre es vencido por el *mal*. Tenemos infinidad de ejemplos a lo largo de la historia de que esto ha sido así. El corolario de todo esto es bien sencillo: esa fuerza aparentemente incontrolable puede llegar a ser sometida por la fuerza de la razón siempre y cuando no interfieran otros elementos de carácter pasional, volitivo o emocional. Lo cual no quiere decir que sea fácil ni mucho menos. Creo que no se puede generalizar sobre el comportamiento humano ya que en el mismo infieren una serie de aspectos, desconocidos muchas veces por nosotros mismos, manifestados incluso a nivel subconsciente, que van a decantar, en un sentido o en otro, nuestro obrar, nuestro actuar en la vida.

El testimonio del apóstol **Pablo** es el de un hombre que se ve impotente de superar el *mal* que le atenazaba, aun deseando hacer el *bien*. Y esa experiencia seguro que la afirmarían muchos. Pero otros muchos seguramente también dirían lo contrario, esto es, que todavía siendo inducidos a hacer el *mal*, no obstante, una actitud razonada y reflexiva les indujo a no caer en el error, que a fin de cuentas eso es lo que se conoce por “pecado” (en hebreo, *jatá*, y en griego, *hamartia*): un comportamiento errado y equivocado que es contrario a la voluntad divina.

Pero ahora nos enfrentamos con otra realidad que nos desconcierta, cual es todo aquello que sucede o acontece en este mundo sin que, aparentemente al menos, el *libre albedrío* no tome parte alguna. Me estoy refiriendo a esos otros acontecimientos que se escapan de la libre elección de la persona y que en consecuencia no puede dominar y que además le sume con frecuencia en el sufrimiento y el dolor físico y/o

moral. No encontramos en estos casos explicación coherente alguna. Queremos creer que alguna razón debe haber, pero nada más.

Han sido muchas las especulaciones surgidas acerca de este problema irresoluble de manera racional y la verdad es que ninguna plenamente convincente. Acercarse a este problema desde la simple y pura racionalidad carece de explicación. Tan solo desde la fe religiosa se puede añadir algo de luz al complejo asunto y, es más, creo que ni aun así se puede llegar a alcanzar un sentir que dé una cierta lógica al silencio que encontramos ante el dolor y el sufrimiento. Ante esta situación el *ateísmo* la resuelve de un plumazo negando la existencia de una divinidad que se dice amorosa pero que permanece impasible ante las calamidades humanas, muchas de ellas no buscadas por el ser humano. Este camino que elige el *ateísmo* diríamos que es la “vía rápida” para solucionar el embarazoso asunto. Pero la cosa no es tan simple como pretende hacer ver el *ateísmo* sistemático.

Creo que la clave de todo este entramado la deja entrever, al menos en parte, **Javier Monserrat**, jesuita, gran investigador del mundo de la teología, la psicología y la filosofía (y algunos de sus trabajos más representativos recogidos en *Renovación*) y, sin duda, una de las mentes más lúcidas del panorama científico y teológico actual. **Monserrat** viene a decir en su excelente trabajo *Sufrimiento y autonomía del universo: sobre el silencio de Dios* que “ante el sufrimiento surge el profundo desconcierto del espíritu humano: primero al tener que verse ante el desespero y la angustia, se siente la impotencia y el abandono; segundo, cuando en el paroxismo del desespero el hombre recurre a Dios suplicando ayuda y no recibe más respuesta que la aparente indiferencia y silencio de la Divinidad”. Y añade **Monserrat**



Javier Monserrat

Foto: Facultad de Psicología

en sus profundas reflexiones que “*si para el ateísmo el silencio de Dios es incompatible con la creencia de que Dios sea real y existente, para el creyente esta situación le sume en el desconcierto y la perplejidad existencial*”.

En mi criterio, el **Prof. Monserrat** acierta de pleno al considerar que el ser humano encuentra incomprensible el silencio divino ante el dolor de la criatura por Él creada. El problema a dirimir consiste en intentar encontrar una explicación coherente a ese silencio divino ante el *problema del mal* y del sufrimiento. Y aquí podemos establecer varias hipótesis, a mi juicio, que considero a continuación.

La primera de ellas vendría dada por la expresa intencionalidad por parte de Dios de ser permisivo con el *mal* y su derivada principal, el sufrimiento humano, que le sirva al hombre como catalizador del *libre albedrío* con que fue originalmente dotado. Actuando así, Dios no sería intermediario del *mal* sino simplemente un espectador del comportamiento humano en libertad. Pero, claro, esta hipótesis no concuerda muy bien con esa otra del Dios paternalista y amoroso que se presupone que es ya el que evitaría todo *mal* y sufrimiento al ser creado por Él con tanto amor.

Una segunda hipótesis la centraríamos en lo que el **Prof. Monserrat** denominaría la *autonomía del universo*, consistente en que Dios dotó al universo de unas leyes inmutables en las cuales pudiendo Él intervenir de manera cambiante en las mismas, no lo hace, respetando así el orden universal y evolutivo establecido en un principio. En este supuesto, el universo sigue su rumbo indefectiblemente más allá de toda posible intervención divina en el mismo. Esta hipótesis es loable, a mi parecer, pero adolece de un hecho incuestionable y es cómo dar sentido a la relación personal del hombre con el Creador si este no interviene en los

destinos del universo y de todo cuanto en él acontece. Tal relación quedaría así sesgada. El hecho religioso quedaría así limitado a una simple relación emocional del hombre con un Creador distante que para nada interviene en los asuntos terrenales, sirviendo tan solo como elemento consolador ante el sufrimiento humano. La verdad es que esta hipótesis, en principio bastante creíble, no parece plenamente convincente.

Una tercera hipótesis vendría dada por el acto de impotencia del Creador una vez efectuada la creación. Eso supondría limitar de manera categórica la omnipotencia que se le atribuye y, en consecuencia, desvirtuar su esencia. ¿Cómo considerar omnipotente a un Creador que carece de capacidad de actuación en el acontecer terrenal? Sería algo impensable.

Y por último añado una cuarta hipótesis que personalmente me parece la más plausible y coherente y que también recoge el **Prof. Monserrat** en cierta manera y que acontece con el devenir de un universo en constante y permanente evolución a todos los niveles. Y esta conjetura se fundamenta en la idea de un diseño por parte del Creador de establecer lo que **Monserrat** denomina como “un escenario cósmico para la libertad”. Y en este “escenario” (que, obviamente, es el mundo), el ser humano es libre en su actuación, siendo esta libertad que Dios le ha otorgado un vehículo de expansión de sus potencialidades, teniendo así también, libertad para elegir su camino, el del *bien* o el del *mal*. En este hipotético designio divino, el Creador opta por el silencio ante el *problema del mal y del sufrimiento* como expresión de genuina relación con la libertad con la que dotó a la criatura creada y su empatía hacia ella. Coincido también con **Monserrat** en que Dios debió considerar varias opciones o posibilidades de actuación al crear al ser humano y esta pudo haber sido

la elegida. No sabemos. Nos movemos en el más absoluto de los misterios.

Analizadas estas conjeturas intentamos ahora dar un cierto sentido y contenido a las hipotéticas revelaciones que se definen de carácter y contenido divino.

El sentido de las revelaciones

Al admitir la existencia de un *ente* creador del universo podemos presuponer que de alguna manera se ha dado a conocer a la criatura creada por diversos medios sensoriales o de otra índole. Tiene sentido pues que se haya dado a conocer por medio de *revelaciones* que de alguna manera hayan servido para conectar a la criatura creada con el Creador que le dio vida.

Hablamos, efectivamente, de formas de comunicación que el Creador ha ideado para comunicarse con ese ser creado, según el relato bíblico del *Génesis*, a su “imagen y semejanza”. Y una de las maneras ideada por Dios fue la *revelación*, es decir, el darse a conocer a la criatura creada de manera explícita y directa. Diversos pueblos y civilizaciones tienen su particular *revelación* que les habla de ese Dios (o dioses, en la concepción politeísta del mismo). Cotejando diversas *revelaciones* se tiene la sensación que son la expresión lingüística y cultural de un mismo acontecer: la creación por medio de un Ser supremo que ha dado vida a todo lo existente. Se habla de una misma realidad pero expresada de manera muy distinta, con matices también distintos y haciendo uso de herramientas de carácter mitológico que contribuyen a dar sentido y contenido al mensaje transmitido en la *revelación* en concreto.

Seguramente en nuestra concepción será la *revelación* contenida en ese

conjunto de escritos (recopilados en forma de libros y conocidos como la *Biblia*) los que pudieran ser más entendibles en función de nuestros condicionamientos culturales, religiosos, sociales y hasta geográficos. En cualquier caso, un análisis de cierta profundidad del contenido de las distintas *revelaciones* existentes, o al menos las más relevantes, que son las de carácter monoteísta, vienen a transmitir un mensaje de contenido ético- moral en su conjunto, pero también son la expresión cultural, histórica y social de los pueblos a los que originalmente iban dirigidas. Todo ello dentro de un contexto histórico y social determinado, lo cual implica, como es lógico pensar, que han de ser interpretadas dentro de ese contexto en el que fueron escritas, de ahí la extremada complejidad de extraer interpretaciones correctas y adecuadas a nuestro contexto, muy distinto de aquel, por razones tanto temporales como culturales y geográficas.

Las diversas *revelaciones* con sus variadas y distintas interpretaciones vienen a poner de manifiesto la extremada complejidad del hipotético *kerigma* recibido. El ser humano se mueve o intenta moverse entre la racionalidad y el apasionamiento, indistintamente de la concepción religiosa o no religiosa que tenga de su proyección en el universo. Desde una percepción objetiva de los comportamientos humanos uno no puede por menos que sorprenderse ante la ingenuidad en la que muchas veces se expresa el ser humano. Aun sin tener una clara y diáfana captación del fenómeno de lo religioso se decanta por una defensa a ultranza, con bastante frecuencia totalmente irracional, de intentar dar una explicación racional donde no la hay, donde es imposible que la haya, cayendo así, de manera ingenua, en el mayor de los absurdos: tratar de explicar de manera plenamente racional postulados de fe religiosa. La fe religiosa tan solo la podemos explicar, al menos parcialmente, desde la propia fe, con cierta razonabilidad, bien es verdad. El hombre, desde sus orígenes, parece llevar impresa la huella de lo divino, de algo especial que le

permite tener una cierta captación no ya solo de su esencia ontológica y existencial, sino también de algo que le trasciende y que precisamente debido a su racionalidad es capaz de poder captar. Incluso sin asistencia de una hipotética *revelación* posiblemente también podría llegar a tener esa sensación. Esto es lo que hace la Religión Natural, por ejemplo. Algo parecido sucede, asimismo, en pueblos aborígenes y salvajes que tienen una captación de lo divino por medio de una percepción animista de la vida y la muerte.

Por otra parte parece indudable que la *revelación* le es al ser humano (y particularmente al creyente en la *revelación* divina) de gran ayuda en el conocimiento y descubrimiento paulatino de su esencia divina. Las distintas teologías surgidas al amparo de la *revelación* o *revelaciones* así lo atestiguan. Pero, como decía antes, la criatura humana (la más sorprendente y enigmática que existe) se ha empeñado en imponer de manera categórica su “verdad”, la verdad que cree que es la única irrefutable. Solo basta con leer una ingente variedad de escritos y escuchar infinidad de mensajes para percatarse de que la descalificación, más o menos camuflada, aparece en sus enfoques teológicos. ¡Y todo ello desde la indemostrabilidad de sus argumentos! Creyendo defender así los postulados de la fe religiosa se cae en la intolerancia, en la incomprensión de los argumentos de los demás, incapaz para empatizar con los otros que creen o piensan de manera distinta y, en fin, en el apasionamiento desmedido. ¡Cuánto le cuesta al ser humano aprender de sus errores! Pone, en ocasiones, tanto énfasis en sus argumentaciones que descalifica a otras que desconoce o conoce solo de manera sesgada. Pero este, lamentablemente, parece ser su destino.

Decía que las distintas *revelaciones* consideradas como *kerigma*, como mensaje divino transmitido al ser humano, vendrían a ser, para los que creen en ellas como Palabra de la Providencia divina, la guía u

orientación que les encamina por este mundo enigmático que les hace ver y comprender la diferencia entre el *bien* y el *mal* y poder alcanzar así la salvación plena que trascienda no solo en esta vida sino también en una hipotética existencia futura en un más allá desconocido. Pero de esto hablaremos al enfocar el *problema de la muerte* en las distintas culturas como el último gran misterio de esta vida y posiblemente el más trascendente de todos.

Podríamos, por otra parte, preguntarnos también si realmente las distintas *revelaciones* consideradas sagradas contienen un mensaje claro y explícito acerca del acontecer de la vida humana y su trascendencia. Es evidente que sí. Pero en este caso no lo es por una simple suposición conjetural, sino porque los hechos y la experiencia así lo demuestran, de ahí el valor de las *revelaciones*. El problema surge, en mi criterio, cuando se pretende pedir a las *revelaciones* más de lo que realmente dan u ofrecen. Y otro problema añadido es cuando se intenta “demostrar” por todos los medios que la *revelación* en la que uno cree es la “única verdadera”, dándole para ello una aureola de aparente cientificidad al menos. Se cree con esto que se refuerza el contenido de fe en la propia *revelación*. Esta es una tentación en la que caen algunas pseudoteologías que tratando de reforzar los argumentos teológicos acuden a determinados postulados científicos totalmente desvinculados de un entorno teológico. Los resultados nos los imaginamos: descontextualización, indemostrabilidad empírica convincente y, en muchos casos, irracionalidad de sus argumentos por carecer de la pertinente demostrabilidad no expuesta a la *falsación*, que diría **Karl Popper**. La ciencia, la verdadera ciencia, y la religión siguen caminos distintos aunque conduzcan a la misma meta: *el encuentro con la plenitud ontológica que dé sentido, orientación y contenido a nuestras vidas en la dimensión terrenal en la que nos encontramos y nos proyecte, como criaturas pensantes que somos, en esa otra dimensión (la “otra*

orilla”, que dirían los budistas e hinduistas) hacia la que nos encaminamos a través del vehículo, del tránsito, de la muerte.

Decía antes que el verdadero valor de las *revelaciones* estriba en el acontecer de los hechos en consonancia con el *kerigma*, con el mensaje revelado, y por las vivencias que emanan de él y que conducen a un comportamiento ejemplar capaz de explicar que en la vida del ser humano se ha producido, en efecto, un cambio, una *metanoia* sustancial. Esto hace que el creyente, sea cristiano, musulmán, budista o hinduista, por citar algunos casos, manifieste en su obrar el espíritu de la *revelación* que le ha transformado para bien y le encamina desde entonces por senderos de justicia, paz y amor. Muchos, desde su intolerancia e incompreensión, abierta o solapada, no serán capaces de asumir esto, pero seguro que las mentes más evolucionadas lo podrán entender con claridad y sencillez. Se impone un simple ejercicio de racionalidad que desde la humildad y el reconocimiento de nuestra frágil condición humana nos eleve a lo más alto de la espiritualidad. Esa alta espiritualidad de la que nos hablaron los más grandes maestros de la Humanidad y de la que, para los cristianos, **Jesús de Nazaret** es el más claro ejemplo de perfección espiritual, pero debiendo asimismo saber valorar la riqueza espiritual que se encuentran en otras fuentes de investigación reveladas que vienen a complementar las riquezas que de por sí ya nos ofrece el *Evangelio* de **Jesús**.

Es cierto, por otra parte, que las distintas *revelaciones*, pese a su riqueza de contenido, nos dejan algo insatisfechos porque, en efecto, no nos explican de manera precisa el sentido del *mal* en este mundo que nos rodea. Tan solo podemos percibir las lamentables consecuencias del mismo. Pienso que esto forma parte de nuestras carencias intelectivas, pese a encontrarse estas muy desarrolladas en el ciclo evolutivo en el que nos encontramos. Seguramente estas capacidades tienen ese límite fijado

previamente por Dios mismo. El porqué de ello, en verdad, lo desconocemos. Hemos sido dotados con la capacidad de resolver infinitud de problemas, pero con la falta de ella para comprender la esencia ontológica de nuestro ser más profundo que nos faculta para entender de manera plena el enigmático *problema irresoluble del mal* que nos acecha. Pudiera incluso parecernos que hasta la razón misma se vuelve contra nosotros al impedirnos acceder a la comprensión del problema. Incapacidad que arrastra a muchos al *ateísmo*, a la negación de un Dios que se considera sobrenatural y por encima del *bien* y del *mal*, pero que no pone fin al angustioso *problema del mal*. Pero de la misma forma que unos desde su incomprensión son llevados al *ateísmo*, otros, en cambio, por las mismas razones son impelidos a *creer* y hasta adorar a ese Dios al que no comprenden. Y algunos, digamos que desde una línea de contención, se inclinan por el *agnosticismo*, es decir, por la incapacidad intelectual para poder acceder, sin el concurso de la fe religiosa, a una comprensión de las verdades trascendentes. ¿Qué extrañas razones mueven a unos y a otros a estos comportamientos y actitudes tan divergentes? ¿Racionalidad, en unos casos? ¿Irracionalidad, en otros? Complejo dilema para resolver. El problema, en el fondo, a mi juicio, está en el hombre mismo, en su compleja estructura anímica.

Para **san Anselmo** el problema está en el *libre arbitrio* al que ya nos referimos anteriormente. **Anselmo** considera en su análisis ontológico que el problema más que teológico es existencial, es decir, es un problema de interacción entre el hombre y Dios y hace suyas aquellas palabras de **san Pablo** en el *Nuevo Testamento* (*1ª Corintios 13, 12*) cuando hablaba del alma de manera figurada al referirse a la misma como “imagen y espejo de Dios” al que no se puede ver “cara a cara” (*Monologion 67*). El *quid* de la cuestión a tratar está en delimitar lo que es, en realidad, racional y lo que es irracional. Creo que esta es, efectivamente, la clave del asunto. Cosa nada fácil de dirimir, por cierto.

Y es que el *libre arbitrio* puede conducir a unos, posiblemente, a considerar lo racional como irracional y al revés. Y todo ello en función de la esencia ontológica del ser humano, en la que pueden confluír además otros elementos espurios a esa esencia pero no por ello menos importantes, tales como las emociones, los sentimientos, las pasiones, los actos volitivos, etc. El ser humano es todo un conglomerado de sensaciones y percepciones que van configurando todo ese entramado que denominamos *la razón*, la cual nos capacita para ver y percibir, a cada uno de nosotros, el mundo que nos rodea de manera tan distinta y de extraer conclusiones y definiciones acerca del mismo de manera tan dispar. Es por eso que decimos (y con razón) de manera tan común que no hay dos almas iguales. Y esto tiene su explicación desde el análisis ontológico que ya **Anselmo** pronosticaba en su célebre *Monologion*.

Retomando de nuevo el asunto que nos ocupa en este apartado hemos de añadir que es precisamente en el entorno sociocultural y geográfico en el que, entendemos, las distintas *revelaciones* encuentran su comprensión y acomodamiento. Esto lo sabemos bien aquellos que dedicamos una buena parte de nuestro tiempo a la investigación e indagación en el apasionante mundo de las religiones y filosofías comparadas. ¿Cómo explicar si no la confluencia esencial de valores que son comunes a las distintas creencias? Por desgracia son los radicalismos y fundamentalismos religiosos de las distintas creencias las que han engendrado el rechazo, la aversión, y cuando no el odio hacia esas otras creencias que no son consideradas “las verdaderas”. La historia humana está plagada de episodios dantescos que ponen en serio entredicho, en muchas ocasiones, la racionalidad de la especie humana. En fin...

Pero, si enigmático es el mundo que nos acontece en el devenir de nuestra existencia terrenal, más misterioso aún si cabe es el fenómeno del fin de esta nuestra existencia por medio de lo que consideramos y

definimos como el *tránsito de la muerte* hacia un hipotético “más allá” que no acertamos en realidad a vislumbrar con claridad, así como sus posibles consecuencias.

ANTE LA MUERTE Y SU MISTERIO

El apartado que ahora nos ocupa ya fue tratado por mí en un ensayo anterior con toda la extensión que se merece. Aquí trataremos de visionar el fenómeno de la finalización de la existencia humana desde una vertiente más metafísica y ontológica, si bien realizaremos previamente algunas puntualizaciones convenientes sobre la *muerte* en diversas culturas y civilizaciones que se sintieron intrigadas ante el acontecer del fin del ciclo de la vida humana, tratando de dar una explicación al mismo.

Hablar del *tránsito de la muerte* implica, *a priori*, presuponer que existe otra dimensión desconocida por nosotros hacia la que el alma humana viajará al cesar las actividades vitales. Pero esto es solo, como digo, presuponer, conjeturar. En realidad nada sabemos sobre lo que acontece (si es que acontece algo) más allá del cese de esas actividades vitales. Nos movemos, como en tantas otras cosas, en el ámbito de la especulación. Y es que hablar de certezas absolutas ante lo desconocido no deja de ser arriesgado, pudiendo mover a equívocos.

La ciencia médica no especula sobre ese hipotético “más allá” que plantean la práctica totalidad de las religiones, tanto animistas como monoteístas y politeístas. Simplemente se limita a dejar constancia del final de las actividades vitales del ser humano y nada más. La trascendencia del *fenómeno de la muerte* se plantea desde ámbitos religiosos, filosóficos y metafísicos. Y es desde estos ámbitos que vamos

ahora a indagar y conjeturar para, al final, intentar esclarecer algo el enigmático tema que nos ocupa.

Afrontando el problema de la muerte

Desde los albores de la Humanidad el acontecer del cese de la vida humana siempre ha intrigado a nuestros ancestros de la misma forma que nos sigue asombrando a nosotros hoy en día. Nuestros antepasados, todavía en el inicio de su fase evolutiva mental, tenían una conciencia, posiblemente muy vaga, de que al cese de las actividades vitales le seguía otra forma de vida en un hipotético lugar desconocido. Así surgió, probablemente, en nuestros ancestros la idea de la *transmigración* de ese algo desconocido que había dado vida al cuerpo y que nosotros denominamos el *alma* (*psique*, en griego). Este concepto de *transmigración* se mantuvo a lo largo de milenios en las distintas culturas y civilizaciones antiguas y se basaba en la creencia de que tras el acontecer de la muerte esa parte invisible e inmaterial que se presuponía acompañaba al cuerpo (*soma*, en la terminología griega) en vida, al cesar esta por causas desconocidas, era transportada a otro lugar, desconocido e inmaterial, donde continuaba viviendo eternamente. Las ansias de eternidad quedaban así colmadas sobradamente al tiempo que daban explicación al misterio de la muerte. Esta idea de la *transmigración de las almas* (al igual que la idea de la *reencarnación*) se mantiene aún viva en muchas culturas aborígenes y tribales africanas, americanas y oceánicas, de carácter animista, así como en la mayoría de las religiones orientales, como el budismo, el hinduismo, el sijismo, el shintoísmo y el taoísmo, entre otras. No se debe confundir, no obstante, *transmigración* con *reencarnación*, puesto que se refieren a dos conceptos distintos. En efecto, mientras la *transmigración* suponía el “viaje” del alma (*atmán*, en la terminología sánscrita) hacia un lugar desconocido e inmaterial (donde habitaba el *Brahmán*, el Espíritu), del cual no se podía retornar al estado

anterior, es decir, a la vida, la *reencarnación*, por el contrario, presupone la creencia de que la esencia individual, bien sea el cuerpo, el alma o el espíritu, adopta un cuerpo material ininidad de veces tras la muerte.

Con el advenimiento del judeocristianismo el *problema de la muerte* y su trascendencia adquirió especial relevancia.

Efectivamente, la muerte siempre aparece como temática recurrente en los textos bíblicos para referirse a ese estado que trasciende la existencia vital y que conduce a los que los hebreos denominaban el *sheol*, el habitáculo de los muertos. Algunos biblistas y traductores asocian el término hebreo *sheol* con el griego *hades*, para referirse prácticamente a lo mismo. Pero la mayoría de exégetas no se ponen de acuerdo al respecto. En cualquier caso una cosa es evidente en el relato judeocristiano condensado en la *Biblia*, y es que se tenía conciencia de que tras la muerte algo, no se sabe muy bien el qué, acontecía. En función de esta idea surgió el concepto de *inmortalidad del alma*, de eso inmaterial que acompaña al cuerpo en su trayectoria vital, si bien esta idea no es originaria del relato bíblico puesto que otros pueblos, culturas y civilizaciones contemporáneas también tenían esa idea referente a la continuidad de la vida tras la muerte en un lugar desconocido. En el *Fedón* de **Platón**, que recoge los últimos momentos de la vida de su maestro **Sócrates** poco antes de su muerte, ya se trata el asunto de la *inmortalidad del alma* tras el tránsito de la muerte. Y una de las civilizaciones más prósperas y poderosas de la antigüedad, como fue el pueblo de Egipto, tenía el firme convencimiento de la continuidad de la vida en ultratumba. Y lo mismo sucedió con otros pueblos de la época.

Sería más propiamente en el cristianismo, como extensión del judaísmo, cuando el concepto de la muerte adquiere más trascendencia debido a la

muerte y posterior resurrección de su fundador, el *Mesías*, el *Ungido* anunciado por los profetas veterotestamentarios: **Jesús de Nazaret**.

A raíz de la expansión del cristianismo surgieron diversas teologías acerca de la trascendencia de la muerte y aparecieron los primeros estudios teológicos sobre la *inmortalidad del alma*, siendo contemplada como un asunto de dimensión metafísica y fenómeno complejo que es, tanto el proceso de la muerte como un hipotético “más allá” del alma supuestamente inmortal.

Pero, el *fenómeno de la muerte* sigue sin aclararse (y seguramente nunca se aclarará) por más que intentemos racionalizarlo. La *ontología* y la *metafísica* nos pueden acercar algo al problema y es por lo que creo merece la pena analizar el fenómeno desde estas dos vertientes del ámbito de la filosofía ya que podemos, pienso, extraer importantes deducciones pedagógicas que nos permitan dimensionar con toda realidad el enigmático problema de la finalización de la vida, de su acabamiento, y tomar así conciencia del mismo para poder afrontar esa situación cuando se presente. Y a eso dedicaremos el siguiente apartado de este ensayo.

7. Dimensión ontológica de la muerte

Pensar por demás la relación existente entre el ser y la muerte, lo finito/infinito, suponen para cualquiera un reto, pues ninguna filosofía alcanza, ninguna ciencia ni ninguna fe.

Edgar Giovanni Rodríguez. *Ontología de la muerte. Ensayo. 2006.*

Si el proceso de la muerte como culminación y finalización de la vida supone todo un misterio indescifrable, analizado no ya solo a la luz de la ciencia médica como fenómeno natural que es, sino también desde una vertiente humanista, contemplando la muerte como un acontecer que inexcusablemente llega más tarde o más pronto a todos los seres vivos, entrar en esa otra dimensión que se nos escapa desde el mundo de la abstracción, no deja de ser una aventura compleja aunque apasionante.

Efectivamente, un acercamiento al *fenómeno de la muerte* desde un posicionamiento, digamos, más filosófico, nos permitirá, pienso, tener una percepción y una sensibilización más aguda sobre el fenómeno que nos ocupa. Por lo tanto, analizaremos en este apartado la esencia misma de la muerte y, en consecuencia, de la finitud de la vida humana y, por extensión, de todo ser vivo. Y lo haremos desde esa dimensión que en el mundo de la filosofía denominamos *ontología*.

Para empezar convendría que delimitáramos el término en sí ya que nos permitirá tener una concepción más clara y precisa de lo que

pretendemos analizar. La *ontología* es considerada como la ciencia o saber estructurado que perteneciendo al mundo de lo metafísico se ocupa del estudio, análisis e investigación de todo aquello que acontece en el ser humano y su esencia. Por lo tanto, la *muerte* como finalización de eso que llamamos *vida* viene a suponer todo un acontecer que predetermina la vida misma de los individuos. No podemos disociar la vida de la muerte. Ambos acontecimientos forman parte de un mismo proceso que es la existencia. Pero esta, la existencia, más allá de la percepción o no que tengamos de ella, tiene también su *esencia*, es decir, una finalidad expresa y grabada en los genes de cada persona. Nuestro transitar por esta vida, por esta dimensión en que nos encontramos ahora, no es si no un moverse en el espacio y el tiempo. Pero no es solo esto. La vida, la existencia, conlleva otros aspectos muy sutiles que no todo el mundo es capaz de captar y de percibir. Cuando movidos por el interés de ahondar, de profundizar desde nuestra racionalidad en el *ser* que llevamos dentro, entonces es cuando estamos dando el salto, valga la expresión, de la temporalidad de nuestra existencia a nuestra *esencia*. Es aquí cuando comenzamos la *indagación ontológica* propiamente dicha, que dicho sea de paso, está fuera de toda temporalidad y aun más allá de ella.



Xavier Zubiri

El primer paso para admitir la certeza de la muerte es la idea de *finitud*, es decir, la percepción y el conocimiento de que la vida, más allá de la interpretación y el sentido que le demos a ella, es finita, se acaba. Esta sola idea de acabamiento, que diría **Zubiri**, de *finitud*, nos deja perplejos. No acertamos a entender y menos a interpretar el porqué de ese fin de la existencia cuando las ansias de eternidad anidan en lo más profundo del ser humano. Y esto no solo nos deja confundidos sino también angustiados ante la sola idea de la *finitud*, que sabemos que es cierta, lo

cual, evidentemente, es constatable por el fenómeno de lo que denominamos muerte o fin de la vida. Lamentablemente estamos tan acostumbrados a convivir con la muerte que esta se ha convertido ya en una rutina, en un acontecer diario del que no somos capaces, con frecuencia, de hacer una posible interpretación de ella. El ser humano suele permanecer impasible ante el *fenómeno de la muerte* hasta el punto de asumirla con naturalidad. Pero esto es solo apariencia. Apariencia ante la muerte de los otros. El proceso cambia cuando uno está en el trance de acceder a la finitud de la existencia, es decir, al acabamiento de su propia vida. Y es aquí cuando surge el dilema, creo yo.

Ya **Shakespeare**, el genial dramaturgo inglés, escenificaría de manera magistral el acontecer de la vida y la muerte en *Macbeth* cuando dice “*La vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea y agita una hora sobre la escena y después ya no se le oye más...*” (*Acto V- Escena V*). Enfrentarse con la vida supone afrontar el dilema de la muerte, de la *finitud*. Pero el enfrentarse a la muerte implica, como bien dice **Ferrater Mora**, distintos modos de ser mortal. Yo creo que incluso más que eso: distintas formas también de vivir que nos preparen para afrontar la muerte, la propia muerte, la cual llegará inexcusablemente. Pienso que en la manera que afrontamos la vida también afrontaremos la culminación y finalización de la misma, del tránsito que supone. Pero, en fin, esto es tan solo intuición. La vida humana, como también dice **Ferrater Mora**, no es un “algo”, es más bien un “alguien” que tiene identidad propia. Los personalistas decimos que es propiamente *persona*, con todo lo que ello implica: *ser humano que consciente de su dimensión no solo física sino también espiritual y ontológica es capaz de percibir y de captar la esencia de su vida y su trascendencia*. Podemos entonces concebir toda una *ontología de la muerte* igual que concebimos ahora una *ontología de la vida*. Y seguramente nos preguntaríamos si una lleva emparejada la otra. A mi

juicio, creo que sí. Y lo creo porque si no somos capaces de concebir una *ontología* de nuestra existencia vital actual en vano intentaríamos tener una percepción y captación de la posible continuidad de la misma en un “más allá” de la muerte desconocido. Pero, claro, esto es solo especulación. Una vez más nos topamos con el misterio de la vida (de la que somos actores y protagonistas en primera persona en este “gran teatro del mundo”, que diría el gran **Shakespeare**) y de la muerte (de la que, ciertamente, nada sabemos, a nivel empírico, desde una esfera experimental). En fin..., ¡que el dilema está servido!



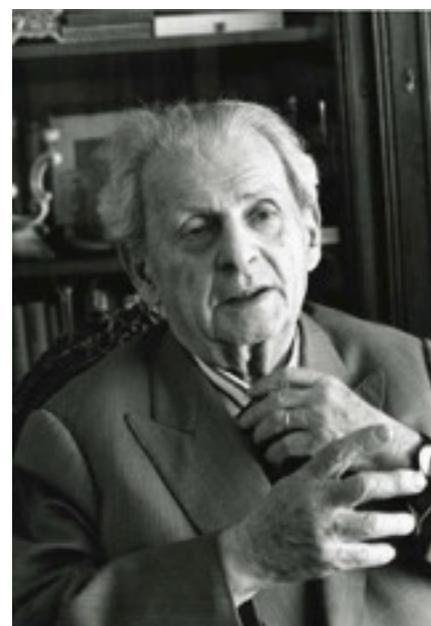
Martin Heidegger

Entre la muerte y el tiempo

Hablar de la *muerte* implica, en la concepción de **Heidegger**, el filósofo existencialista alemán contemporáneo y discípulo de **Husserl**, el creador de la *fenomenología*, asociarla con el *tiempo* en su *ontología fundamental*. En *El Ser y el Tiempo*, su obra capital, **Heidegger** realiza todo un ejercicio de intentar unificar la esencia ontológica del *ser* con el discurrir del tiempo. Esta obra de **Heidegger** es de extremada complejidad hermenéutica, incluso para los ya avezados en el mundo de la filosofía. Con todo, difícilmente podríamos interpretar los conceptos ontológicos sin **Heidegger** e incluso, remontándonos más atrás en el tiempo, a **Descartes** y **Spinoza**. Si se quiere comprender el *ser* hay que empezar, según el filósofo alemán nacido en *Messkirch* en 1889, por el *ser* del hombre. Y por otra parte el *ser* es indefinible al estar inmerso en el *tiempo*. El *ser* viene a suponer nuestra esencia como personas. Algo que pertenece a la esfera de la conciencia más profunda y es por eso que **Heidegger** hablaba de *ontología fundamental* para referirse al estado

interior de captación de nuestra esencia como personas. Y esto requiere además de un ejercicio intelectual el concurso de la intuición. Pero el *ser* vive inmerso en el tiempo que marcará su devenir. Es decir, para simplificar el concepto, nuestro *ser* vive enmarcado en el tiempo, inmerso, sumergido en él, tengamos o no conciencia y consciencia de ello. Y es precisamente por medio de esta captación o aprehensión del *ser* que llegamos a intuir el proceso de la *muerte*, de la finalización de nuestra existencia. Es decir, por una parte intuimos que ese fin llegará y por otra nos apercebimos del paso del tiempo que corre hacia ese final inescrutable, incomprensible a nuestro entendimiento. Y todo ello gracias a nuestra percepción del *ser* y su finitud.

Sin embargo, el planteamiento de **Heidegger** en la relación entre la muerte y el tiempo es discutido por **Emmanuel Lévinas**, el verdadero introductor de la tradición fenomenológica alemana en Francia. **Lévinas** realiza, a mi juicio, una de las críticas más perspicaces que se plantearon a la ontología fundamental de **Heidegger**. Efectivamente, **Lévinas** considera que la interrelación entre la *muerte* y el *tiempo* tal y como la plantea el filósofo alemán carece de sustantividad. A partir de su concepto de *alteridad* **Lévinas** rompe toda vinculación entre el *tiempo* y la *muerte*. El concepto esencial de la filosofía ontológica de **Lévinas** se centra en la disociación entre el *tiempo* y la *muerte* como elementos sustanciales para reconstruir una auténtica *ontología fundamental*.



Emmanuel Lévinas

El concepto de *alteridad* que introduce **Lévinas** como elemento clave para el *constructo* de su sistema viene a ser la comprensión que el “yo” hace del “otro”, a modo de juego empático que permita la interrelación entre ambos elementos. El argumento básico de la *ontología* que esgrime

Lévinas se centra en la independencia entre el *tiempo* y la *muerte*, en pensar el tiempo con independencia de la muerte. Sus obras más representativas (*Totalidad e infinito*, *El tiempo y el otro* y *Lecciones sobre la muerte y el tiempo*) nos muestran el suspicaz pensamiento del filósofo lituano de origen judío, nacionalizado en Francia y seguidor y colaborador de la revista *Esprit* que fundara **E. Mounier**.

Considerando de manera apreciativa el interesante planteamiento argumental de **Lévinas** creo, no obstante, que el concepto del *tiempo* está ligado, aunque solo sea de manera subconsciente, al de la *muerte*. Por una parte es cierto que podemos pensar la muerte desligada del tiempo, pero por otra pienso que la muerte está íntimamente ligada al concepto *tiempo* como un discurrir que conduce al desenlace final de la muerte. Y particularmente creo que esta captación del *tiempo*, como ya analizábamos al inicio de este ensayo, a medida que nos acercamos al desenlace final tenemos la percepción de que el *tiempo* es un elemento fundamental en nuestro devenir último. Y de esto creo que somos conscientes todos los humanos. Se da la curiosa circunstancia que en las distintas etapas de nuestra vida nuestra percepción del tiempo y de la muerte van cambiando. Este es un hecho constatable y no solamente conjetural. Y así en las primeras etapas de nuestra existencia vital no ligamos de manera tan acuciante el paso del tiempo a la finitud de nuestra existencia. Pero, en las etapas finales es cuando sí que nos percatamos con mayor intensidad ese acercamiento al desenlace final. Esto es lo que nos hace pensar que en el proceso evolutivo mental por el que atravesamos a lo largo del ciclo vital se produce una curiosa simbiosis entre el *tiempo* y la *muerte* como si ambas formaran parte de una misma ontogénesis, de un proceso adaptativo a escala psicológica en este caso. No sabemos realmente. Tan solo intuimos algo de esto. Si **Heidegger** liga estrechamente el ser ontológico con el discurrir del tiempo, entonces esa otra dimensión óptica del ser que nos permite

aprehender y captar la esencia de todas las cosas, la muerte, como acontecer venidero en el tiempo, nos proyecta en una realidad acompañante a lo largo de nuestra vida. No se encuentra otra explicación posible a este problema filosófico que atañe a la dimensión ontológica de la muerte en el transcurrir del tiempo.

Sobre la trascendencia de la muerte

Hablar de la *trascendencia* de la muerte implica, en mi criterio, algo extremadamente complejo y de difícil resolución. Decir que la muerte nos trasciende equivale a afirmar que hay categóricamente un “más allá” del ámbito de la vida, de la dimensión vital en la que nos encontramos ahora. Y esto, dicho así, la verdad que nos suena bien. Pero, ¿podemos demostrar de manera plenamente fiable que esto es así más allá del mundo de las creencia o fe religiosa y metafísica? Honestamente hemos de decir que no. Y esto por un simple ejercicio filosófico que sustente de manera plena la argumentación sobre la existencia de ese “más allá” que no podemos llegar a aprehender, a captar de manera íntegra, salvo con el concurso de la intuición que nos disponga para la aceptación de esa otra dimensión tras la muerte, sustentada esta en la creencia religiosa y la fe en la que se apoya. Nos encontramos así ante el mayor de los enigmas de nuestra existencia. Y digo bien, el mayor, pues los otros misterios que nos acompañan en nuestra vida, algunos de ellos los vamos desentrañando en el discurrir del tiempo, pero esto no ocurre así con el *fenómeno de la muerte*, donde aún no hemos atravesado el umbral de la misma. Podemos hablar con propiedad de una cierta *inmanencia*, contrapuesta a la *trascendencia*. Lo inmanente se convierte así en lo que vivimos por la experiencia y lo trascendente como aquello que la supera, es decir, que va más allá de lo experimental. Lo inmanente nos dispone para afrontar experimentalmente los acontecimientos que nos circundan en nuestra existencia. Lo trascendente, en cambio, es como si fuera un

peldaño o un paso por delante de lo inmanente, para entendernos. Entonces la pregunta que se nos ocurre podría ser la siguiente: *¿inmanencia y trascendencia* pueden formar parte de una misma realidad a la vez? Podemos pensar que sí, en mi estimación.

En *El ser y la nada* **Sartre** realiza todo un ejercicio *de* autocomplacencia al exponer que la conciencia es conciencia de algo y reafirmarse en la idea de que la *trascendencia* es, a su vez, estructura constitutiva de la conciencia. Dicho en otras palabras: la *trascendencia* o la percepción que tengamos de ella anida en la conciencia. Esto es lo que creo a lo que se refería **Sartre** en su enigmática, polémica y compleja obra publicada



Jean-Paul Sartre

en 1943 y que supuso su primera obra de temática netamente filosófica y encuadrada dentro del movimiento existencialista francés. En relación con el fenómeno de la muerte **Sartre** lo concibe como ruptura y límite más que como consumación y advenimiento. La muerte, lejos de dar un sentido a la vida, le quita toda significación, en el pensamiento de **Sartre**. Esta era la percepción ateísta del filósofo francés. Por lo tanto le eximía de toda responsabilidad ante la muerte. En el concepto sartriano la muerte, al igual que el nacimiento, es inesperada y absurda. No cabe posibilidad de encontrarle un mínimo sentido. Por lo tanto, pienso que en la argumentación de **Sartre** sobre la muerte no cabe tampoco hablar de *trascendencia* de la misma en los planteamientos del filósofo francés, salvo que se tenga conciencia de ella. Claro que esto nos puede parecer que es un contrasentido. Y es que todo ser humano tiene, *a priori*, conciencia de la muerte, del acabamiento de la vida. Otra cosa es que le encuentre o no sentido, tanto a la vida como a la muerte. **Sartre**, al parecer, no lo encontró.

Pero, nos podemos preguntar ante el aparente sinsentido de la vida y de su acabamiento, la muerte, que decía **Hermann Hesse**, si realmente hay algún sentido en la vida y la muerte; si ambas cumplen alguna función específica en el universo que nos rodea.

En la constitución pastoral del *Concilio Vaticano II*, con el título de *Gaudium et spes*, aprobada por los padres conciliares en diciembre de 1965 y promulgada por **Pablo VI**, se afirma que “*es ante la muerte donde alcanza su cima el enigma de la condición humana*” (GS 8). Y es que, en verdad, el mayor de los enigmas que nos acontece es la muerte sin ninguna duda. Y lo es por el simple hecho de ser un acontecer futuro en la vida de cada uno. No nos debe extrañar que esto sea así. La vida misma, en su discurrir, es un fluir hacia lo incierto. No sabemos verdaderamente que nos puede suceder mañana o dentro de un instante. Nos movemos en el más absoluto de los misterios. Y eso añadiendo que vivimos en una esfera o dimensión de la que somos plenamente conscientes, que es la que llamamos *vida* o *existencia*.

Por lo tanto, seguramente que para intentar explicar algo al menos el significado y sentido de la muerte deberíamos empezar por darle una significación y posible sentido a lo que llamamos vida o ciclo vital. No parece que haya otra alternativa. Debemos para ello recurrir a un ejercicio pleno de racionalidad puesto que otros elementos o componentes que integran nuestra dimensión humana, como podrían ser las emociones, sentimientos, ilusiones e intuiciones, entre otras, nos podrían inducir a unas conclusiones equivocadas o erradas, creo yo.

Es cierto que nuestra condición humana conduce al desenlace final que es la muerte tras nuestro paso, más o menos largo, según circunstancias de diversa índole, por la dimensión en la que nos movemos y somos que es la vida. Entonces hemos de pensar que algún sentido habrá de tener

nuestra existencia, y aún más, la posible proyección de esta en esa otra hipotética vida en el “más allá”. Es por eso que hablamos, como ya analizábamos antes, de trascendencia de nuestra vida, de un proyectarse más allá de esta en la que estamos inmersos. Y es que llegados a este punto en el camino de la vida nos planteamos una serie de preguntas a las cuales, si queremos desentrañar algo el misterio de la vida y de la muerte, no nos queda más remedio que intentar dar una explicación coherente. Pero esta situación, en verdad, que nos desconcierta. Y hemos de pensar que esto sucede porque nos movemos en un inequívoco “mar de dudas” que desde la exclusiva racionalidad no podemos de ninguna de las maneras resolver. Es por eso que desde siempre el ser humano, ser pensante y racional, ha recurrido a la idea de lo sobrenatural como elemento clave e imprescindible para dar un sentido a su vida. Hemos de creer que esto no ha sido por casualidad en modo alguno. ¿Qué es pues lo que ha inducido al hombre a plantearse la idea de que algo por encima de él, es decir, algo sobrenatural, rige la vida de todo lo que contemplaba y aun su propia vida? Pues hemos de pensar que la imperiosa necesidad de dar, de encontrar, un sentido al mundo y a su vida en él. Y no solamente esto, sino también algo que diese explicación al final de ese ciclo que se llama vida y que le conducía al acabamiento de la misma.

Si el *ser*, como argumentaba **Sartre**, carece de sentido y significación (como pudiera parecerlo *a priori*), entonces nos preguntamos: ¿por qué tenemos conciencia de ese *ser* en nosotros? ¿No habrá alguna razón para ello? Creo que esto es clave para desentrañar algo en referencia al sentido de la vida y su proyección que es la muerte.

Pienso que la única alternativa posible que dé una cierta respuesta a las interrogantes planteadas no vendrá por vía racional. Entonces, ¿qué alternativa tenemos? No queda más solución que recurrir a la vía especulativa que nos ofrece el mundo de la metafísica, es decir, esa

parcela que nos permite por medio de la abstracción ahondar en lo intangible, en aquello que careciendo de demostración empírica, no obstante, nos permite intuitivamente poder llegar a tener una cierta captación de los fenómenos de carácter sobrenatural o no explicados convincentemente de manera natural. Y aquí entra en juego también, por supuesto, el fenómeno de lo religioso como no podía ser de otra forma. Y es que existe toda una *metafísica de la muerte* que han venido desarrollando diversas culturas a lo largo de la historia. Bien es verdad que todas ellas basadas en elucubraciones y especulaciones, y en ocasiones también en supersticiones de carácter religioso surgidas como consecuencia del temor a la muerte por desconocida e incierta que es en cuanto a su aparición. No es intención de este ensayo ahondar en las distintas argumentaciones existentes sobre la muerte y su posible continuidad en esa otra dimensión distinta a la que nos encontramos en esta vida ya que son muchas y muy variadas. Mi idea más bien apunta hacia una posible racionalidad de la existencia de esa otra vida más allá del umbral de la muerte y que, por cierto, ya analicé en un ensayo anterior al hablar precisamente sobre el *umbral de la muerte*. No voy a insistir aquí pues mucho más. Tan solo añadir a lo allí argumentado que aun careciendo de verificabilidad plena de la existencia de un más allá desconocido este no se nos torna como imposible o irrealizable. No solamente desde la fe religiosa se hace patente la existencia de un alma inmortal que perdura después de la muerte sino que también desde una cierta lógica intuitiva podemos llegar a asumir que por qué no va a existir una continuidad de esta vida en otra dimensión cuando anidan unas ansias de eternidad en nuestro acontecer diario. Es cierto que esto tan solo no demuestra nada, pero, al menos, nos proyecta en la idea de que el acabamiento de la existencia no es total ni mucho menos, de que tiene un sentido el pensar que si todo finalizase aquí, en esta vida, sería la más absoluta de las injusticias. Un amigo ya fallecido recientemente, muy dado al pensamiento filosófico, comentaba en cierta ocasión que esta

vida no tendría ningún sentido si no hubiera otra posterior. Reflexionando con sus palabras creo que no iba muy descaminado. ¡Los que se van son los que ya han tenido oportunidad de constatarlo por propia experiencia! ¡Los que nos quedamos aún podremos, en su momento, verificarlo, y el misterio quedará entonces desvelado!

Ya comentaba anteriormente que vivimos en un mundo rodeado de misterios, de enigmas insondables en muchos casos, y el *fenómeno de la muerte* es, seguramente, el más intrincado de todos ellos. En cualquier caso no deja de sorprendernos que en las sociedades actuales la muerte sea ocultada, como si se tratara de vivir al margen de ella, cuando precisamente convivimos con ella todos los días. ¡Una paradoja más del extraño comportamiento humano! Y es que la muerte se nos antoja siempre como inoportuna y entrometida. Y nos sorprende todavía más que la inmensa mayoría de la gente no se prepare para el evento que tarde o temprano llegará a buen seguro. Incluso dentro de la mentalidad religiosa de signo cristiano la muerte no es nunca bienvenida. Más bien diríamos que es temida, lo cual es algo totalmente injustificado a la luz de la teología cristiana bien encauzada.

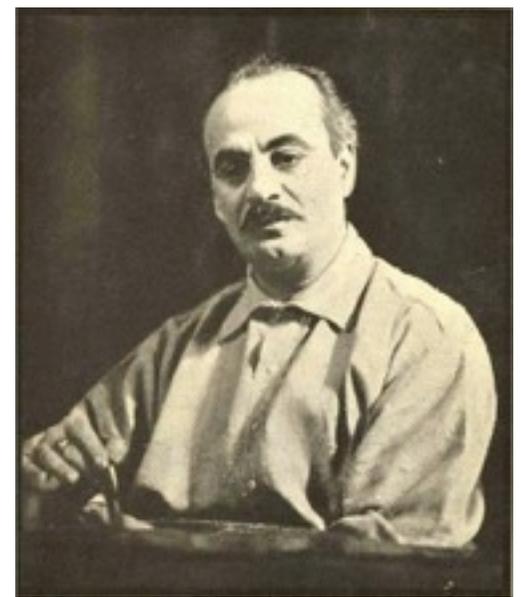


Jiddu Krishnamurti

En el pensamiento oriental la filosofía de la muerte es bien distinta al pensamiento occidental. Existe toda una filosofía tanto del buen vivir como del buen morir. **Krishnamurti**, el sabio hindú contemporáneo, decía acerca de la muerte: *“No admitimos el hecho de la terminación porque nuestras mentes buscan, mediante la continuidad, seguridad en la familia, en la propiedad, en nuestra profesión o en el trabajo que hacemos. Por lo tanto, tenemos miedo. Solo una mente que esté libre de*

*la persecución adquisitiva de la seguridad, libre del deseo de continuar, libre del proceso de continuar, solo una mente así sabrá lo que es la inmortalidad. Pero la mente que busca la continuidad personal -el “yo” que desea continuar- jamás sabrá que es la inmortalidad; una mente así nunca conocerá el significado del temor y jamás podrá ir más allá”. Y **Khalil Gibrán**, el gran poeta y novelista libanés que vivió el pasado siglo, escribió en uno de sus más célebres poemas: “En silencio, vuestros corazones saben los secretos de los días y las noches. Mas vuestros oídos ansían escuchar el eco del conocimiento de vuestro corazón”.*

Tanto el pensamiento de **Krishnamurti** como el de **Gibrán** son, a mi juicio, anunciadores de esa realidad que llamamos muerte o acabamiento de la existencia y que dejan intuir que es preciso tener una captación esencial de la misma, es decir, una *trascendencia* efectiva, para poder llegar a percibirla no como algo temido sino como una realidad inacabada. Si la razón no nos habla con claridad de este evento que llamamos muerte, entonces quizá debemos dejar que hable el corazón, el sentimiento. Y este, cuando es receptivo, creo que nos habla muy claro. Es algo así como la “voz interior del alma” que también forma parte de nuestro ser integral. En fin...



Khalil Gibrán

Nos acercamos al final de este ensayo cuya finalidad expresa no ha sido otra que la de reflexionar –y hacer reflexionar– sobre los misterios que nos rodean. Se impone pues extraer las oportunas *conclusiones finales* que pongan firma y rúbrica, dicho en sentido figurado, a modo de corolario, a las ideas vertidas en el mismo.

8. Recapitulación

Nuestra visión del mundo será más adecuada cuanto mayor sea la información relevante que poseamos.

Aforismos. Lao-Tsé.

Iniciamos este apartado antes de establecer las *conclusiones* pertinentes al tema tratado en este ensayo con el firme convencimiento de que los temas más esenciales que competen a nuestra percepción y captación del mundo que nos rodea nos hayan podido servir para aclararnos, al menos algo, en la compleja dinámica del universo en el que vivimos, nos movemos y somos.

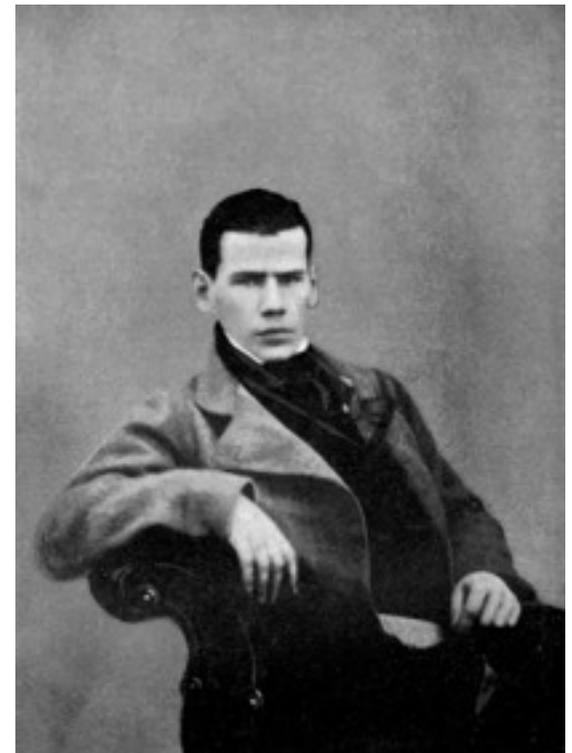
Tal y como reza el célebre *aforismo* de **Lao-Tsé** —el gran maestro chino que vivió, al parecer en el siglo VI a. C., y que encabeza este último capítulo del ensayo— la visión del cosmos, del mundo, que tengamos dependerá en buena medida de la información que recabemos acerca de él.

Que vivimos en un mundo plagado de enigmas, de misterios muchas veces indescifrables, parece una obviedad. Sin embargo, tratar de encontrar una explicación a muchos de los fenómenos que en él acontecen ya no es tarea tan clara y sencilla. Más bien todo lo contrario.

A lo largo de este ensayo investigativo no se ha pretendido pontificar sobre nada en absoluto. Sería absurdo pretenderlo, además de inconsecuente. Diría, sin temor a equivocarme, que prácticamente no caben dogmatismos ni verdades absolutas sobre el mundo en que vivimos. Aquellos que tal tarea pretenden creo que lo hacen en vano. Pienso haber dejado sobradamente claro que nada de lo que acontece en nuestro mundo exterior es por casualidad. Seguramente todo acontecer en la vida tiene un *leitmotiv*, una razón de ser que se repite a cada paso en nuestra efímera existencia en esta dimensión que llamamos *vida*. Pero es una razón de ser que no entendemos muy bien su significado *a priori*. Tan solo desde el transitar en el *tiempo* podemos llegar, a mi juicio, a ir descubriendo el sentido de la verdad de nuestra existencia. Y esa verdad, pienso, no se encuentra en ningún catecismo, en ninguna enseñanza premeditada. O la descubrimos por nosotros mismos o pasaremos por esta vida sin descubrirla, como bien decía **Blay Fontcuberta** con ese espíritu indagador que le caracterizaba.

Aquella sentencia de **Jesús**, el gran Maestro de Nazaret, que recoge el *Evangelio de Lucas* (17,21) y que levantó tanta polémica en cuanto a su correcta traducción e interpretación, creo que esquematiza muy bien la idea central de las enseñanzas de **Jesús** sobre el ansiado *reino de Dios*: que el reino está en cada uno que sea capaz de descubrirlo. Es decir, que la clave está en uno mismo, en nuestro interior. La vida y obra del fundador del cristianismo que revolucionó el sentido del mundo y de la vida misma, atestiguan que el “reino” del que hablaba **Jesús** no era, en verdad, de este mundo exterior. Seguramente se refería a otro mundo, al mundo interior. Un mundo que conduce a la *verdad* y a la *libertad de espíritu*. Así lo entendieron grandes pensadores del cristianismo a lo largo de su historia. Uno de ellos fue **León Tolstói**, el gran novelista ruso fallecido en 1910, y uno de los más grandes escritores habidos. **Tolstói**, hombre de profunda fe cristiana, publicó en Alemania en 1894 un relato

de gran profundidad espiritual titulado precisamente *El reino de Dios está en vosotros*, en clara alusión a las palabras de **Jesús** en el *Evangelio*. La obra había sido censurada en Rusia por ser contraria a la ortodoxia religiosa de la época en su país. Muestra con claridad que el fin de la existencia humana es la paz y no la guerra. Pero esa paz hay que descubrirla en el interior de cada uno. No se consigue plenamente ni con firmas ni con tratados. Tan solo desde el *hombre interior convertido* a la causa de lo divino.



Leon Tolstoy (20 años)

El ser humano seguramente necesitará redescubrir el mundo en que vivimos para encontrarle un sentido al mismo. Necesitamos reinterpretar este mundo con sus misterios, con sus muchas interrogantes, donde posiblemente nada o casi nada es lo que parece. Pero, en fin, este es el reto que tenemos por delante y así transitamos en el *tiempo* -y a través de él- en este mundo.

Decíamos al inicio de este ensayo que ahora recapitulamos que el *tiempo* viene a predeterminar nuestra existencia en un mundo caótico y conflictivo como el que vivimos. Nuestra percepción del *tiempo* varía sustancialmente con el paso del mismo. El enfoque que se le ha dado al *tiempo* desde una aprehensión ontológica por parte de distintos pensadores y filósofos también ha sido distinto en función de la captación que cada uno tenga de él. La concepción del *tiempo* en **Heidegger** difiere sustancialmente del que tenía **Sartre**, por ejemplo, desde su percepción existencialista y atea o en el mismo **Lévinas**, desde otra percepción bien distinta, como ya analizábamos. Pero, si nos fijamos con detenimiento la percepción que se tiene de algo va en función de la

concepción ideológica que cada uno tiene de ese algo. Esto parece ser así. Y no ocurre solamente con el *tiempo* sino que sucede también con todo acontecer de la existencia. Es curioso, pero es así. Esto viene a corroborar hasta qué punto la concepción ideológica puede marcar nuestro pensar y obrar.

Así sucede, como he dejado entrever con meridiana claridad, en el controvertido asunto de la confrontación entre *creacionismo* y *evolucionismo* y el rol que las creencias religiosas juegan en este asunto hasta el punto de llegar a un apasionamiento desmedido, especialmente por parte de los sectores religiosos más radicales y fundamentalistas. Los sectores religiosos más radicalizados se empeñan hasta la saciedad en intentar demostrar que el *creacionismo* tal y como aparece en el relato bíblico del *Génesis* es intocable y que no cabe hablar de un proceso evolutivo de las especies y en el ser humano simplemente porque el texto bíblico no hace ninguna referencia al respecto. Aluden así a la Biblia como el libro de ciencia por excelencia. Se omite el considerar que la Biblia es un conjunto de libros redactados en tiempos muy distintos a los actuales donde el componente mitológico de los relatos que acontecen son un denominador común de los mismos detrás del sustrato histórico que pudieran tener muchos de ellos. Es un sinsentido intentar realizar una hermenéutica de unos textos escritos en un contexto determinado cuyos destinatarios principales eran gentes sin mayores intenciones de descifrar códigos de contenido supuestamente “científico”, si bien no faltaron sectores elitistas que intentaron encubrir el mensaje bíblico detrás del esoterismo religioso, como el caso de la *Cábala* judía (surgida hacia finales del siglo XII en el sur de Francia y en España), intentando encontrar recónditos sentidos a la *Torá*, o el *gnosticismo* reinante en el período inicial del cristianismo y reavivado posteriormente a lo largo de la larga historia eclesiástica de distintas formas. El esoterismo religioso fue una constante a lo largo de la historia de las distintas religiones

monoteístas, incluido el *islam*. La aureola de misterio que rodea a todo lo sobrenatural ha inducido al surgimiento de distintas tendencias religiosas con la finalidad de intentar descifrar el enigma de lo divino y sobrenatural, conduciendo en ocasiones por medio de prácticas ocultistas a graves desviaciones en la búsqueda de la sana religiosidad y espiritualidad.

La Biblia y otras revelaciones de carácter sagrado tenían la finalidad expresa de conducir al ser humano hacia la salvación y liberación espiritual. Consecución expresada de manera distinta, con distintos simbolismos, en culturas diferentes y con lenguajes también diferentes que venían a ser la expresión cultural de aquellos pueblos que recogieron el *kerigma*, el mensaje liberador. Todo ello dentro de lo que **Mariá Corbí**, epistemólogo y también estudioso de las tradiciones religiosas, denominaría la “era preindustrial”, es decir, el período anterior al surgimiento de la *Ilustración* y la *Revolución industrial* del siglo XVIII, con el precedente de la aparición del *método científico* inaugurado por **Descartes** en el siglo XVII. Sería a partir de aquí cuando la concepción del hombre, del mundo, de la sociedad y de Dios mismo cambiaría sustancialmente. Es ya la “era posindustrial”, la del hombre moderno propiamente dicha, la era donde las distintas ciencias y saberes abandonan el primitivismo de sus ideas y empiezan a fundamentarse en otros parámetros distintos a los religiosos. Es la época del surgimiento de nuevas concepciones sobre el mundo y el hombre. Desde entonces la ciencia, el conocimiento científico, y la religión empiezan a caminar por separado si bien con el mismo fin: *alcanzar el conocimiento de la verdad que dé sentido y orientación al ser humano en un mundo plagado de enigmas, de misterios indescifrables*.

Y uno de estos enigmas analizados en el ensayo, como comentaba antes, fue la controversia entre el conocido como *creacionismo bíblico* y la

teoría de la evolución que convulsionó el mundo religioso de la época a raíz de las indagaciones de **Lamarck**, primero, y **Darwin**, poco después, y otros investigadores posteriores que han venido a ratificar las investigaciones especulativas de los dos polémicos biólogos y naturalistas del siglo XIX. Es cierto que la *teoría de la evolución* (y su proceso de la selección natural de las especies) y los posteriores avances en el mundo de la genética molecular y especialmente en disciplinas como la Antropología y la Paleontología no han llegado a demostrar de manera categórica e indubitable la confirmación plena de la teoría, pero está fuera de toda duda el amplio respaldo tenido en el mundo científico moderno desde **Darwin** y **Lamarck** hasta nuestros días. Por otra parte parece que no existen dudas tampoco acerca del mundo cambiante en que vivimos desde hace miles de años. No solamente en el plano biológico. También en el ámbito geológico no existen dudas para los geólogos de que se han vivido diversos períodos o etapas geológicas desde que el mundo es tal. La Tierra ha pasado a lo largo del tiempo por distintas eras o períodos que la han venido transformando hasta ahora. Los geólogos han venido ordenando en los últimos tiempos las rocas en una secuencia continua de unidades cronoestratigráficas. Las dataciones de esas distintas etapas geológicas han sido realizadas por radioisótopos que han facilitado la absoluta datación en años de esas etapas o períodos geológicos así como de la mayoría de las divisiones establecidas. No caben dudas pues acerca del proceso cambiante del planeta en el que habitamos.



Michael Denton

El *creacionismo* sustentado en el relato del *Génesis*, lo mismo que su sucedáneo el *Diseño Inteligente (ID)*, surgido este último en los años 80 de la mano del bioquímico australiano **Michael Denton**, vienen a sugerir que el mundo en que vivimos solo es explicable mediante una mente

superior capaz de albergar y dar vida a todo lo existente. Pronto se asoció esta idea con un Dios soberano y Creador del Universo al estar en declive -y cada vez más cuestionada- la concepción que proponía el *creacionismo bíblico*. Muchos creacionistas a ultranza (adheridos la mayoría de ellos al protestantismo de corte fundamentalista) vieron con simpatía las ideas propuestas por el ID y las aceptaron ya que no ponían en entredicho los planteamientos literales de la creación según el *Génesis*. Que el ID tiene ideas interesantes es evidente. Incluso el ID no niega la evidencia de un cierto proceso evolutivo. Uno de los principales científicos actuales, partidario del ID y no sospechoso de estar comprometido con posiciones religiosas convencionales, el físico y matemático australiano **Paul Davies**, profesor del Centro Australiano de Astrobiología de la Universidad de Macquarie, en Australia, viene a decir que *“según el proceso antrópico, las condiciones físicas que hacen posible nuestra existencia se encuentran tan enormemente ajustadas que es difícil pensar que nuestra existencia sea un simple resultado del azar o de fuerzas a ciegas”* (platea.pntic.mec.es). El problema del ID, en mi opinión, no es la sostenibilidad de sus argumentos principales –los cuales tienen su lógica y sentido– sino el pretender que tengan sostenibilidad religiosa desde los argumentos de la ciencia. No parece que esto último tenga mayor coherencia. Máxime cuando los relatos de contenido religioso de las distintas revelaciones están saturados de una amplia mitología y simbolismos propios de la era precientífica y preindustrial, que diría también **Corbí**, adecuados para ser entendibles en la época y el contexto en que fueron redactados y narrados.

Claro que también se alzan voces discrepantes acerca de las hipótesis planteadas por el ID en el sentido de cómo es posible hablar de un *diseño inteligente* (y por extensión de un Diseñador Inteligente) en un mundo tan caótico como el que vivimos, donde la naturaleza se nos muestra con inusitada frecuencia como una fuerza irrefrenable que arrasa todo lo que

encuentra a su paso (seísmos, huracanes, tornados, tsunamis, volcanes en actividad, etc...) Esto en el ámbito geológico. En el área de lo biológico sucede otro tanto: especies animales que sirven de alimento a otras por medio del mecanismo de la depredación, donde la naturaleza salvaje se nos muestra con toda su crudeza. Si a esto añadimos el plano ético-moral característico de la especie humana, con el problema irresoluble del mal que le acompaña, la verdad es que el diseño se pone en entredicho en muchos aspectos, al menos aparentemente. Parece, por otra parte, que las actividades humanas a raíz de la industrialización de los dos últimos siglos está acarreado serios problemas al todavía hermoso planeta que habitamos dando origen a lo que para muchos científicos está ya fuera de toda duda: el *cambio climático* y las nefastas consecuencias que de él se derivan. En fin..., que todo parece moverse en el más absoluto de los misterios. Con todo lo dicho, no obstante, sería absurdo admitir -tal y como hace el ateísmo moderno- que todo es fruto del *azar* y de la *necesidad*, que decía y sutilmente cuestionaba a la vez **Jacques L. Monod**, el célebre médico y biólogo francés del pasado siglo y *Premio Nobel de Fisiología y Medicina* en 1965.

No admitir la existencia de un *ente superior* que dio vida al planeta en que vivimos carece de la más absoluta racionalidad por su evidencia, pese a su indemostrabilidad. Si existe un proceso evolutivo a todos los niveles, como así parece ser de manera bastante diáfana, entonces podemos pensar que nuestra *conciencia* y *consciencia* también han pasado (y están pasando) por ese proceso evolutivo a nivel mental. Tiene su lógica como *proceso evolutivo integrador* a todos los niveles. Pero, claro, esto no es más que otra hipótesis indemostrable.

Parece, como decía **Simone Weil** (1909-1943), escritora y filósofa francesa, de ascendencia judía, que “*Existe una fuerza deífuga. Si no todo sería Dios*” (*La gravedad y la gracia. Madrid. Editorial Trotta.*

1998. Pág. 81). Todas las grandes religiones coinciden en admitir la existencia de una fuerza externa al ser humano, desde las antiquísimas tradiciones orientales hasta las revelaciones más recientes, como la judeocristiana o la musulmana, si bien con matizaciones diferentes en las mismas. Así mientras en el *Bhagavad-Gîtâ* oriental el *problema del mal* radica en la mente humana limitada por la ignorancia y el descentramiento, causantes de tanto dolor en el mundo, en la percepción judeocristiana el mal parece tener otros orígenes: el ángel caído que confunde y arrastra a la pareja humana del Edén hacia el pecado que conduce al dolor y la muerte, expresados con un preciso componente mitológico y simbólico en el relato bíblico. Son dos concepciones para hablar de una misma realidad: el mal que anida en el ser humano y que tanto sufrimiento le acarrea desde los orígenes de la humanidad. Y todo ello acontece en la esfera de la individualidad humana, como bien expresa **Alfred Schütze** (1899-1959) –el conocido sociólogo y filósofo austríaco de origen judío, introductor de la fenomenología de las ciencias y discípulo de **Edmund Husserl**–, al decir que “*No todos los seres espirituales se han desarrollado al ritmo normal sino que algunos de ellos se han quedado cósmicamente ‘retrasados’*” (*El enigma del mal. Madrid. Ed. Rudolf Steiner. 1983. Pág. 103*). **Anton Kimpfler**, antropósofo y gran estudioso e investigador del comportamiento humano, hablaba de que “*si comprendiéramos que el mundo entero está sumido en un proceso evolutivo de orden divino, nuestra actitud moral cambiaría. No podemos actuar arbitrariamente. Estamos obligados a tener en cuenta lo que nos sobrepasa*” (*El ser del hombre y su desarrollo por la cultura. Madrid. Ed. Rudolf Steiner. 2002. Pág. 63*). El problema irresoluble del mal que tratamos en este ensayo es un asunto de primer orden que, ciertamente, como decía **Kimpfler**, nos sobrepasa, nos lleva al límite de toda posible comprensión del mismo. No hallamos respuesta a tal enigma por ninguna de las vías que lo tratemos. Pero es una realidad que nos toca a todos y que hemos de saber afrontar desde distintos

ángulos o esferas del conocimiento humano aunque, al final, no encontremos solución al problema.

La *muerte*, como expresión del acabamiento de esta dimensión que llamamos vida, tal y como analizamos, se nos antoja también un misterio de nula explicación. No acertamos de ninguna de las maneras a aceptar la muerte, el fin de la existencia, como algo natural (que lo es) y ansias de eternidad nos acompañan a lo largo de nuestra vida aunque sepamos a ciencia cierta que un día todo se acabará, el menos en esta dimensión en la que nos encontramos. Sobre esa hipotética vida en el “más allá” nada sabemos por vía experimental. Sin embargo, hemos de pensar que al tener conciencia de que tal posibilidad existe, es decir, que realmente haya continuidad de esta vida en otra dimensión desconocida por nosotros y hacia la cual caminamos, nos capacita para intentar encontrar un sentido a esta vida y su posible proyección en otra de dimensión plenamente espiritual. Pero, nos preguntamos: ¿por qué, entonces, el dolor y el sufrimiento que habitualmente nos acompañan? ¿Qué sentido tienen? ¿Qué función tienen, si es que tienen alguna? Las distintas revelaciones de contenido sagrado dejan entrever, de manera más o menos clara, que nuestra vida aquí es la antesala de la “otra”, de la que nos espera en ese “más allá” que desconocemos y que precisamente por ese desconocimiento nos desconcierta y nos sume en la incertidumbre. El dolor y el sufrimiento que acompañan nuestro transitar por este mundo vienen a ser elementos catalizadores de nuestra *consciencia* que nos permiten alcanzar la madurez precisa para ir consumiendo etapas de nuestra vida. Y en esto coinciden también, con distintas matizaciones, las distintas revelaciones. Pero esto no nos satisface en absoluto en nuestro fuero interno. Deseamos saber algo más, aunque sepamos que nos está vedado. No acertamos a acostumbrarnos que el sufrimiento es una constante en la vida, si bien también nos acompaña en nuestro devenir el polo opuesto, el placer. La dualidad *placer-dolor* es, en verdad, una

constante permanente mientras dura nuestro peregrinaje en este mundo. En fin, la realidad que nos rodea nos capacita para intentar, cuando menos, tener una percepción cognoscitiva del mundo en que vivimos, aun dentro del misterio que lo circunda.

CONCLUSIONES FINALES

Al llegar al final de este ensayo cabe decir que está fuera de toda duda que vivimos inmersos en esa dualidad *espacio-temporal* que condiciona nuestro devenir en este mundo sorprendente.

A lo largo de varios capítulos he ido desgranando distintos aspectos de nuestra realidad humana sumergida en un mundo, en un cosmos, que, en ocasiones, nos desborda por su complejidad. Un mundo que nos maravilla y sorprende a la vez y que nos permite por vía del conocimiento acceder a realidades profundas a la par que inciertas. Decir lo contrario sería de ingenuos y creo que la vida se nos ha otorgado para que, partiendo del análisis comprensivo de esta realidad que muchas veces nos confunde, ahondemos, por medio de nuestra capacidad de *abstracción*, en dar una explicación al *misterio* que nos rodea; es decir, en la captación intelectual del objeto que pretendemos analizar, extrayendo así sus rasgos esenciales. Y así lo hemos hecho con diversos aspectos que condicionan nuestra existencia en el devenir *espacio-temporal*, como decía antes, y que vienen a delimitar nuestro transitar en este mundo tan caótico y conflictivo.

Todo el universo que nos rodea es la genuina expresión de incertidumbre, donde las cosas a veces no son como parecen. El mundo en el que estamos inmersos parece hablarnos de un *ente superior*, de un *sumo*

Hacedor de todo lo existente, aun dentro de las imperfecciones que rodean a este mundo en todos los planos. Esto es precisamente lo que más nos pudiera sumir en el estupor. Quizá esto es lo que haga que muchos se aferren a todo tipo de creencias sobre el mundo, sus orígenes y destino final, en ocasiones, sin mayores fundamentos como no sea la intuición o el deseo. No sabemos a ciencia cierta, pero sí es verdad que el universo que habitamos y su extraordinaria complejidad nos inducen a asirnos a una realidad: la de nuestra racionalidad para intentar tener una cierta comprensión de él, más allá del mundo de las creencias de carácter metafísico o religioso. Así es como ha surgido el conocimiento científico, el cual ha ido arrinconando cada vez más a las creencias de carácter religioso, si bien estas siguen manteniendo su autonomía y capacidad de reproducción. La prueba de esto la tenemos en el *hecho religioso* en sí, el cual, lejos de apagarse se reaviva con inusitada frecuencia, en ocasiones manifestándose de manera totalmente irracional conduciendo al fanatismo religioso con sus diversas variantes y matices. Algunos, como **Richard Dawkins**, el conocido divulgador y científico británico, utilizan el fanatismo para desmitificar el *fenómeno de lo religioso* y justificar así el sentido del ateísmo. Pero creo que esto no soluciona el problema de base sobre el sentido de las creencias religiosas. Quizá lo justifiquen pero no parece lo expliquen con claridad.

El *fenómeno de las creencias*, pienso, está más allá de toda posible justificación. Yo creo que surge de nuestro interior, si bien es cierto que muchas veces se ve condicionado por comportamientos espurios, que terminan por ensombrecerlo y conducirlo por cauces totalmente equivocados y desviados. Y esto es lo censurable del *fenómeno de lo religioso* y que motiva que muchos elijan el camino del ateísmo como alternativa a tanta intolerancia y sinrazón que con frecuencia acompañan al fenómeno de las creencias religiosas. Pero, el germen, la savia del sentir religioso, continúa viva en el interior de cada ser humano. Esto

parece incuestionable. Y así es desde nuestros ancestros, donde las creencias religiosas empezaron igualmente un proceso cambiante y evolutivo en el tiempo que está fuera de toda duda, como diría **Mircea Eliade**.

Que las creencias religiosas han vivido un proceso evolutivo es algo que no admite ninguna duda al respecto. De las iniciales creencias del hombre primitivo con sus *totems* como expresión de una religiosidad muy ancestral, hasta el monoteísmo más alambicado de nuestra era posmoderna, pasando por múltiples formas de politeísmo, no admite discusión alguna que las religiones han acompañado al ser humano desde sus lejanos orígenes que se pierden en el tiempo.



Olga Kharitidi

Pensamos que alguna razón debe haber para ello, que no todo haya sido simple casualidad o capricho del destino humano. Lo cierto es que la religiosidad ha marcado, para bien unas veces y para mal otras, el devenir de nuestra existencia. Y en medio de todo ello, el indescifrable *misterio del cosmos* que nos acompaña. **Olga Kharitidi**, médico e investigadora rusa de los comportamientos humanos subyacentes en toda cultura, dice que “*al pensamiento profundo se llega después de atravesar las capas más superficiales*” (*Aforismos. Recopilación. F. Bengoechea. Pág. 24*). Pienso que la **Dra. Kharitidi** acierta de pleno. En su excelente libro *Los sueños lúcidos y Belovodia*, habla de que el proceso de transformación interior viene a suponer una mayor comprensión de la Humanidad en su totalidad. Creo que esto es totalmente cierto. Para el creyente de cualquier religión experimentar ese proceso interior, esa *metanoia*, implica una mayor comprensión del entorno que le rodea a uno, y le capacita para empatizar con él. Pero esto hay que vivirlo y

experimentarlo, claro, como acertadamente decía también **Blay Fontcuberta**.

Concluir ya este largo ensayo -que espero haya sido de reflexión filosófica profunda a todos aquellos afanados en la búsqueda de un sentido a la existencia en medio del vacío que en ocasiones provoca la incertidumbre de la vida- con una reflexión final que sirva, a modo de corolario, como expresión genuina de mi sentir en un mundo extraordinariamente complejo y enigmático: *en medio del misterio que nos rodea y nos envuelve con frecuencia hemos de saber ahondar en la realidad de la existencia que nos conduzca a la más plena realización en el tiempo que dura la misma y poder así desarrollar el inmenso caudal de capacidades con que la naturaleza nos ha dotado por medio de un Creador de todo el universo inmenso que contemplamos y que se nos va desvelando en el transitar y discurrir de nuestra vida.*

Bibliografía

Anselmo de Canterbury. Monologion. Proslogion.

Bengochea, F. Aforismos.

Biblia, La. Biblia de Jerusalén. Ed. española. Desclée de Brouwer-Bruselas. Bélgica. 1966.

Blay Fontcuberta, A. Plenitud en la vida cotidiana. Ediciones Cedel. Barcelona. 1969.

Borges, J.L. El jardín de senderos que se bifurcan. Colección Ficciones. 1944.

Buber, M. ¿Qué es es el hombre? 1943. Imágenes del bien y del mal. 1952.

Conesa, F. Dios y el mal: la defensa del teísmo frente al problema del mal según Alvin Plantinga.

Corbí, M. Obstáculos a la espiritualidad en las sociedades europeas del siglo XXI. CETR. Encuentros en Can Bordoí (I). Fundación J. Bofill. Artyplan. Barcelona. 2005.

Darwin, Ch. El origen de las especies por medio de la selección natural.

Dawkins. R. El gen egoísta. Tercera edición. 2006. El espejismo de Dios. Trad. 2008.

Eliade, M. Lo sagrado y lo profano. Ediciones Paidós. 2014.

Metodología de la historia de las religiones. Ediciones Paidós. 2010.

Dioses, diosas y mitos de la creación. Vol. II. El hombre y lo sagrado. Ediciones Paidós. 2008.

Diccionario de las religiones. Ediciones Paidós. 2007.

Aspectos del mito. Ediciones Paidós. 2000.

Estrada, J.A. La imposible teodicea: la crisis de la fe en Dios. Ed. Trotta.

Fernández Ruiz, B. La vida: origen y evolución.

Ferrando Sanjuán. F. Recursos y materiales en Historia de la Filosofía. Ed. Marfil. 2000.

Gibran, K. Pensamientos y meditaciones. Citas célebres. 1961. Dichos espirituales. 1963.

Halpern, P. *La estructura del universo.* 1996.

Heidegger, M. *El ser y el tiempo.*

Hesse, H. *El juego de los abalorios.* 1943. *Poemas.*

Hume, D. *Diálogos sobre la religión natural. Investigación sobre el entendimiento humano. Historia natural de la religión.*

Kharitidi, O. *Los sueños lúcidos y Belovodia.*

Kimpfler, A. *El ser del hombre y su desarrollo por la cultura.* Ed. R.Steiner. Madrid. 2002.

König, F. *Diccionario de las religiones.* Ed. Herder. Barcelona. 1964.

Krishnamurti, J. *La libertad primera y última. Pagés editors.* 2005.
Sobre el aprendizaje y la sabiduría. Kairós. 1997.
La vida liberada. Obelisco. Barcelona. 1988.
La totalidad de la vida. Armando Clavier. Edhasa. 1980.
Más allá del tiempo. David Bohm. Edhasa. 1986.

Lamarck, J.B. *Filosofía zoológica.*

Lao-Tsé. *Aforismos.*

Lévinas, E. *Totalidad e infinito. El tiempo y el otro. Lecciones sobre la muerte y el tiempo.*

Monod, J.L. *El azar y la necesidad.*

Monserrat, J. *Blog Ed. San Pablo España.*

Piaget, J. *El desarrollo de la noción del tiempo.* 1946.
La psicología de la inteligencia. 1947.
Psicología y Pedagogía. 1969.

Plantinga, A. *Defensa del libre albedrío.*

Popper, K. *Conocimiento objetivo: un enfoque evolucionista.* Ed. Tecnos. 2005.
El mito del marco común: en defensa de la ciencia y la racionalidad. Ed. Paidós Ibérica. 2005.
La responsabilidad de vivir. Ed. Altaya. 1998.
Conjeturas y refutaciones: el desarrollo del conocimiento científico. Ed. Paidós Ibérica. 1994.
La lógica de la investigación científica. Ed. Laia. 1982.
El Universo abierto. Ed. Tecnos. 1986.

Sartre, J. P. *El ser y la nada.*

- Schütze, A.** *El enigma del mal.* Ed. Rudolf Steiner. Madrid. 1983.
- Teilhard de Chardin, P.** *El fenómeno humano.* 1955.
La aparición del hombre. 1956.
El grupo zoológico humano. 1956.
- Tolstói. L.** *El reino de Dios está en vosotros.*
- Torres Queiruga, A.** *Recuperar la creación por una religión humanizadora.* 1997.
Repensar la revelación: la revelación divina en la realización humana. 2008.
Recuperar la salvación: para una interpretación liberadora de la experiencia cristiana. Ed. Sal Terrae. 1995.
- Weil, S.** *La gravedad y la gracia.* Ed. Trotta. Madrid. 1998.